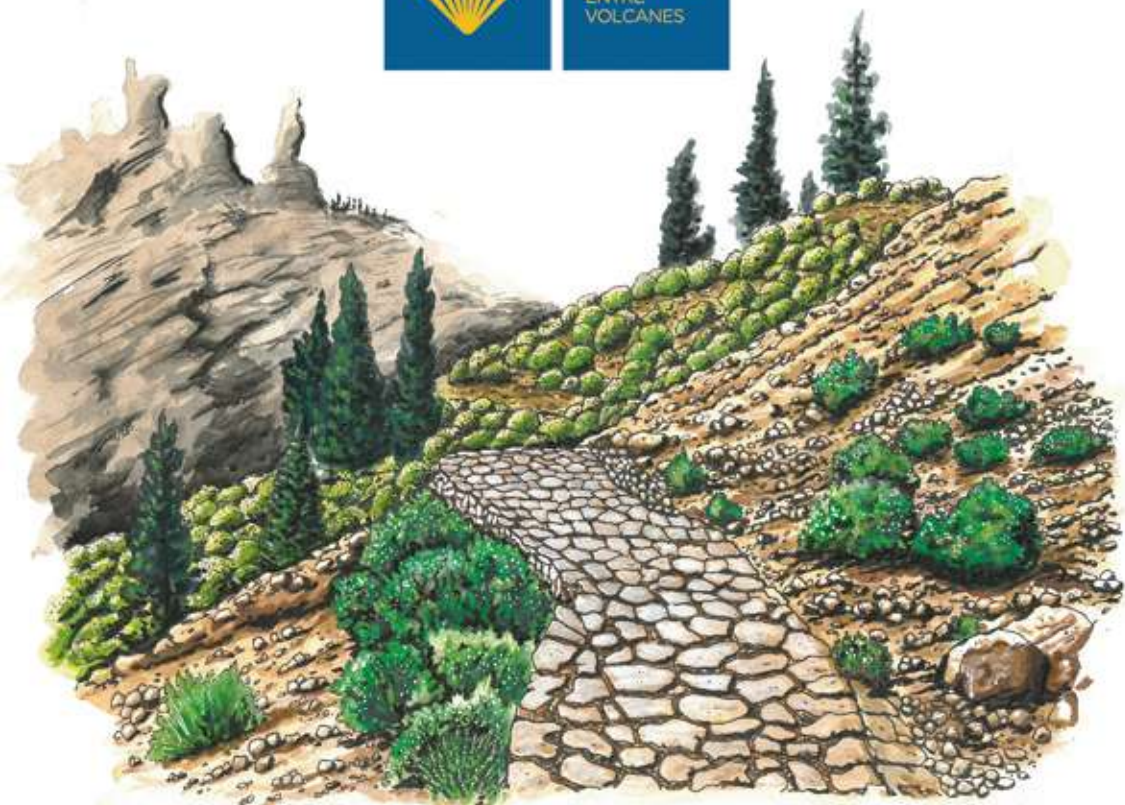


UN CAMINO DE LEYENDA

JOSÉ MANUEL ESPIÑO MEILÁN

ILUSTRACIONES DE JAIME CHECA GIMENO



Un camino de leyenda

José Manuel Espiño Meilán

Un camino de leyenda

¡Cómo le gustan a Rabicorto la luz y el calor de las primeras horas del día!

Apenas asoma el sol por el horizonte, Rabicorto abandona su escondrijo entre las piedras que bordean la charca de Maspalomas y busca la gran laja que, expuesta al sol durante todo el día, se ha convertido en su solario preferido.

—¡Qué rico! —exclama Rabicorto, cerrando sus ojos de lagarto.

Y así pasa las mañanas. Día tras día, expuesto a la benigna influencia del astro amarillo, moviéndose poco a poco, pues la energía de la estrella le va devolviendo el calor y la fuerza que le han restado el frío de la noche.

—¡Qué lata ser un animal de sangre fría! —se lamenta Rabicorto—. Todos los días tengo que procurarme una buena dosis de calor.

Aunque se queja de este modo, nada le gusta más que sentir su cuerpo bien caliente y exponerse al sol durante muchas horas.

Abre un párpado y la oscura pupila de su ojo izquierdo la ve pasar muy cerca de su boca. Rabicorto, indolente, la sigue con la mirada. Se trata de una oronda mosca de la fruta, una mosca de colores metálicos, verdosos y azulados. Su vuelo es alegre, ágil y

confiado. Nuestro lagarto se entretiene observándola, pero jamás albergaría el deseo de cazarla. ¡Estaría bueno!

—¡Puaf! ¿Comerme una mosca? ¡Con lo apetitosas que son las frutas! Comida nunca me falta. Un día sí y otro también, los turistas cubren de color las piedras que bordean la Charca con un aporte variado de frutas y verduras.

Un lagarto más grande surge de otra grieta. De movimientos más lentos, trepa por las piedras buscando su echadero al sol. Mientras asciende, va mascullando para sus adentros, como si de una letanía se tratara:

*Rojo tomate,
verde aguacate,
amarillo membrillo,
plátano blanco.
¡Todos los días me desayuno
con los colores del arco iris!*

Rabicorto lo observa y en silencio va dando pequeños pasos hacia atrás, en busca de otra laja. Conoce el carácter de aquel vecino, un lagarto gruñón y pendenciero y no desea recibir otra advertencia. El lagarto gigantón, en un arranque de cólera, le había arrebatado de un mordisco su inquieta y juguetona cola. El desagradable suceso se lo recuerda aquel mote cariñoso que le pusieron los demás lagartos de la colonia: —¡Miren quien viene por ahí, el lagarto Rabicorto!

—Ya que tengo que moverme, aprovecharé para desayunar. Me comeré un trozo de aquel plátano tan jugoso —piensa, alegrando de nuevo su rostro de lagarto.

Dicho y hecho. Con la destreza de su cuerpo, ágil y esbelto, abandona la piedra plana donde se encuentra y echándole de reojo, simple precaución, una última mirada al lagarto de garganta anaranjada, desciende hasta la zona donde se amontonan varias porciones de fruta.

—¡Qué rico está el plátano! —reconoce, saboreándolo.

Levanta la cabeza y observa el Paseo. Sus ojos negros recorren las curiosas miradas del grupo de personas que a su vez lo observan. Sin embargo, el peligro no está allí, entre tanta fruta y bajo la mirada de los turistas que los alimentan, se encuentra más arriba, en el cielo, pues cualquier movimiento en la población de confiados lagartos queda registrado al instante en la extraordinaria vista de un cernícalo.

Rabicorto, ajeno a la amenaza, se relame de gusto, pues un trocito minúsculo de plátano se ha adherido a su nariz. Con un ojo puesto en él y el otro en un trozo de tomate colorado que le apetece devorar luego, no se apercibe del inicio de la caza.

Una sombra alada desciende como un rayo en busca del cuerpo de Rabicorto. Afortunadamente, en el último momento del ataque, el cernícalo efectúa un giro inesperado, cambiando su trayectoria de vuelo, pues no esperaba la enorme boca del lagarto gigante que, creyéndose en peligro, se abalanzó sobre él. El ataque a Rabicorto fracasa por muy poco. Lo suficiente para que nuestro lagarto, con el susto aún en el cuerpo, efectúe un espectacular salto y caiga, lejos del peligro de la rapaz, en un lugar oscuro y blando.





La garza real se mantiene estática, pendiente de los pequeños peces que nadan a su alrededor. Más activas, dos garcetas grandes caminan por la orilla de la Charca en busca de pequeños animalillos acuáticos. Contrasta su níveo plumaje con el de la pareja de chorlitejos patinegros y el zarapito trinador que, con su largo y curvado pico, procura su alimento entre el limo de la orilla. Sobrevolando los bordes de la charca, oteando las lajas donde se aposentan los lagartos, un cernícalo mantiene su vuelo, sin moverse apenas del lugar.

Santiago, aficionado a la ornitología, disfruta observando la vida que alberga aquella lámina de agua salobre, tan próxima a la marea.

—¡Eh! Ya está bien de remolonear —se escucha la voz de Doramas—. ¿Qué les parece si nos ponemos en camino? Hemos disfrutado de las dunas, la charca y el mar. La aventura comenzó con un baño en la playa de Maspalomas y es hora de iniciar la marcha. Tenemos por delante treinta kilómetros de continua ascensión.

—¡No seas aguafiestas! Estamos muy bien aquí.

Quien responde así es Idaira, al tiempo que recoge su mochila y la ajusta a la espalda. Es una queja cariñosa pues sabe que su compañero tiene razón. Un retraso en la partida significará una mayor exposición a la inclemencia del sol, riesgos de sofoco y, tal vez, una fuerte insolación.

Junto a la Charca, el poste indicativo de la ruta no da lugar a engaños: S—54. Arteara: 17 kilómetros. Tunte: 27,5. Son muchos los kilómetros a recorrer.

Los demás compañeros hacen lo mismo con sus mochilas y bastones. Tras los abrazos de rigor y unas cuantas sonrisas, los cinco jóvenes parten, barranco arriba.

—¡Ánimo amigos! ¡Tunte y Gáldar, nos esperan! —manifiesta Aythami, iniciando la marcha.

—¡Buen Camino, compañeros! —desea Abenchara, recordando el tradicional saludo de las rutas jacobeanas.

Desde el mirador donde se encuentran, rodean la Charca por el Paseo peatonal hasta alcanzar los primeros escalones de hormigón que les permiten acceder al cauce del barranco. Aythami observa un hermoso palmeral a su izquierda, en el interior de un recinto vallado. Sin abandonar el grupo lee: Parque Tony Gallardo. Sabe que ese espacio forma parte de la Reserva Natural Especial de las Dunas de Maspalomas y se alegra de su protección y mantenimiento. —“Un parque dedicado a un extraordinario escultor” —reconoce el joven. De dos en dos, baja las escaleras y se encuentra en el cauce. Sus compañeros caminan un centenar de metros barranco arriba. No hay prisa. Se detiene y vuelve su vista atrás. A su espalda se extiende un manchón de cañas, juncos, aneas y carrizos que ocultan la charca de Maspalomas. Con su llegada inesperada al cauce, inquieta y asustada, una gallinuela de agua con sus pollitos corre veloz hasta perderse en el interior del cañaveral. Sonríe. La charca mantiene su pulso vital. Apurando el paso, no tarda mucho en incorporarse al grupo.

Han iniciado el Camino de Santiago que, desde el faro, la charca y las dunas de Maspalomas, los llevará hasta tierras norteñas. Una aventura improvisada surgida de repente, días atrás, en uno de los encuentros habituales de la pandilla. Abenchara, en silencio, recordaba el momento:

—¡Miren que me han regalado! —había dicho Aythami, sacando un libro de su mochila.

—¿Y? —había respondido Doramas, para quien los libros no eran precisamente un regalo deseado.

Pues que trae la historia de un camino, unas fotos increíbles y un mapa detallado de cómo realizarlo. ¡Miren!

El libro había pasado de mano en mano, recordaba Abenchara, menos por las de Doramas.

—¡Qué guay! —había dicho ella, ilusionada—. Podríamos recorrerlo juntos.

—¿Qué? —había objetado Doramas.

—Que podemos programar una excursión para recorrer este sendero. Son dos noches en tienda de campaña y tres días caminando, pero si tu no quieres venir porque son muchos kilómetros... —había planteado Idaira, con ironía, a sabiendas de que Doramas entraría a saco.

—¿Muchos kilómetros? Lo que ustedes caminen hacia adelante lo hago yo marcha atrás —había fanfarroneado Doramas, irónico—. Pero si es un rollo de aprender cosas, paso. A mí, las plantitas, los animalitos, las rocas, los monumentos y todas esas chorradas no me dicen nada, me aburren.

—No creo que este camino te aburra —había replicado ella—, discurre por zonas de alta exigencia deportiva, tanto es así que se celebran carreras de fondo con este trazado.

—¿Estás segura? —se había interesado Doramas.

—Y tanto! Déjame buscar en el móvil. Me llegó un wasap esta mañana del grupo de montaña con el que practico escalada. ¡Aquí está! Léelo tú, si sabes —le había sugerido ella, incorporando a su respuesta una alta dosis de ironía.

Doramas le había arrebatado el móvil de la mano sin hacer comentario alguno y leído con avidez la información que aparecía en la pantalla. Un atractivo cartel con la foto de una deportista corriendo por una senda empedrada. Arriba, a la izquierda, lucía un logotipo muy peculiar que recordaba vagamente un haz de luz o la forma de una concha marina. Junto a él, unas iniciales: CST y un texto: Trail Tunte/Gáldar. El cartel concretaba la distancia a recorrer: 35 kilómetros y el tiempo para inscribirse. Sonrió. Aquella carrera parecía organizada para él. ¡Claro que se inscribiría! Le encantaban los retos deportivos.

—¿Cuándo nos vamos? —había preguntado Doramas.

Abenchara sonríe con tan vívido recuerdo. Todos se habían mostrado muy satisfechos tras el acuerdo de la marcha. Se habían fundido en un caluroso abrazo y, en su pandilla, el abrazo confirmaba un compromiso a realizar.

—Dentro de dos semanas es Carnaval. Necesitamos tres días para este recorrido. Propongo el lunes, martes y miércoles, encontraremos menos gente en el camino. ¿Qué les parece? —había planteado sobre la marcha Aythami.

—De acuerdo. Debemos comunicarlo en casa y convencer a nuestros padres. ¿Saben cuántos kilómetros vamos a patear? —había preguntado Idaira.

—El Camino completo son sesenta y dos kilómetros más o menos. En los tracks de los senderistas que lo han realizado, se valora la ruta como difícil pues tiene un desnivel acumulado de subida de un poco más de tres mil metros y el desnivel de bajada es bastante similar —le había respondido Aythami.

—Mucho para las piernas ¿no? —había objetado Idaira.

—¡Mucho! ¡Mucho! ¡No sean gallinas! Ahora no pueden echarse atrás. Lo hemos acordado y vamos a hacerlo. Iremos a nuestro ritmo y, si es necesario, descansaremos. Para que se animen, las tiendas de campaña las llevaré yo. Me comprometo a transportarlas durante la primera etapa, que es la más larga.

Sabían que no era una fanfarronada. Doramas cargaría con las dos tiendas. No era fácil ilusionarlo con algo que no fuera un deporte, pero cuando vislumbraba en el horizonte una posible competición, su actitud cambiaba radicalmente. Aythami, callado, asistía emocionado a la aprobación del grupo. ¡Iban a realizar el Camino! ¡Podría leer cada capítulo de su libro momentos antes de iniciar cada etapa! Satisfecho, había releído su título, una vez más: “El camino de Santiago en Gran Canaria. Un viaje a la isla interior” y tuvo la certeza de que iba a iniciar una gran aventura.

Y allí están los cinco, caminando en silencio por aquel secarral. La pandilla, más su primo Santi. Caminan un par de kilómetros sobre un cauce artificial de lajas, delimitado por muros de hormigón forrados del mismo material fonolítico. La razón del mismo es impedir, en excepcionales ocasiones de grandes

avenidas de agua, el desbordamiento del barranco. Sin transición alguna se encuentran de repente con el cauce natural, como era antaño. Un inmenso pedregal de cantos rodados en el que reina, como una maldición biológica, un espeso manto de rabo de gato, planta herbácea invasora que impide que en sus dominios prospere cualquier otra planta. Sólo en los bordes del barranco, aislados ejemplares de verodes, balos, aulagas y tabaibas salvajes mitigan con su verdor la aspereza de un paisaje amarillento.

Sin desearlo, dando brincos en su interior, parapetándose bajo una libreta de notas, el lagarto Rabicorto busca un hueco dentro del bolsillo lateral de la mochila de Doramas. Hasta allí le llevó el angustioso salto que dio para esquivar las garras del cernícalo. Asoma como puede la cabeza, el bolsillo es amplio y no dispone de cremallera, y mira al cielo. No observa presencia alguna de cernícalos ni aguilillas. ¡Uf! ¡Menos mal! Aún conserva el susto en el cuerpo. Gira la cabeza y ve el pelo y las orejas del joven que le transporta en la espalda, dentro de su mochila. Tras él, sonrientes, caminan dos chicas y dos chicos. No advierte peligro alguno en su compañía. Mira hacia el suelo, calcula la altura y decide que mientras no encuentre un lugar más seguro para saltar, no piensa abandonar su refugio.

Los cinco amigos caminan por el cauce del barranco de Fataga. Al comienzo, los kilómetros se suceden por una pista polvorienta sobre el mismo cauce. Es el único espacio libre del monótono paisaje vegetal conformado por el rabo de gato. Recorridos los primeros cinco kilómetros, el cauce se vuelve más benévolo, el paisaje más atractivo y la vegetación más variada. Llevan hora y media caminando cuando les sorprende una enorme cantera de piedra en explotación, situada en la vertiente izquierda del barranco. Se trata de la cantera del Lomo de la Cogolla.

—Lo que queda del Montañón —reconoce Aythami—, donde las fonolitas se transforman en áridos para la construcción. Vuelvan la vista a su izquierda y observen una de las joyas etnográficas que

esconde este barranco.

—¡Un acueducto! —exclama Abenchara.

—Recuerda vagamente los acueductos romanos que todos hemos visto en los libros de historia —reconoce Santiago.

—¡Y tanto! —confirma Aythami—. Acueducto del Conde o Los Muchos Puentes, así se conoce en la toponimia de Gran Canaria esta serie de arcos con forma de puentes consecutivos.

Los dos observan, admirados por la buena conservación de todo el conjunto, la sucesión de arcos que se suceden bajo el canal, aliviando peso y procurando estabilidad a la estructura. Arcos de medio punto, dovelas en el centro con la función de mantener la estabilidad de los mismos, construcción en piedra seca. Es innegable que el estilo de estos acueductos se reconoce como románico. Sorprende que la obra sea fruto del ingenio y buen hacer de los maestros parederos de la isla, a la hora de buscar soluciones para salvar riscos en este tramo del barranco.

Tras las fotos de rigor, continúan el Camino. Observan una enorme profusión de cuevas y oquedades a ambos lados del barranco. Las verticales paredes de los macizos que lo delimitan van ganado altura hasta volverse impresionantes, consolidando un paisaje geológico único, espectacular. Aythami sabe de la antigüedad de estos macizos emergidos en las últimas fases del primer ciclo volcánico de formación de la isla. —“Doce millones de años son muchos años” —reconoce en silencio. Y sabe también que son muchos los años que dispusieron el agua y el viento para excavar un barranco tan profundo. Observa a su izquierda las estribaciones de los Vicentes y Ayagaures y a su derecha el macizo de Amurga. Acaban de alcanzar la desembocadura del barranco de los Vicentes en su confluencia con el barranco de Fataga. Surge aquí la desviación antigua, arropada por un buen grupo de peregrinos, amantes del Camino de Santiago. Es un camino señalizado que asciende por la izquierda del cauce, en busca de los altos de Ayagaures. Tal alternativa tiene pintadas sus flechas amarillas al igual que la variante que discurre por el fondo del

barranco. La decisión del grupo es seguir por el barranco de Fataga, más cómoda en su recorrido y donde se encuentran dos referentes históricos, urbanos y paisajísticos que quieren visitar: Arteara y Fataga. En silencio discurre la marcha, con el pensamiento puesto en el oasis de verdor que les espera barranco arriba: los palmerales de Gitagana y Arteara.

—¿Saben que en Arteara nos encontraremos con la necrópolis aborígen más grande de Gran Canaria? —verbaliza Idaira, rompiendo el silencio.

—Ni idea —responde Santiago—. ¿Un cementerio aborígen?

Santiago es primo de Abenchara y se encuentra de vacaciones. Vive con sus padres en Portomarín, un pueblo lucense por donde discurre el Camino Francés, la vía más conocida del Camino de Santiago en Galicia.

—Sí —se anticipa en la respuesta Aythami—. Un gigantesco cementerio de más de ochocientas tumbas, construido aprovechando las enormes piedras que recubren parte de la ladera y el cauce, consecuencia de un desprendimiento sucedido en la montaña de la Cogolla.

Idaira mira a Aythami con reproche, por haber intervenido en la conversación. Luego, restándole importancia, sonríe.

—¡Guau! Eso tengo que verlo —manifiesta Doramas, entrando en la conversación—. Deberíamos pasar la noche allí. ¡Seguro que hay fantasmas!

—No te preocupes Doramas, cuando lleguemos a Arteara estoy convencida que los encontraremos —ironiza Idaira—. ¡Fuerte fantasma estás tú hecho! —continúa, mofándose cariñosamente y echándose a reír.

Siguen caminando. Al fin comprenden por qué la pista es tan polvorienta. Utilizada con regularidad por corredores, senderistas y ciclistas de montaña se ha convertido en una pista deportiva muy popular. Si además la utiliza todo tipo de vehículos a motor, este tramo exige atención y prudencia. A Doramas le gusta ir delante

y avisar luego a sus compañeros de la llegada de deportistas o coches en rápido descenso. La intención se agradece pues, alertados a tiempo, disponen de tiempo suficiente para hacerse a un lado y dejarlos pasar. ¡Cómo corren! La sana envidia que experimenta, acrecienta su deseo de participar en la carrera que le había anunciado Abenchara. Santiago está maravillado con la flora canaria y le fascinan las imágenes de soberbios ejemplares de plantas arbustivas que jamás ha visto.

—¡Qué variedad de plantas tiene este barranco! —reconoce en voz alta.

—Así es. Estamos ante una representación de flora canaria tan diversa que una de cada tres plantas endémicas citadas para la isla, se encuentra en las laderas y cauce de este barranco —confiesa Idaira.

—¡Increíble! Con tanta diversidad, este espacio gozará de protección ¿no?

—Pues claro. El barranco que estamos transitando está recogido dentro del Paisaje Protegido de Fataga, una figura de protección de los espacios naturales canarios. Y a lo largo del Camino, la mayor parte del recorrido se encuentra amparado por otras figuras de igual o mayor protección. Hemos comenzado en la Reserva Natural Especial de las Dunas de Maspalomas, mañana transitaremos por sendas que recorren espacios del Parque Rural del Nublo y del Paisaje Protegido de las Cumbres y la última jornada caminaremos por territorios del Monumento Natural del Montañón Negro y la Caldera de los Pinos de Gáldar.

—¡Qué lujo de travesía! ¡Un camino de leyenda! —reconoce Santiago—. ¿Qué planta es ésta? —interroga a su compañera, deseoso de aprender.

Santiago no para de preguntar. Una tras otra, todas las plantas generan en él un deseo irrefrenable de conocerlas e identificarlas. Pregunta a Idaira por una próxima al camino que recorren, pero su mirada y sus manos señalan otras, bien a su lado, bien un arbusto

con flores amarillas destacando arriba en la loma.

—Las veremos todas con calma —sonríe Idaira—. Tenemos tres días para identificar muchas de ellas. Ahora comenzaremos por algunas que será más difícil ver en otras zonas del Camino.

—Empecemos, estoy impaciente —apremia Santiago.

—¿Ves esta que trepa por otras plantas hasta cubrirlas con su floración de campanillas blancas? Es una corregüela de risco. Y esa que también es trepadora, pero de tallos mucho más delgados, hojas más finas y flores más delicadas, se conoce como arvejilla o chicharilla canaria.

—Idaira, ¿es posible que esta planta tan pequeña crezca tanto que sea capaz de convertirse en una de aquellas que observamos a media ladera? —interrumpe Santiago, señalándole una planta de tallos alargados, cilíndricos y de reducido tamaño.

—¡Claro que no! —responde riéndose Idaira—. Como que son dos especies diferentes. Aunque a ti te parezcan semejantes por su forma de vela o candelabro y tallos cilíndricos o casi cilíndricos. Esta que me estás señalando no tiene nada que ver con el cardón, ni con la especie ni con el género. Es un cardoncillo y sólo en el nombre que le da la gente se parecen las dos. Si observas la ladera, en esta zona hay una buena representación de cardoncillos y todos tienen un tamaño reducido respecto a los enormes cardones. Su color blanquecino grisáceo los distingue con facilidad del resto de las plantas

Y así es como Santiago, con Idaira a su lado, va conociendo el duraznillo y la leña buena, las esparragueras y los tasaigos, los balos y los cornicales, unas magarzas con tallos muy finos y una siempreviva difícil de ver. Todas estas especies son endemismos, pero también le muestra Idaira algunas plantas invasoras naturalizadas en el cauce. Así sabe cómo el rabo de gato está disperso por todo el barranco. Idaira le habla de ejemplares asilvestrados de una acacia que colonizó el cauce y que no deberían encontrarse en él. Lo mismo sucede con el árbol de la seda, una especie invasora procedente del

Sahara que ha colonizado muchos barrancos sureños y le explica como una especie de hojas carnosas con frutos rojos comestibles y llena de púas, conocida como tunera india, ha colonizado amplias zonas de la ladera y cauce del barranco, imposibilitando, en algunos casos, el tránsito por el mismo.

—¡Eh! —escuchan la voz de Doramas—. ¿Dónde estoy?

Al llegar a la altura de las voces, las miradas del grupo buscan a Doramas por el cauce y la ladera sin resultado alguno.

—¡Hola! —vuelve a gritar.

La voz surge de una planta de gran tamaño que, a pesar de su porte y elevada altura, no es más que un arbusto en cuanto a disposición y forma.

—Está detrás del cardón —revela Idaira.

—¿Dónde? —pregunta Abenchara.

—Escondido tras aquel candelabro vegetal —confirma Santiago, asombrado—. No voy a subir para medirlo, pero supera los seis metros de diámetro y los tres de altura. ¡Un verdadero gigante!

—Hay muchos como ese por la ladera —reconoce Idaira.

—Así es. Están en su hábitat idóneo, no son maltratados y tienen espacio a su alrededor para prosperar hasta convertirse en ejemplares singulares —corroboraba Aythami.

Doramas surge de pronto, dando saltos. El grupo lo espera en un borde de la pista.

—Miren cómo me he puesto —confiesa a su llegada, mostrando las manos y la camisa impregnadas de un líquido pegajoso.

—Es la savia de las tabaibas y los cardones. Coge un poco de agua de tu cantimplora y lávate bien las manos, ese látex es cáustico, es decir irritante, y si te tocas los ojos puedes estar saltando un buen rato. —le recomienda Idaira.

Doramas, cauteloso, así lo hace. Luego le pregunta si sabe qué árbol es aquel que crece al lado del cardón donde se había escondido.

—No es un árbol, Doramas, aunque por su tamaño esa es la

impresión que provoca. Es una tabaiba dulce muy desarrollada. En las laderas de este barranco sobreviven ejemplares de tabaibas dulces que alcanzan varios metros de altura y un diámetro de copa muy considerable.

—¡Y tanto! No fueron capaces de verme escondido detrás de la tabaiba —manifiesta Doramas.

—Donde estabas tú no era una tabaiba, te escondiste tras el cardón que hay al lado.

Doramas observa ambas plantas, rasca la cabeza y no les presta mayor atención.

Llevaban unas tres horas caminando bajo un sol justiciero cuando la senda se vuelve más agradable. Han cubierto el tramo más duro de la etapa, unos quince kilómetros de cauce sometidos a la inclemencia del astro solar, pero ahora la senda regresa al pedregoso cauce, abandonando la pista que, ascendiendo a media ladera, da un amplio rodeo para salvar la cañada de las Pencas y el palmeral de Gitagana. A Idaira y Santi, los últimos kilómetros se les han pasado sin apenas darse cuenta. El cauce y sus laderas eran un reservorio de flora endémica sin igual. Si llamativo era el tamaño de algunos ejemplares de tabaiba dulce y cardón, las especies que identificaban a poco que se les prestara algo de atención, eran de una valía excepcional. El grupo recibe con alivio la estrecha senda que discurre entre cañaveras y palmeras donde los ardientes rayos no logran traspasar el denso dosel vegetal.

—¡Qué frescura! —agradece Abenchara.

—Si hay cañas, hay humedad en el subsuelo; o el agua moja sus tallos directamente o discurre cerca de la superficie, de ahí la sensación de frescor —observa Idaira—. En este tramo nos encontraremos con un árbol que no puede vivir si no hay humedad o agua permanente en sus raíces. ¡Ahí está! El sauce canario.

—Aquí le decimos sao, Idaira —puntualiza Aythami—. No sólo hay cañas y saos, levanten su mirada y miren al frente. Al fondo, se vislumbra un frondoso palmeral.

—¡Arteara! —gritan al unísono Idaira y Doramas.

Pero ambos se equivocan. Las palmeras que ven forman parte del palmeral de Gitagana, un bosque de palmeras ubicado en la parte más estrecha del cauce del barranco de Fataga y que tiene su continuidad en el palmeral de Arteara, un kilómetro más arriba. Doramas deja que su mirada gatee por el escarpado macizo de Amurga hasta divisar, quinientos metros más arriba, un mirador.

—¡Qué pasada! —manifiesta sorprendido—. ¡Me encanta este lugar! ¿Han visto el mirador que hay sobre nuestras cabezas?

Todos dirigen sus miradas, ladera arriba.

—Es el mirador de la Degollada de las Yeguas —anuncia Aythami—. Un lugar increíble para observar estrellas fugaces, está reconocido como Mirador Astronómico. En él, turistas y visitantes han acuñado originales términos para referirse al barranco de Fataga.

—¿Sí? ¿Cuáles? —pregunta, curiosa, Idaira.

—Algunas guías turísticas ya se han hecho eco de tales denominaciones. Reconocen este tramo del barranco como el Gran Cañón de Gran Canaria y al cauce del barranco, desde aquí hasta Fataga, como el Valle de las Mil Palmeras.

La vista de Idaira busca, en la otra vertiente, los lugares más altos. Sucesivamente el Morro de la Palmita, el Talayón de la Cogolla y el Morro Garito iniciaban una serie de elevaciones que iban creciendo en altura. Si la primera se aproximaba mucho a los quinientos metros de altitud, la última estaba próxima a los novecientos. Crestas, puntas y degolladas definían con su grandiosidad el acertado símil puesto por los turistas. —“¡Gran Cañón! Acertada comparación. Con nueve millones de años de continua erosión, formándose el barranco de Fataga, se entiende la razón de unas paredes tan impresionantes” —reflexiona Idaira.

Se encuentran atravesando un mar de cañas, cuya altura les sobrepasa. Sus pies transitan sobre un mullido suelo de cañas cortadas, sorteando grandes cantos rodados, propios del discurrir

de las aguas por el barranco. De cuando en cuando la espesura de las cañas es tal que se cierra sobre ellos, caminando entonces con mucho esfuerzo por el interior de un túnel vegetal. El grupo agradece la sombra, aunque la dificultad en el paso sea mayor.

En Gitagana o Jitagana, pues los dos términos están en uso, se aprecian restos de terrazas agrícolas, en otro tiempo cultivadas, paredes arruinadas de humildes construcciones y vestigios de lo que algún día fueron estructuras aborígenes, mientras en el cauce varias decenas de palmeras canarias lucen en todo su esplendor.

—Podríamos detenernos aquí y comer algo —sugiere Abenchara.

—No es la mejor opción —rebate Aythami—. Estamos muy cerca de Arteara y tengo unas ganas enormes de ver la necrópolis. Allí se conserva también un hermoso palmeral donde descansar y almorzar sin meterle prisa a nadie mientras los demás visitan el yacimiento.

—Yo pienso igual —manifiesta Idaira—. Continuemos un poco más y descansemos en Arteara. No creo que se encuentre más allá de ese recodo del barranco.

Así era. Tras salir del cañaveral, un camino de tierra unía Gitagana con Arteara. Arteara, Artedara o Arteaga, pues con las tres nominaciones se encontraban señales y paneles por el camino, los tres términos reconocidos por los habitantes de este pago tirajanero. Las primeras casas de Arteara sorprendieron al grupo por su sobriedad y sencillez. Unas con tejado a dos aguas y cubiertas de tejas, otras, las menos, cuya cubierta se componía, simplemente, de barro, paja y tierra apelmazada. Sus paredes enjabelgadas lucían un blanco luminoso, mostrando al caminante una sencilla puerta de madera y un par de ventanas realizadas con el mismo material: viejas vigas de pino tea, muchas veces reutilizadas. En la trasera de las casas nunca faltaba una pequeña zona agrícola, un sencillo huerto de frutales y papas. La verdad era que la tierra es fértil y el agua, bien administrada, no faltaba para mantener los cultivos.

—Hermosa y práctica arquitectura tradicional —observa Idaira.

—Me recuerda la casa de mis abuelos en El Fondillo —apostilla Abenchara—. Casa y huerto, con papayos, naranjeros, limoneros, aguacateros, guayaberos, higueras, papas, batatas, cebollas, acelgas y otras verduras. ¡Qué ganas tengo de visitarlos de nuevo!

—Desvíense a la izquierda si quieren ver el cementerio de los antiguos canarios. Yo les acompaño, pero regreso al cauce sobre la marcha. Ustedes también deberían descansar bajo las palmeras y dejar tranquilos a los muertos. Necesitamos tomar agua y reponer fuerzas —reconoce Doramas.

Su intervención no se parece a una sugerencia, sus palabras están envueltas, sin quererlo, en una atmósfera de orden indiscutible. Sin consulta previa al grupo, Doramas está convirtiéndose en improvisado guía de los jóvenes senderistas.

La necrópolis sorprende a todos. Situada en la margen derecha del barranco, impresiona su extensión. En silencio recorren los senderos de piedra entre túmulos, mejor o peor conservados. Van atentos a los paneles que explican, con términos fáciles de comprender, el porqué de aquellas estructuras, su orientación y la relación de uno de ellos, el túmulo o sepultura del Rey, con la arqueoastronomía. Santiago deja la mochila a un lado y abriendo un bolsillo lateral extrae una pequeña libreta de campo y un lápiz. —“¡Un cementerio aborígen datado en el siglo cuarto antes de Cristo! ¡Qué pasada!” —reflexiona, mientras busca por los alrededores una piedra cómoda para sentarse y bosquejar un sencillo dibujo que le permita luego dar forma y color a aquella impresionante tumba. Observa la cista, vacía, e imagina el cuerpo sobre las grandes losas que ejercen de lecho, protegido por otras piedras planas laterales.

—¿Qué haces? —pregunta Doramas.

—Anotar las palabras cuyo significado desconozco y, de paso, dibujar la tumba del Rey. ¡Es una pasada!



Es una tumba nada más, un montón de piedras —manifiesta Doramas, restándole importancia.

—No es una tumba nada más —apunta, contradiciéndole, Idaira—. Fíjate en su estructura, el estado de conservación y su orientación, lee luego el panel que tienes frente a ti y entonces podrás emitir una opinión un poco más fundamentada.

—Paso de este rollo, les espero en el palmeral, a la sombra de una buena palmera —responde Doramas, visiblemente molesto.

Santiago esboza un dibujo del túmulo que sorprende por su destreza a Idaira. Luego anota estas palabras: malpaís, fonolita, orto solar, arqueoastronomía.

Guarda la libreta y el lápiz e inicia su marcha para incorporarse al grupo. En el camino encuentra un panel que habla de la flora de la zona. No es cuestión de apuntar más cosas y retrasar al grupo. Se fija en las fotografías y en los nombres que aparecen bajo ellas. Unos son endemismos canarios, otros macaronésicos. También aparecen plantas introducidas. Estas últimas las conoce, pues las ha visto al borde de cultivos y en la proximidad de las casas rurales: pitas y tuneras. Las restantes, unas son habituales a lo largo del trayecto, otras aún no las ha visto. Tajinaste blanco, cornicales, esparragueras, balo, hierba puntera, cóngano, magarza, tabaiba amarga, salvia, romero marino, balillo, leñabuena, jaras, cardoncillos.

Sus amigos van delante. Apuran el paso en busca de Doramas, que ha encontrado una buena sombra al abrigo de las palmeras canarias agrupadas en el cauce del barranco.

—¡Sombra! —articula Idaira, dejándose caer sobre un manchón de césped.

Uno tras otro, van llegando y tendiéndose sobre la hierba.

—¡Esto es vida! —manifiesta Doramas, revolcándose sobre ella.

—Idaira, Doramas, Abenchara... ¿Dónde quedó Santiago? —pregunta Aythami.

—Ahí viene —responde Doramas—. Estaba dibujando una tumba.

—Santiago ¿miraste dentro? ¿viste algún fantasma? —ironiza Idaira.

—Dentro del túmulo no, pero cuando dirigí la mirada hacia el camino de salida, observé tres que iban juntos. Esperé hasta que se alejaron. Caminaban en fila en dirección a este palmeral.

Todos rieron su ocurrencia.

—¡Qué pasada el desprendimiento! —reconoce Abenchara—. El enorme derrumbe, ocurrido hace unos 300.000 años, ocupó el cauce del barranco de lado a lado.

—Son frecuentes los desprendimientos en estas coladas fonolíticas, aunque hay que reconocer que ninguno tiene la potencia de éste —revela Aythami—. En nuestra ascensión se observaban muchos canchales en esa misma ladera y, algunos, han sepultado por completo la vegetación existente.

—Es cierto, Aythami. A propósito, tú que flipas con el mundo prehispánico, me gustaría conocer la razón o razones que llevaron a los aborígenes a utilizar este caos de enormes fonolitas como un gigantesco cementerio —pregunta Idaira.

—¿Podría ser porque la zona estuviera bastante habitada? —razona Aythami—. Cuando cruzamos el palmeral de Gitagana observé vestigios de un poblamiento prehispánico, pero es que todo el barranco de Fataga y sus laderas presentan cuevas naturales y artificiales que fueron habitadas por aborígenes, así como están identificados restos de poblados, viviendas y otras estructuras prehispánicas en barrancos y riscos colindantes, Amurga, Los Vicentes, Arteara, Fataga...

—No niego que esa sea una de las razones, pero casi un millar de cuerpos enterrados, son muchos cuerpos —objeta Idaira.

—También son muchos los años de enterramiento, Idaira. Hay evidencias de que comenzaron los enterramientos en el siglo IV antes de Cristo y se mantuvo como cementerio hasta el siglo

XVIII de nuestra era, es decir más de dos mil años sepultando cuerpos en este lugar. Visto así, no son tantos ochocientos y pico cuerpos en un período tan amplio de enterramiento. Lo que no hay duda es que esta necrópolis tuvo un interés que desconozco para la población aborigen. No olvidemos los restos del muro o muralla que delimitaba la necrópolis y los goros que se cree utilizaban para preparar los cuerpos antes de depositarlos en las cistas, cubrirlos con lajas y finalmente con grandes piedras hasta formar los túmulos. —intervino Santiago, a quien la necrópolis había cautivado en extremo.

—Algo menos Santi. Mil trescientos años efectuando enterramientos. Lo he leído en un panel informativo —discrepa Abenchara.

—Hay dos paneles en este espacio y cada uno registra una fecha distinta. Unos investigadores hablan de cuatro siglos antes de Cristo y otros que se iniciaron los enterramientos en los siglos sexto y séptimo después de su nacimiento. En ambos casos, siguen siendo muchos años —zanja Santiago.

—¿Y si continuamos la marcha y dejamos a los muertos en paz? —observa Doramas, cansado de tanta verborrea—. Les recuerdo que nos quedan más de diez kilómetros hasta Tunte y les noto un poco cansados.

Sonrió, con aire de superioridad. Tras disfrutar de un frugal tentempié con frutos secos y fruta fresca, abandonan el oasis de palmeras y continúan el camino en dirección a Fataga. Santi echa una última mirada a la degollada de Amurga, el lugar por donde el sol marca el inicio de la primavera y el otoño iluminando el túmulo más prominente de la necrópolis. —“¡El Paso de las Tranquillas!” —registra en su memoria para no olvidarse. Idaira observa cómo, a media ladera, los pinos canarios, aún esporádicos y de escaso porte, hacen acto de presencia. —“Son una avanzadilla, pero falta altitud para encontrarnos en los dominios del pinar” —reflexiona.

La senda devuelve al grupo a la carretera asfaltada que lleva

a la necrópolis. Un centenar de metros entre casas y fincas hasta encontrarse con una empresa dedicado a ofertar paseos turísticos sobre dromedarios. Idaira y Aythami observan sobre la puerta del establecimiento un letrero que informa sobre la posibilidad de sellar allí mismo las credenciales del Camino de Santiago en Gran Canaria. Doramas y Abenchara, llevados por la inercia del camino, continúan por el cauce del barranco sobre la pista utilizada por los dromedarios y sus guías. Apenas han caminado una decena de metros cuando se cruzan con un grupo de ellos. Los turistas, ruidosos, gesticulan y gritan ante el improbable riesgo de perder el equilibrio. Los jóvenes se hacen a un lado. Dejan transcurrir unos minutos hasta que el polvo levantado vuelve a aposentarse sobre el suelo y las plantas del entorno.

—Esta escena de camellos con guiris me recuerda un películón rodado en un desierto. Se titulaba “No sé qué de Arabia” —manifiesta Doramas.

—Lawrence de Arabia y dudo que en esa película salieran camellos, lo más probable es que fueran dromedarios, como lo son éstos —corrige Abenchara.

—¿Cómo lo sabes?

—Muy fácil —se apura a contestar ella—. Fíjate en el número de jorobas, si tienen una son dromedarios, si tienen dos, camellos.

—¡Anda con la listilla! —replica Doramas.

Idaira y Aythami han llegado a su altura. Ella, curiosa, le confiesa a Abenchara que nunca se había cuestionado si eran o no camellos los animales dedicados a pasear turistas por las dunas de Maspalomas y por el parque nacional de Timanfaya en la isla de Lanzarote. Lo daba por hecho. Siempre había oído hablar de camellos. Está tan sorprendida como Doramas. Le pregunta entonces si existen otras diferencias notables. Abenchara sonriendo, le responde que muchas más.

—¿Sí? ¡Pero si parecen iguales! —manifiesta Idaira.

—Pues no lo son.

Y Abenchara le señala su lugar de origen, uno de Asia Central y el otro de la península arábiga, también le habla de su adaptación al frío en el caso del camello o al excesivo calor en el caso de los dromedarios. Su pelaje, su tamaño, su carácter...

—¡Eh! ¿A dónde van? —alerta, gritándoles, Santi.

—Pues a Fataga, si no te quedas atrás y te unes al grupo — responde Doramas, sarcástico—. No es el momento de leer todos los carteles que te encuentres en el camino.

—Pero de fijarse en las señales, sí. ¿Ustedes vieron los postes que indican por donde continúa el sendero que lleva a Fataga y Tunte? ¿Encontraron por ese camino alguna flecha amarilla confirmándoles la dirección correcta?

Los cuatro miran a su alrededor y no observan señal alguna. Doramas, contrariado, avanza una decena de metros en busca de alguna referencia que le dé la razón mientras sus tres compañeros esperan el resultado de su búsqueda. Santi, sonriente, permanece apoyado en un poste informativo. Idaira es la primera en darse cuenta.

—Regresemos con Santi, por aquí no es.

Y así era. Justo frente al bar y las cuadras de los dromedarios, una flecha amarilla abandonaba el cauce en busca de la carretera. Había que cruzarla para continuar por una senda clara y empedrada que iniciaba, con una suave pendiente, la ascensión por la ladera.

—Para no perderse en el Camino solo hay que seguir las indicaciones que nos ofrecen los postes que encontramos oportunamente desde el inicio de la travesía, en la charca de Maspalomas. El S-54 nos lleva hasta el final de la etapa. Cinco kilómetros a Fataga, un pequeño descanso en el pueblo y llegaremos a Tunte tras recorrer otros cinco kilómetros, tal vez un poco más.

Santi eleva la vista para dar una última mirada a la señal. Confirma así la altitud del pago de Arteara: 344 metros. Es la primera vez que abandonan el cauce del barranco de Fataga. La

senda, bien definida, discurre ahora por la ladera izquierda del barranco. La ascensión permite unas panorámicas increíbles, tanto del pueblo de Arteara como de los cauces de dos barrancos: el principal y un tributario que, formado al pie del macizo de Amurga, recoge las aguas de la nueva vertiente. Se trata del barranco de los Caserones. El balo hace acto de presencia en ambos, pintando de verde sus cauces. El cañaveral pierde presencia, tras la frondosidad manifestada en Gitagana y Arteara. Ahora se limita a esporádicos manchones en sus márgenes. Las palmeras canarias lucen en ambos barrancos, bien en ejemplares aislados que conservan su copa de modo natural, sin poda alguna, bien en reducidos grupos que confirman con su esplendor la presencia de agua en el subsuelo.

Tras sus compañeros, algo rezagado, Santi está enfrascado en observar al detalle las plantas que crecen en la ladera del barranco. Recuerda que ha identificado todas las que aparecían en el panel de flora de Arteara pero ha observado otras nuevas, acaso una decena más, y su desconocimiento sobre estas especies le incomoda.

—¡Necesito una guía botánica! —masculla contrariado.

—¡Me encanta este Camino! —manifiesta Abenchara—. Desde el Faro no hemos tocado asfalto hasta el momento.

—Excepto para cruzarlo —puntualiza Aythami—. Y así seguiremos hasta monte Pavón, a excepción de las entradas a los núcleos urbanos de Fataga y Tunte.

La loma va allanándose y con la suavidad del paisaje surgen aisladas explotaciones agrícolas de naranjos, olivos, viñedos y pequeñas huertas. Se trata del núcleo disperso de Caserones de Arriba. Caserones de Abajo ha quedado atrás, en las fincas cercanas a la confluencia de los dos barrancos.

Cortos barranquillos, surgidos en la ladera de Amurga, buscan el cauce del barranco de Fataga. Destacan, por su entidad, el barranquillo de la Sabina y barranquillo Hondo. Tras ellos, en el macizo, un roque se eleva sobre los demás. —El Talayón —confirma un agricultor local mientras atiende a sus olivos. Con la presencia

de los cultivos, la estrecha senda se ha transformado en pista de tierra y a medio kilómetro de Fataga, le acompañan casas a ambos lados. Es aquí donde la pista se convierte en carretera asfaltada hasta confluir con la GC—60. El grupo, sudoroso y cansado, alcanza por fin el pueblo de Fataga. Han apurado la marcha pues en poco más de una hora han recorrido los cinco kilómetros que separan ambas poblaciones. Se detienen en la plaza de San José, bajo uno de los laureles de Indias que dan sombra al recinto, con la intención de reagruparse.

Doramas, incansable, de un salto se sube al parterre donde se ubica la estatua de una mujer. Al pie de la misma está escrito el nombre del escultor: Montull. La mujer está sentada y entre sus brazos sostiene una hoja de palmera canaria. Manos fuertes, acostumbradas al duro trabajo, pies enormes, rasgos faciales nobles y serenos. A un lado de sus pies se encuentran varias escobas elaboradas con hojas de palma. Doramas recorre con sus manos la estructura pétrea del cuerpo de la mujer. Le gusta sentir su frío tacto, su estructura rugosa y la belleza de sus líneas indigenistas, bien definidas.

—Artesana —verbaliza Aythami, dirigiéndose a Doramas.

—¿Qué? —pregunta Doramas, sorprendido.

—La escultura que tanto te atrae es un homenaje a la mujer artesana. Una obra con mucha fuerza.

—Al parecer este escultor tiene su estudio aquí, en Fataga —interviene Abenchara.

—Así es. Veremos su casa en el paseo que daremos por el pueblo —confirma Aythami—. Hay un proyecto del ayuntamiento para convertir la casa en un museo del artista.

El pueblo merecía una visita sosegada. Todas las casas pintadas de blanco con sus ventanas, puertas y balcones de madera, tejados a dos aguas, unas con tejas antiguas y otras a las que se les había repuesto la techumbre recientemente. La idea era recorrer el pueblo, pasear por sus calles peatonales y continuar luego, camino

de Tunte. Era en esta villa donde se encontraba la primera iglesia jacobea, el lugar previsto para pasar la noche.

—¡Es precioso! —exclama Abenchara.

—Lo es. Está considerado uno de los pueblos más bonitos de la isla —reconoce Aythami.

—Y llevan razón los que así lo consideran —ratifica Abenchara.

—¡Fataga! ¡Qué nombre más original! ¿De dónde procederá?

— verbaliza Santiago, curioso, pensando en varios nombres de localidades canarias que no se parecían en nada a los que acostumbraba ver en su tierra.

—Pues muy fácil, primo —responde Abenchara—. Al parecer es un término aborigen.

—¿Cómo Arteara, Guguy, Gáldar, Tunte, Tejeda...?

—Igual. No quiero decir que el vocablo primigenio fuera exactamente así, pero todos esos nombres tienen un origen aborigen, aunque luego hayan evolucionado.

—Como el actual de Gáldar por Agáldar que era como conocían los aborígenes la ciudad donde pasado mañana terminaremos nuestra aventura —apunta Doramas, orgulloso de aportar alguna información al grupo.

—Así es —ratifica Abenchara.

Idaira va delante. Alejada de la conversación de sus compañeros se adentra en el laberinto de calles peatonales, absorta en elementos arquitectónicos propios de las viviendas rurales canarias que, por su originalidad y belleza, le llaman poderosamente la atención.

Aquí es una puerta cuyo dintel está realizado con un recio madero de tea —una madera procedente del interior del pino canario y que por su contenido en aceites y resinas era prácticamente incorruptible—. Allí es el hueco de una ventana el que presenta en su parte superior un travesaño de tea. ¡Qué le apasiona el contraste cromático de la madera con la piedra y de ésta con las paredes encaladas!

Doramas se detiene de pronto ante una verja. Tras ella, un frondoso patio apenas deja vislumbrar un recogido sendero, tal es la profusión de plantas que bordean el mismo, que se pierde en la entrada a la vivienda.

—¡Anda! ¡Miren chicos! ¡Una escultura de ese artista famoso que esculpe y pinta personas gordas!

—¡Obesas, Doramas! —intenta suavizar Idaira.

Todos se acercaron a Doramas.

—¿Botero? —insinúa Santiago—. ¿Te refieres al escultor Fernando Botero?

—Yo qué sé cómo se llama. Lo vi en la televisión una vez — protesta Doramas.

—¡Eso no es una escultura de Botero, es una representación de Buda! —corrige Idaira.

“¿Buda?” —repite para sí mismo Doramas, sin saber a qué se refiere su amiga. Aquella figura representa una persona gorda sonriendo, se llame Buda o no. Se le ve muy feliz y satisfecha. Doramas sonríe. ¡Seguro que acaba de zamparse un par de solomillos y un chuletón de buey como si nada! Guarda silencio. Se arrepiente de haberlos llamado. Abandona la verja que protege el jardín, la fuente y el Buda y apura el paso para alcanzar a sus compañeros.

—¡Qué pueblo más bonito! —manifiesta Santiago—. Se ve muy cuidado. No hay casa sin un jardín o un parterre. El color de las flores de sus puertas y ventanas, esas curiosas plantas con las hojas en forma de roseta, creciendo en los tejados o los helechos en galerías y balcones, contrastan con el albor de las casas. Las calles tienen canales que encauzan el agua de la lluvia dirigiéndola a los huertos o el barranco y una antigua acequia, discurriendo al borde de la calzada, sigue llevando agua hacia las casas. ¡Es un lugar hermoso donde no me importaría vivir!

—¡Anda! ¡Y a mí! —le responde Idaira—. Y a cualquier persona con una mínima sensibilidad y ganas de disfrutar de la vida de otra manera.



—Más que auténtico, turístico —discrepa, convencido, Aythami—. Es un pueblo a caballo entre el respeto por lo tradicional y la búsqueda de un estereotipo, un logotipo tradicional que pretende convertir el pueblo en atractivo turístico. Y lo consigue. Muchas de las casas que acabas de ver son estudios de artistas o galerías de arte. Hay artistas canarios como Luis Montull y otros, extranjeros. Si dejas hablar mi corazón te confesaré que, si queda algo auténtico en este barranco, es Arteara. Sus casas, sus tierras, sus cultivos, las personas, el agua, las palmeras, el ganado. ¡Allí sí puedes encontrar tradiciones que se están perdiendo!

—Tal vez tengas razón —reconoce Santiago.

Idaira sonríe.

—¡Tengo la imagen! ¿Recuerdan los troncos de palmera canaria, hueco su interior para convertirlos en colmenas? Unas veces utilizaban palmeras viejas, secas o enfermas, otras las talaban sanas. Con su ingenio, las generaciones anteriores trataron de encontrarle uso a todo aquello que les ofertaba el medio y, en algunos lugares como Arteara, aún perdura la tradición. Utilizaban una laja como base para asentar la colmena y otra, en la parte superior, para protegerla de la lluvia y el viento y darle fortaleza. Ahí tienen un ejemplo del aprovechamiento de los recursos del medio sin causar mayor impacto. Junto al palmeral, las colmenas de palmera dispersas por la necrópolis es el recuerdo vivo que quiero llevarme de Arteara —sentenció Aythami.

El camino hacia Tunte abandona Fataga, entre huertos y árboles frutales, a través de una senda —camino de Los Ríos— que desciende suavemente buscando el cauce del barranco. Es imperdonable no volver la vista atrás. Una estampa idílica de pueblo, huertas y palmeras, aunque éstas presenten sus troncos ennegrecidos como consecuencia de uno de los últimos incendios acaecidos en la isla. A pesar de ello, sus frondosos penachos reverdecen. Milagros del agua y de la vida. El grupo no tiene dudas en la senda a tomar pues en la plaza de San José, junto a la iglesia,

un poste informativo indicaba la dirección a Tunte, la distancia — poco más de cinco kilómetros— y la altitud del pueblo: 607 metros.

El croar de las ranas en las pozas que salpican el cauce llena de alegría al grupo. Disfrutan unos minutos escuchando croar a los machos en el pilancón más grande. Cruzan el barranco dejando a su izquierda un caidero, sorteando sobre piedras y cañas cortadas, el hilo de agua permanente que discurre por el cauce, bajo la sombra del cañaveral y palmeras canarias. Inician el ascenso por una senda pedregosa que va abriéndose a la luz entre un mar de vegetación arbustiva. Un letrero en madera define sin lugar a dudas el camino: Cuesta de Fataga. Atrás queda el cauce principal del barranco, barranco que tiene represadas sus aguas en la presa de Fataga. Este barranco tributario por donde el camino busca abandonar el valle es el barranco de Manzanilla. El paisaje se transforma, volviéndose amarillo, incendiándose con la intensa coloración de las retamas de cumbre sólo rebajado su color por los pasteles claros de la floración de las tabaibas amargas. Ninguna duda genera el topónimo utilizado para identificar este lugar: La Solana. La senda continúa suave, muy agradable entre una vegetación nada agresiva, barranco arriba buscando la cabecera del mismo. Los aromas de las plantas medicinales perfuman el ambiente, regocijando el espíritu. Marrubios, inciensos, salvias, hinojos, tomillos... Al fin la senda se encuentra con la carretera que se dirige a Tunte, sólo para cruzarla y continuar zigzagueando en busca de la degollada que les permitirá cambiar la cuenca de Fataga por la de Tirajana. A punto de alcanzarla, atraviesan un retamar. Las retamas amarillas son aquí la especie dominante y, siendo arbustos, algunos ejemplares alcanzan considerable altura. Se encuentran ya en los dominios del pinar. Pinar que se regenera de formas natural y decenas de pinos jóvenes crecen por doquier. La senda se torna amable y llana, bordeando la caldera en busca de Tunte. Ahora el paisaje cromático es diferente. Ha cambiado al blanco de las jaras y de los escobones y al verde intenso de los pinos canarios.

Doramas va delante. Le vence su ansia por llegar. Hace sus cálculos pensando en una carrera imaginaria. —“Estos últimos seis kilómetros de travesía se reducen a una subida constante donde mantener un ritmo controlado y un descenso a tope hasta alcanzar el pueblo de Tunte” —programa en silencio. Desconoce que, tras su llegada a Tunte, el camino inicia un ascenso frenético en busca del paso de la Plata. El grupo, agotado por la larga travesía, sólo piensa en llegar a la plaza y a la iglesia. Se acaba la senda y caminan por el arcén las últimas decenas de metros. Observan señales destinadas al escaso tráfico rodado: “Ruta jacobea y de los volcanes —reza el texto—. Precaución, caminantes junto a la vía”. Junto a una de ellas, un poste señala la confluencia del sendero S—57 que, iniciándose en el barranco de los Vicentes y pasando por la Degollada Manzanilla, pretende el mismo destino: Tunte. El grupo no presta atención a los anuncios de bodegas de vinos, ni a las casas típicas engalanadas con traperas y antiguos aperos de labranza en sus balcones, ni a los parterres que lucen en sus fachadas coloridas plantas, ni a las cruces jacobeanas... Sus pasos discurren sobre el empedrado de las calles de Tunte, vías que en su descenso conducen sin pérdida hacia el templo parroquial.

La visión de la iglesia ilumina sus rostros. Llevan recorridos unos treinta kilómetros desde la Charca de Maspalomas. Ocho horas con las paradas correspondientes, no está nada mal. Se encuentran cansados pero satisfechos. Abenchara cruza la calle principal y, dirigiéndose a la fachada del templo, busca la puerta de entrada.

—¡Prima! Es posible que esté cerrada. En Año Santo se habilita otra puerta para que los peregrinos accedan a los templos jacobeanos —puntualiza Santiago.

—¿Cómo que otra? —responde confusa, comprobando que, en efecto, la puerta principal permanece cerrada.

—Si esta iglesia mantiene el protocolo oficial, debe disponer de una segunda puerta, conocida como Puerta Santa, que sólo se abre cuando el año es Jacobeano y que debe permanecer abierta todos

los días del año.

—¿Jacobeco? —pregunta extrañado Aythami—. ¿Qué es un Año Jacobeco?

—Luego lo explico al grupo —responde Santiago—. Ahora disfrutemos de la llegada.

Habían dejado atrás la puerta principal, dirigiendo sus pasos hacia la derecha donde se encontraba una amplia Plaza. Santiago fue el primero en doblar la esquina del templo y no tardó en encontrar aquello que buscaba.

—¡Aquí está! Esta es la Puerta Santa —confirma, seguro de sus palabras, pues a su conocimiento se une el texto registrado en una placa de metacrilato colocada en el último Jacobeco sobre la pequeña puerta. Su factura en piedra, sencillez de líneas, arco de medio punto y su aparición durante una restauración del templo la definía como probable puerta de acceso a la primitiva iglesia de San Bartolomé, de principios del siglo XVI.

—Y esta es la plaza de Santiago —añade Doramas—. Lo sé porque está escrito en aquella placa. Y esa es la terraza donde voy a esperarles, disfrutando de una jarra de cerveza helada, mientras ustedes siguen de turismo y rollos religiosos.

Doramas abandona el grupo en busca de una mesa libre en cualquiera de las terrazas que se suceden sobre la acera de la calle principal. Santiago retoma la palabra frente a la Puerta.

—La Puerta Santa tiene sus tradiciones. Una de ellas es que debe estar orientada hacia la salida del sol, pues guarda relación con la redención de los pecados y con la entrada a una nueva vida espiritual, un nuevo amanecer. En la actualidad, no sucede así con la Puerta Santa de Santiago de Compostela, pues no se corresponde con la tradicional Puerta cuya orientación sí es correcta. Pero esta Puerta Santa la conserva, pues está orientada al Naciente. El Año Santo Jacobeco forma parte de una tradición cristiana, en este momento, muy larga de contar. Sólo decirles que son Años Santos cuando la festividad del apóstol Santiago, el 25 de julio, coincide en

domingo. Este año 2021 lo es. En dichos años, una gran cantidad de peregrinos realizan el Camino de Santiago con la intención cristiana de ganar el Jubileo. Para no aburrirles, en este templo, durante este año y el que viene, cualquier católico gana la indulgencia plenaria cumpliendo los requisitos oportunos.

—¿Indulgencia plenaria?

—El perdón de todos sus pecados.

—¿Y en el templo de Gáldar? —pregunta Idaira.

—En la iglesia matriz y arciprestal de Santiago de los Caballeros de Gáldar, también —afirma Santiago, seguro de sus palabras.

—¿Dos años de Jubileo? —pregunta extrañada Abenchara.

—Sí. Es una medida excepcional —responde Santiago—. Un decreto papal para evitar masificaciones y mitigar las dificultades de los peregrinos este año para realizar el Camino. La pandemia ha generado una situación extraordinaria y extraordinarias son las medidas que acuerda el Santo Padre.

Entran en el templo. Santiago está ansioso por conocer la escultura medieval traída por marineros de su tierra como promesa ante el riesgo inminente de un naufragio que nunca se llegó a producir, gracias a la intercesión del Apóstol. ¡Quinientos años de historia y leyenda le separaban de aquellos hechos! La encuentra a su izquierda, al fondo del templo, en la nave de la Epístola, muy cerca de la Puerta Santa.

—¡Santiago Apóstol! —exclama ante la escultura.

Idaira dirige su vista al artesonado del techo, de factura mudéjar. Luego acaricia las columnas de estilo toscano, realizadas con cantería de la zona, mientras disfruta de la luz que le llega a través de las vidrieras. Se gira, buscando la entrada principal. Sobre ella se sitúa el coro y sobre éste, dos vidrieras. La más grande representa a San Bartolomé, patrono de la villa, la más chica se trata de un esférico lucernario con la imagen de Santiago El Chico. Le gusta la iglesia, la encuentra familiar, cálida, entrañable. Cierra

los ojos. Su mente fija la atención en la solemnidad de la música sacra que escucha, muy suave, por los altavoces.

—¡Me gusta el recibimiento que este templo oferta a sus peregrinos y visitantes! —susurra en voz baja.

—¡El apóstol Santiago a caballo! —manifiesta en voz alta Aythami, identificando frente a él, en la cabecera de la nave de la Epístola, otra escultura ecuestre del santo.

Santi gira su cabeza. Así que hay dos esculturas ecuestres del apóstol en la misma iglesia. ¡Muy interesante! Observa desde lejos la que se encuentra frente a Aythami. Es de factura reciente y para él no reviste mayor interés. Se vuelve y sigue admirando los trazos y la policromía de la sencilla escultura medieval de autor anónimo, realizada a finales del siglo XV. Mientras, Aythami, dirigiendo su vista al techo descubre, en uno de los lucernarios de la nave situado sobre la escultura, una reproducción exacta de su apóstol a caballo en una colorida y original vidriera.

—¡Santi! Observa esta vidriera en la nave central, sobre la puerta principal del templo.

Santi sigue la mirada de Idaira. Una vidriera orientada al sur permite la entrada de luz a raudales en el templo. Dibujada en ella, la escultura medieval de Santiago Apóstol. Los coloreados haces luminosos procedentes de la vidriera confieren a la iglesia un efecto sobrenatural.

—Santiago el del Pinar, ese es nuestro Santo —manifiesta una devota mujer de avanzada edad que se encuentra de pie, frente al altar.

—¿Santiago el del Pinar? —pregunta Santiago, curioso.

—Sí, el mismo. El santo al que acudían en romería al pinar de Santiago mis abuelos antes de que lo trasladaran aquí en 1850. Le tengo mucha fe al apóstol y tanto mis padres, que en paz descansen, como yo, jamás dejamos de rezarle todos los días —confiesa la buena mujer, vecina de Tunte.



varias direcciones e identifica los senderos que parten del pueblo. El S—54 es el sendero que les ha traído desde la Charca de Maspalomas —27,5 kilómetros, lee—, algunos más para ellos pues han añadido a la senda recorrida los desvíos necesarios. El S—50 los conducirá al siguiente día hasta la Cruz de Tejada. 15 kilómetros, indica la señal, pero conociendo la curiosidad del grupo ante cualquier elemento de interés cercano a la senda transitada, serán algunos más. Sonríe. Nunca imaginó que la aventura senderista con su prima y sus amigos le pudiera proporcionar tanto placer y conocimientos insospechados.

—¡Vamos! —propone al grupo—. ¡No es cuestión de que Doramas se beba toda la cerveza!

En su cabeza danzan dos altitudes, los 869 metros de Tunte que recoge el panel informativo del Cabildo, y la de Cruz de Tejada de 1.510 metros, a donde llegarán mañana. —“Si se trata de una ruta más corta, el desnivel a salvar será más acusado” —reflexiona en silencio.

Salen a la plaza, no sin antes sentir el espíritu jacobeo que envuelve al templo. La cruz roja de Santiago está presente en todos los bancos, en los pendones, en el coro, en las hojas de oraciones y en la parafernalia de pulseras, estampas, pines, viseras, imanes, llaveros con imágenes del apóstol, que los peregrinos adquieren como recuerdos del Camino. Sonríe viendo como sus compañeros al salir de la Puerta Santa se dirigen a la terraza donde Doramas apura ya su segunda cerveza, no sin antes pasar entre dos enormes pinos canarios que elevan sus copas más allá de las torres de la iglesia, aportándole solemnidad a la popular plaza. La idea ha sido de su prima Abenchara quien, supersticiosa, se muestra convencida de que iniciar la segunda etapa a través de dos pórticos, uno espiritual, el tránsito por la Puerta Santa y otra natural, el paso entre las frondosas copas y los gruesos troncos de los pinos centenarios, les traerá buena suerte y un camino sin dificultades. Santi se regala con una visual completa de la plaza. Junto a la Puerta Santa, —emulando

esa moda tan actual de identificar las grandes ciudades en sus plazas mayores—, observa el nombre del pueblo con letras enormes y alegre colorido sobre una larga peana donde no falta el bordón, las vieiras, la cruz y el deseo de todo peregrino: Buen Camino. Un poco más allá, también en un lateral del templo, sobre un sobrio banco labrado en piedra de Arucas, arropadas en una concha dorada se encuentran excelentes representaciones fotográficas de las dos esculturas jacobeanas. Ya fuera del recinto del templo y de la plaza, abundante cartelería, bandas de tela y traperas canarias lucen, en balcones, puertas y vías públicas, la escarlata cruz de Santiago en el centro y, al pie, dos vieiras. —“Tunte Jacobeo” —lee Santi en todos ellos. No es de extrañar tanta profusión de referencias a Santiago Apóstol si el escudo de San Bartolomé de Tirajana luce en uno de sus cuarteles la cruz roja de Santiago sobre fondo dorado.

Ha sido un día caluroso y agotador, y las piernas y los cuerpos de todos ellos manifiestan el cansancio de muchas horas caminando.

—¡Cuatro cervezas más! —solicita Doramas.

—No, no. Ahora no me apetece cerveza. Un agua con gas bien fría — le corrige Idaira.

—¡Qué sean dos! —puntualiza Aythami.

Abenchara y Santiago alaban la llegada de dos cervezas frías en sendas jarras heladas. Relajados en sus sillas disfrutan en silencio de las bebidas y la placidez de un hermoso atardecer. Adorna cada mesa de la terraza una pequeña maceta de barro con una planta. Ciñendo la maceta un hilo dorado sujeta una cruz de Santiago recortada en franela.

—No se le puede negar a Tunte y a su gente la ilusión y fervor puestos en celebrar el Año Santo —reconoce Abenchara ante tanta profusión de detalles.

No hay tiempo para una respuesta pues, de repente, se oye la voz de Doramas:

—Tirajanera. Así se llama la escultura que ven ahí, junto a la

plaza, del mismo escultor que la de Fataga.

Los amigos sonrían ante aquella intervención a destiempo, destinada a desviar la atención del fenómeno jacobeo.

—Así es —ratifica Abenchara—. Un homenaje de Luis Alemán Montull a la mujer de Tirajana y al igual que la de Fataga presenta el tradicional pañuelo en la cabeza, manos limpias, pies descalzos y de gran tamaño, características del arte indigenista.

—Es cierto, se parecen mucho ambas esculturas —apunta Santi—. Cambia un poco la expresión de sus rostros y ha utilizado materiales diferentes para esculpirlos.

—¡Eh, compañeros! —toma la palabra Aythami—. Está bien hablar de arte, pero deberíamos buscar un lugar donde pasar la noche. No se olviden que tenemos que montar dos tiendas y la luz del día es cada vez más escasa.

—¡Digánmelo a mí, que llevo cargando con ellas desde Maspalomas! —recrimina Doramas.

—Las llevas tú porque eres muy bruto y te ofreciste voluntario. Te dijimos de repartir el peso y te negaste una y otra vez —le responde Abenchara.

—Lo sé, fue una bravuconada, lo cierto es que deseaba hacer piernas —reconoce Doramas—. Y ya ven, ¡aquí estoy! ¡Fuerte como un palo de acebuche!

Apuran sus bebidas, abonan las consumiciones y firman los cinco en un enorme cartel que luce la cruz de Santiago. —Aquellas personas que están realizando el Camino dejan aquí una frase, un deseo, una dedicatoria o simplemente su firma —les había dicho, al llegar, un camarero. —O un dibujo —puntualizó Santi. —Un dibujo también vale —confirma el chico mientras recoge la mesa.

Depositán el bolígrafo sobre la mesa y cargan de nuevo con sus mochilas. Quieren dejar las casas atrás antes de buscar un lugar para dormir. Aythami sabe que es un pueblo especial, considerado Ecobarrio de la Reserva de la Biosfera de Gran Canaria, un pueblo que busca la eficiencia energética y el equilibrio entre el desarrollo y

la preservación de sus valores naturales y culturales. Ha oído hablar del molino del Henchidero, de la casa canaria de Las Lagunas, del museo etnográfico Casa Los Yánez, de callejones, lavaderos, hornos de teja..., pero no ha visto sitio alguno. No alberga dudas sobre la importancia del patrimonio de Tunte y se promete una visita sosegada. Respira hondo y eleva la vista. Sobre la loma que domina el pueblo, justo por el lugar donde bajaron procedentes de Fataga, se recorta en el cielo una enorme cruz de Santiago iluminada. Mientras disfruta de su imagen en silencio, apura el paso para alcanzar a sus compañeros.

No tardan mucho en encontrar el sitio donde pasar la noche. Apenas diez minutos de marcha y el lugar idóneo se halla junto al camino que iniciarán al siguiente día. El lugar no puede ser más apropiado. Bajo el amparo de los primeros pinos canarios, un llano les oferta un espacio libre de vegetación, sin piedras, rodeado por plantas propias del lugar: jaras, jarones, algunas retamas, escobones y abundantes gamonas.

—Las mochilas al suelo. ¡Nos quedamos aquí! —ordena Doramas.

Doramas saca las tiendas de su mochila, dejándola abierta junto a un pino canario. Sin perder tiempo, sus compañeros comienzan a montarlas para pasar la noche. Ya cogerá él su saco de dormir a última hora, lo guarda al fondo de la mochila. Ahora lo más urgente es realizar una serie de estiramientos. Necesita relajar la musculatura. Le duelen los hombros. No en vano su mochila ha cargado con las dos tiendas de campaña junto al equipo personal propio: cantimplora, ropa, comida, saco, esterilla... Olvidándose por unos minutos de sus compañeros, estira piernas, pies, manos y brazos. Luego realiza una serie de torsiones y flexiones que proporcionan relajación a su espalda. Una sucesión de respiraciones, profundas y conscientes, le devuelve equilibrio y armonía. Ahora se siente mucho mejor. Sonríe. Está orgulloso. Ha realizado una marcha de treinta kilómetros, pues para las

piernas contaban también los desvíos a la necrópolis de Arteara y el deambular, sin rumbo definido, por las calles de Fataga, y ahí está, en perfecto estado, algo cansado eso sí, pero ufano y satisfecho. No tiene mucha hambre y necesita descansar. Se ha quedado bien con las cervezas. Observa a sus compañeros y, en silencio, extrae su saco de la mochila, coloca primero la esterilla sobre un manto de pinocha y, metiéndose dentro del mismo, deja la cabeza fuera para disfrutar del increíble cielo estrellado que le proporciona una noche sin luna. Cierra los ojos, tratando de recordar cada momento vivido. Su memoria funciona como un libro abierto. Así había sucedido: El transporte público los había reunido en la playa antes del amanecer. El acuerdo era asistir a la salida del sol desde el agua, en las dunas de Maspalomas. Se habían secado luego, frotándose enérgicamente para eliminar rastros de salitre, cambiado de ropa y desayunado frugalmente. No era cuestión de llenar el estómago a punto de iniciar una larga travesía. Comerían con mayor fundamento a su llegada a Arteara.

A las nueve se encontraban junto a la Charca, prestos a salir. Habían observado las aves que descansaban en la laguna. Al parecer era época de paso y a las especies habituales todo el año se unía un buen número de aves invernantes. De cuando en cuando, alguna especie inusual, rara, era desplazada por los vientos o las tormentas, de su ruta migratoria, terminando su periplo en la Charca de Maspalomas. Este era el caso de las dos cigüeñas blancas que se habían instalado sobre un posadero artificial, ubicado en el centro de la laguna. Admiraron su plumaje blanco y negro, sus picos rojizos y largas patas de similar color, tal vez un poco más claro. A él poco le interesaban los animales pero Santi era un libro abierto y junto a él, aprendías nuevas cosas, quisieras o no.

El grupo había respirado hondo antes de comenzar la aventura. Abrazándose se desearon buen camino, ajustaron las correas de sus mochilas e iniciaron la marcha.

A la una del mediodía se encontraban en la necrópolis,

almorzaron bajo el palmeral y una hora más tarde, protegidos con gorras, pañuelos y viseras que habían humedecido en el pequeño arroyo que discurría por el fondo del barranco, bajo un sol inclemente, continuaron la marcha.

A las tres y media habían salido de Fataga en dirección a Tunte y a las cinco estaban en la puerta del templo parroquial. Una hora para verlo, descansar y buscar el lugar donde pernoctar. Montar las tiendas, cambiar impresiones, echar unas risas y dormir.

Doramas deja los recuerdos a un lado y abre los ojos. Observa la inmensidad del cielo, bien abrigado en su saco. En sus salidas al campo, siempre ha dormido al raso, bajo las estrellas. La tienda la considera innecesaria. Una esterilla, para evitar la humedad y los pequeños guijarros del suelo, es lo único que necesita.

Escucha, procedentes de algún lugar cercano, las palabras de Idaira y Santiago. ¡Qué frikis! Tal para cual. ¡Fuerte rollo con los aborígenes, las plantas, los bichos, el cielo y las estrellas! Al parecer se olvidan que tendrán que madrugar. Mañana será una etapa que pondrá a prueba a más de uno. Sonríe, seguro de su estado de forma.

No entiende mucho de cielos. Sabe que hay estrellas, que para él están fijas en el firmamento y algunas, muy pocas, conocidas como fugaces, que lo cruzan raudas, de lado a lado. —¡Ahí va una! —exclama. También hay planetas que se ven a simple vista, pero ni idea de cuáles son, ni dónde, ni cómo localizarlos.

No es un forofo de la geografía, la historia o la ciencia. Nada la dicen estas y otras materias del instituto. Asiste a clases, sí, pero para él son un coñazo. No encuentra interés alguno en aprender nombres y más nombres de localidades, montañas, islas, ciudades, capitales, animales o plantas. Le dominan razonamientos tan claros como éste, en la historia, lo que pasó, pasó, y lo que vaya a suceder está por venir. ¿Qué interés tengo en saber el pasado y mucho menos en elucubrar el futuro? Lo único importante es vivir el presente y ese presente para Doramas está plagado de actividades deportivas como ésta. La práctica del deporte es su máxima, fuera de ella nada

existe que tenga mayor importancia.

Ratifica tal pensamiento el orgullo que siente de sus logros. Es capaz de nadar o correr sin cansarse durante horas. Goza de una potencia de tiro y colocación sin igual en deportes de balón, tanto de mano como de pie. Voleibol, baloncesto, balonmano, fútbol..., todos le apasionan y a todos les dedica su tiempo. Le cuesta entender que alguien pueda ser infeliz practicándolos y, por el contrario, es incapaz de comprender que otro joven sea feliz leyendo libros, oyendo música o manejando un instrumento. Doramas es noble y dueño de una virtud muy valiosa: el respeto a sus semejantes. Jamás se mofa de nadie, nunca lo ridiculiza, si acaso se permite pequeñas ironías con las que jamás pretende dañar.

Estira los brazos y las piernas dentro del saco, en un intento de aliviar la zona lumbar. Arquea la espalda hacia atrás, luego repliega el cuerpo sobre sus rodillas. Conoce algunas posiciones de yoga idóneas para relajar la musculatura, pero no es el momento. A las siete de la mañana hay que estar en pie. A las ocho iniciarán la subida del Camino de la Plata. El amanecer les cogerá ascendiendo por el pinar. Una duda ronda su cabeza: ¿Algún compañero se verá obligado, por cansancio, a abandonar la marcha antes de llegar a Gáldar? Buscando la respuesta le aborda el sueño.

Doramas había encontrado abrigo bajo un enorme y aparasolado pino viejo. Idaira, Abenchara, Aythami y Santiago ubicaron sus tiendas en el mismo claro del pinar, sobre un lecho que prepararon con pinocha. Había que descansar y se trataba de procurar la mayor comodidad posible.

Abenchara está rendida y sólo entrar en su tienda cae profundamente dormida. Aythami en la suya, con la cabeza sobre su mochila memoriza en la pequeña guía del Camino de Santiago valiosa información sobre la etapa del siguiente día. ¡Le encanta aquel escritor peregrino! Está leyendo las primeras páginas del libro, pues para su autor el Camino de Santiago en Gran Canaria es el que une los dos templos jacobeos. Nada más. A pie de página lee:

“Ahora soy un peregrino de los volcanes andando sobre las cenizas diseminadas de la isla reciente”. Acerca la luz de su linterna a la página siguiente. Observa una foto de la isla de Gran Canaria con el camino que van a recorrer hasta Gáldar resaltado con un trazo amarillo. A su pie, el autor había escrito: “Camino de Santiago. Un viaje interior a la gran concha de lava que se llama Gran Canaria” ¡Guau! —exclama—. ¡Qué comparación más acertada!

Pasa la página, dos imágenes conocidas le sorprenden con agrado. Así es como ha culminado su camino hoy, contemplando las esculturas de Santiago Apóstol a caballo, una medieval, la más antigua, la talla que la leyenda atribuye a la promesa realizada por unos marineros gallegos y la otra, más reciente, una escultura de principios del siglo XX.

Para Idaira y Santiago, aún es pronto para acostarse. Durante el trayecto no han dejado de hablar. Santiago es para Idaira una fuente incesante de información sobre el Camino de Santiago en la península. Ella nunca ha viajado fuera de las islas y Santiago de Compostela y el Camino Francés, Oviedo y el Camino Primitivo, Tuy y el Camino portugués, La Coruña y el Camino Inglés, La costa de la Muerte y el faro del fin del mundo son sendas y lugares desconocidos que le descubre Santiago, puertas abiertas a la imaginación, la exploración y el conocimiento.

Por su parte Santi —así quiere que le llamen sus amigos—, ha leído algo sobre la isla, pero desconoce muchísimo más. Los escasos libros y alguna que otra revista le han llegado como regalos de su tía Carmen, la madre de Abenchara, pero sólo sirvieron para acrecentar la pasión y el deseo por conocer en profundidad la cultura de los aborígenes canarios, sus costumbres y leyendas.

Se asombra ante la increíble variedad de plantas que alberga la isla y cómo cambian las especies con la altitud y la orientación. Nada tienen que ver las plantas del norte con las del sur, ni las de costa con las de medianías y cumbres. Por eso no ha dudado un instante en aceptar la invitación de su prima. Eso y que negarse

habría sido un suicidio emocional. Su prima jamás se lo hubiera perdonado. Recuerda el momento, días atrás. Su tía, enfadada, porque consideraba a Abenchara muy joven para ir sola por ahí, a recorrer caminos desconocidos y pasar la noche fuera de casa. Abenchara empeñada en que ya lo habían hablado en casa, que su padre estaba de acuerdo y que ya era mayor para que su madre le viniera ahora con esas historias. —Si al menos invitaras a tu primo y fueran los dos —aventurara su tía, en un intento desesperado por buscar una salida alternativa. —Vale —había respondido su prima. Y allí estaba él, callado ante la discusión, con un libro de Historia de Canarias en las manos. —Santi —le había preguntado su prima, con un tono de voz que no admitía lugar a dudas—. ¿Vienes con nosotros, no es cierto? —¿A dónde? —acertó a preguntar él. —A recorrer el Camino de Santiago en Gran Canaria —le había respondido con enorme naturalidad su prima. Santi había observado los rostros de su prima y su tía. Las dos esperaban respuestas diferentes, pero la cara de Abenchara no admitía una respuesta negativa, así que cedió: —Bueno. Si no hay problema con tus amigos —asintió al fin. —¡Bieeeeeennnnn! —había estallado Abenchara, abrazándolo y estampándole un sonoro beso en la mejilla—. ¿De qué problema hablas? Luego, dirigiéndose a su madre le dijo: —¡Mama! ¡Nos vamos!

Así había sucedido. Santi supo más tarde que eran tres días de dura caminata y que el grupo lo formaban Abenchara, dos amigos, una amiga y él. También supo que necesitaba una mochila, una cantimplora y un saco de dormir, pero eso no era motivo de preocupación pues su prima ya lo había previsto y tenía claro a quién pedirselo prestado. En fin, que Santi no preparó nada, solo la ropa, el calzado y dos días después se encontraba en la guagua, junto a su prima, camino del Sur.

Fue en las dunas donde Abenchara le presentó a sus amigos. —Este fortachón es Doramas, compañero de clase. Aquel es Aythami y ella Idaira. Él es mi primo Santiago, tuve que engancharlo al

grupo porque mi madre se puso imposible. —¡Bonita presentación! —pensó Santiago—. ¡Voy de acompañante obligado de mi prima! Se saludaron. Luego cada uno fue desvestiéndose. Bajo las ropas de senderismo todos llevaban puesto su bañador. Santi no lo había traído, nadie le había dicho que antes de caminar iban a darse un baño de amanecida. Colores añiles en el horizonte presagieron la aparición de una cálida gama de rojos y naranjas, justo antes de que surgiera el halo amarillento del astro solar. Los cuatro amigos nadaron, margullaron y se persiguieron en locas y divertidas carreras por el agua. Una sinfonía de risas y gritos rasgaban el velo de la noche, en fuga ya. Con la salida del sol fueron abandonando el agua, uno a uno, secándose con energía, frotándose con sus toallas, tratando de recuperar el calor de sus cuerpos y caminaron descalzos por la arena en dirección al Faro de Maspalomas. Allí se desprendieron de sus bañadores, se vistieron con la ropa adecuada para iniciar el periplo y, tras escurrir con meticulosa paciencia las prendas de baño, las depositaron en bolsas impermeables, dentro de sus mochilas.

Se sentían bien. Comenzaron a caminar en dirección a la Charca de Maspalomas, la vista puesta en sus aguas, llenas de vida. Peces, aves, aquella imagen era propia de un paraíso, el lugar ideal para iniciar el periplo. Justo la desembocadura del barranco de Fataga, por cuyo cauce comenzarían a caminar. Y ahora, dieciséis horas después, Santi se encuentra allí, junto a una chica llamada Idaira, contemplando estrellas y hablando del Camino. ¡Increíble! Él hablando de las tierras del norte que le vieron nacer y ella contándole leyendas aborígenes de amor y valentía.

—¡Las doce! —exclama Idaira—. ¡Tenemos que descansar! ¡Mañana madrugamos! ¡No es nadie Doramas para exigir disciplina en el horario! Escucha Santi, la profunda respiración de nuestro porteador. ¡Eso sí que son pulmones!

Ríen los dos.

—Está más dormido que una marmota, descansará bien y

mañana no tendrá consideración con nadie. Lo conocemos bien en la pandilla. Nos despertará a la hora indicada y si hace falta, con agua de su cantimplora. Créetelo Santi, de una forma u otra, nos pondrá en marcha.

—Vamos a descansar entonces, —acepta a regañadientes.

Idaira lo nota de inmediato, tampoco ella quiere recogerse. ¡Se encuentra tan bien con él! Se acerca y le dice:

—¡Santi, es increíble cómo pasa el tiempo a tu lado! ¡Me encanta lo que me has contado, cómo lo presentas, cómo sonríes!

Idaira se ruboriza un poco. Santiago, más atorado aún, no sabe qué decir.

—A mí me sucede lo mismo —responde, bajando la vista—. Buenas noches Idaira, Hasta mañana.

Cruzan sus miradas, pero no son capaces de dar un paso más. Está bien así. Santiago se dirige a la tienda de donde proceden los ronquidos de su compañero Aythami.

Antes de quitarse las botas se vuelve. En la entrada de su tienda, Idaira lo observa.

Sonríen los dos.

—¡Buenas noches!, se oye al unísono.

* * * *

—¡De pie todo el mundo! —retumba la voz de Doramas. ¡Hay que desayunar, recoger y ponernos en Camino!

Rabicorto se despierta asustado y dando un salto trepa por el bolsillo de la mochila hasta asomar su cabeza. La mochila está en el suelo y los olores del plátano y queso tierno le animan de repente.

Observa al grupo de jóvenes que, somnolientos aún, desayunan en silencio. Su olfato busca a su alrededor. Muy cerca, junto a la mochila, Doramas ha cortado el queso y dejado, sobre una

lámina de papel de aluminio, un par de trozos blanquecinos. Junto a ellos, un plátano maduro a medio pelar. Rabicorto desciende raudo. La noche ha sido fría y necesita entrar en calor. Además, tiene un hambre atroz. Poco ha comido el día anterior, pues el cernícalo se lo ha impedido. En un santiamén devora las cuñas de queso fresco y se aplica con ganas y gula al plátano.

—¡Qué delicia! —reconoce.

Los jóvenes desayunan rápido. Tienen ganas de ponerse en marcha y no desean hacerlo con el estómago lleno. Idaira y Abenchara recogen su tienda de campaña en unos minutos. A la misma labor se dedican, con mayor parsimonia, Santi y Aythami. Doramas regresa con su saco, le sacude los restos de pinocha y enfundándolo se dirige a su mochila para depositarlo en el fondo de la misma.

—¡Eh! ¿Quién fue el espabilado que se comió el queso que quedaba y el plátano? —pregunta Doramas, al observar junto a su mochila el papel de aluminio limpio y los restos de la piel de plátano, mordisqueada por todos los lados—. ¡Qué asco!

Ante aquella pregunta que nadie entiende, ninguno responde. Doramas se rasca la cabeza, da una patada a los restos del plátano, recoge el papel de aluminio y sin mayor esfuerzo se lleva la mochila a la espalda. Esta vez va a viajar muy cómodo. Anoche habían acordado repartir el peso de las mochilas y Santiago y Aythami se ofrecieron voluntarios para portar las tiendas de campaña. La última jornada, Abenchara e Idaira las llevarán hasta Gáldar.

Rabicorto se encuentra descansando dentro del bolsillo de la mochila ¡Qué panzada se ha pegado! El movimiento de la mochila le adormila y busca un hueco para descansar. Cuando salga el sol, asomará la cabeza. Tiene la corazonada de que su porteador no volverá a la Charca de Maspalomas y su primer deseo fue saltar e iniciar el camino de vuelta. Sol todo el día, agua y comida garantizada, sin lugar a dudas aquella era una vida cómoda y atractiva, pero junto al grupo de jóvenes el espíritu viajero se le ha contagiado y

decide continuar con ellos hasta el final del viaje.

—¡En marcha! —ordena Doramas—. Comencemos la ruta pues hoy nos toca afrontar un buen repecho, salvar el acusado desnivel del Camino de la Plata. Cada uno debe coger su ritmo. Lo bueno de pasar la noche en el comienzo de este pinar es que la subida hasta la degollada de Cruz Grande será suave y las piernas irán calentándose gradualmente. Una vez allí —señaló hacia lo alto—, en la orilla de la carretera, nos agruparemos. Abordaremos juntos la subida de la Plata.

Idaira, tras recoger su tienda con Abenchara, dedica un par de minutos a reconocer la flora del entorno. Es su pasión y hace gala de ello. Apenas han abandonado el núcleo urbano de Tunte y la diversidad es enorme. Salvia común, retama amarilla, tabaiba amarga, jaras, jarones, tajinastes y magarzas de cumbre, soberbios cerrajones, matos de risco, tomillos, cardo yesca, gamonas, bejeques rosados, cónganos, aisladas tederas..., hasta un rosalito salvaje en flor. Los inciensos y tomillos de monte los ha identificado la noche anterior y presentado a Santi. Con el recuerdo, su corazón altera su ritmo. —¡Eh! ¿Qué pasa Idaira? Aún no tienes edad para sofocos” —cavila, riéndose.

Por su parte, Abenchara respira hondo al tiempo que se coloca la mochila sobre la espalda. Los aceites balsámicos del pinar alcanzan el último rincón de sus pulmones.

—¡Me encanta el olor a pino! —manifiesta, enamorada de la ruta y de la vida.

—¡Pues te vas a hartar! —le responde Aythami—. Toda la meseta central de la isla está cubierta de pinar. Pargana, los Llanos de la Pez, el Corral de los Juncos, Hoya Becerra... Gozarás de los aromas salutíferos de los pinos canarios hasta nuestra llegada a la Cruz de Tejeda.

—Y luego también —añade Abenchara—. Hay pinos en la cumbre hasta la Caldera de Gáldar.

—Por algo se conoce como la Caldera de los pinos de Gáldar,

digo yo —apunta Santiago.

—Por eso y porque ahí se conservan algunos de los ejemplares más longevos de la isla —puntualiza Idaira.

Mientras hablan, Doramas, ajeno a la conversación y pendiente sólo de trabajar y fortalecer sus músculos, ha adquirido una ventaja importante. Lo observan pendiente arriba hasta perder su imagen en una revuelta del camino.

—Para Doramas, todo en la vida es pura competición —reconoce Aythami.

—A su manera, también disfruta de la senda. Mientras nosotros nos detenemos ante cualquier signo vital que se presenta a nuestro alrededor, él analiza la dificultad de la ruta, pues tiene en mente un reto personal, cruzar la isla corriendo. Se trata al parecer de comenzar en el Faro de Maspalomas y finalizar en el Agujero de Gáldar —analiza Abenchara.

—¡Qué bestia! —se le escapa a Idaira—. ¿Se puede hacer eso?

—¡Eso y más! —confirma Abenchara—. Muchos corredores lo hacen cada año en una de las pruebas más duras: la Transgrancanaria.

—¿La Transgrancanaria? Eso qué es —pregunta Idaira.

—Una prueba de fondo, diseñada para mujeres y hombres muy preparados. Se trata de cruzar la isla corriendo y en el menor tiempo posible.

—Para mí —interviene Aythami—, esos retos suponen una fuerte pérdida de tiempo. Corriendo así, sólo pueden estar pendientes de las piedras y del suelo que pisan. Nada pueden observar.

—Es imposible fijarse, por ejemplo, en la regeneración natural del pinar. Ambas laderas, desde que retomamos la marcha, están salpicadas de pinos jóvenes que crecen lejos del rigor geométrico de las repoblaciones programadas por los seres humanos —puntualiza Santiago.

—Ni siquiera girar la cabeza para identificar el pico más alto de la isla, el Morro de la Agujerada —añade Aythami.

—¿Pero no es el Pico de las Nieves? —pregunta sorprendido Santi.

—Eso registran los libros y no están del todo equivocados, pues ese Morro se encuentra dentro del macizo del Pico de las Nieves, pero no es el Pico de las Nieves que ostenta una altitud de 1949 metros la mayor altura, lo es el Morro que forma parte de la misma crestería y alcanza 1956 metros —confirma Aythami, pues goza de información fresca memorizada la noche anterior—. Desde aquí se confirma con absoluta claridad. Observen la panorámica de las estribaciones de la Caldera de Tirajana. No tiene desperdicio. A la izquierda del Pico de las Nieves se encuentra El Campanario y a su derecha los andenes de Rompeserones y la Sepultura del Gigante. Pero si bajamos la vista al cauce del barranco reconoceremos enormes llanos, ahora cubiertos del color verde de las plantas y el amarillo de sus floraciones. Se trata de los Llanos del Sequero, El Sitio y los Llanos de Madrid

—Respecto al interés de Doramas por las carreras de montaña. Como todo en la vida, es cuestión de gustos —retoma el debate Idaira, zanjándolo con sus palabras.

Guardaron silencio. Los gritos de júbilo de Doramas agitando sus brazos, pletórico de satisfacción, captan su atención. Se encuentra junto a la carretera. Ha alcanzado la degollada de Cruz Grande.

El grupo apura el paso, pero no deja de observar el entorno. En la ladera superior, en las vaguadas, les sorprende la formación de depósitos naturales de piñas y constatan con satisfacción como las barranqueras, encauzadas con ingenio por labrantes y maestros camineros, discurren bajo el sendero sin dañarlo. Pasado un cuarto de hora, el grupo alcanza a su compañero.

—¿La degollada de Cruz Grande? —pregunta Santiago, al llegar.

—¡Así es! —confirma Idaira—. Y en ese recodo se inicia la pendiente más dura del Camino. Una senda empedrada que nos

llevará hasta la cumbre.

—¡El Camino de la Plata! —informa Doramas—. Un sendero zigzagueante que nos permitirá observar la caldera y los valles de Tirajana, sus caseríos, la presa de Chira y, al final de la subida, las pequeñas presas de Cho Flores. Ahí será donde les espere nuevamente —continúa, convencido de su agilidad y fortaleza.

Todos miraron a Doramas. ¿Y ese alarde de conocimiento cuando era notable su falta de interés? Él comprende su extrañeza y resuelve sus dudas.

—El panel que tienen a su espalda. Me aburría esperando por ustedes una eternidad.

Santi, sin leerlo, sigue al grupo. Observa otro poste direccional y esta vez se detiene. En él está registrada la altitud de la degollada: 1215 metros.

—“No está mal —piensa—. Si Cruz de Tejada está a 1560 metros, el tramo que resta por cubrir no puede ser tan complicado”.

Desconoce que la mayor parte de ese desnivel lo va a hacer en el primer tramo de la ascensión. Tras cruzar la carretera, el grupo inicia la subida. La frescura de la mañana aún se mantiene pues el sol apenas asoma por el horizonte. Merecía la pena aquel madrugón si eran capaces de salvar el acusado desnivel antes de que los rayos solares golpearan con fuerza sus cuerpos. Una vez arriba, el pinar se encargaría de mitigar sus efectos.

Santi se detiene junto a un letrero de madera.

—Camino de Santiago —lee en voz alta, con orgullo patrio.

El grupo se gira, observándole.

—Encontraremos señales diversas, indicándonos el Camino —intervino Idaira—. Cuando anoche salimos de Tunte en busca de un lugar donde acampar, varios paneles informativos en los cruces de algunas calles nos indicaban la dirección del Camino de Santiago, tanto en castellano como en inglés.

—Es cierto —confirma Abenchara—. “Pilgrim way to Santiago”. Me llamó la atención la palabra peregrino en inglés.

Tuve la sensación de estar recorriendo cualquier ruta del Camino de Santiago en tierras europeas.

—Recuerdo también que los postes de hormigón recién pintados de blanco, que a modo de mojones sujetan la baranda de madera que protege a los peatones del acusado desnivel, lucían en su terminación la cruz roja de Santiago —aporta Aythami, ratificando la abundancia de señalética.

—Y más adelante, próximo el lugar donde pasamos la noche, piedras, muros, farolas y señales mostraban, con pésimo gusto e insensato atrevimiento de quien las había pintado, la flecha amarilla que identifica la senda como camino jacobeo —culmina, con actitud reprobatoria, Idaira.

—Me gusta esta señal. El Camino de Santiago pirograbado sobre un tablón rústico de madera, indicando el inicio de la ascensión —añade Santiago.

Apura el paso y se incorpora al grupo a la altura de un pequeño calvario que, a modo de parterre con banco para descansar y varias cruces de diverso tamaño, preludia la dificultad del camino.

Aythami alarga su mano y acaricia las hojas de una planta de romero, situada junto al calvario. Luego la lleva a su cara, aspirando su aroma.

—El romero —manifiesta Santi, mientras reanuda la marcha—, entre otras muchas propiedades, es calmante y relajante. Es curioso que del uso habitual que hacían los peregrinos durante la Edad Media de la planta, se les denominara también romeros.

Paso a paso, cada uno a su ritmo, van amoldándose al firme irregular y a las revueltas del camino. A tramos caminan sobre un suelo bastamente empedrado, en otros la subida se relaja y la senda apenas tiene pendiente convirtiéndose su firme en tierra apisonada. Santiago observa el trazado y entiende que es el más idóneo para el tránsito de las bestias de carga. Alternándose, un repecho, un llano y así hasta la cumbre, los animales cargados pueden descansar. También los arrieros que los guían. La importancia de esta vía

para el tráfico de mercancías y como paso de ganado la atestiguan los descansaderos y los pequeños abrevaderos que surgen junto a la senda, rebosantes de agua, procedente de las lluvias recientes o de naces que han aflorado ante la presencia de terrenos impermeables.

Idaira, Abenchara, Santiago y Aythami van turnándose en la cabeza del grupo. Esperan unos por otros y, de cuando en cuando, detienen su marcha para observar las excepcionales panorámicas que les oferta el camino.

—Detengan la marcha un momento. Este mirador es único —apunta Idaira—. A su izquierda se abre la caldera de Tirajana con Tunte, Risco Blanco y pequeños caseríos dispersos entre lomas y barrancos. A su derecha la imagen no puede ser más impresionante. El valle y el caserío de La Plata, al fondo del barranco la presa de Chira, aquellas lomas al frente corresponden en primer plano al Pinar y la Montaña de Santiago, tras ellos los lomos altos de Ayagaures y el pinar de Pilancones y si dejamos perder la vista en la lejanía, alcanzamos a ver los invernaderos de la Aldea, los picos que delimitan su barranco y más allá todavía...

—El Teide nevado, asomando sobre las nubes —interviene Aythami.

—Así es —corroborra Idaira, extasiada, con la mirada perdida en el horizonte—. Tras la pausa necesaria para dar salida al cúmulo de emociones que su cuerpo manifiesta, concluye: —Ahora entiendo por qué Gran Canaria es Reserva de la Biosfera.

Con la vista recorren el tramo del camino que les falta y saben que Doramas hace tiempo que les espera arriba. Están ascendiendo con mucha calma, para ellos se trata de alcanzar la cima, no de una carrera de resistencia.

Santi no sale de su asombro a la hora de observar las plantas. Muchas de ellas han florecido y su belleza le cautiva. Idaira va a su lado, identificándole una tras otra. Apasionada por la flora canaria, disfruta enseñándole. Anoche le descubrió su pasión botánica





al acercarle unas hojas para que las olfateara. ¡Todo un mundo de sensaciones olfativas! Tomillo de cumbre, salvia, incienso... y manzana. Cuando le acercaba las plantas aromáticas a su cara, para Santi la piel de Idaira olía a manzana. En su enseñanza y aprendizaje, Idaira había ideado un juego muy particular que permitía a Santi interiorizar los nombres, relacionarlos con cada planta y a Idaira evaluar su papel de improvisada profesora.

—Vamos Santi, identifica las plantas que estás viendo. Son las mismas especies que te presenté cuando comenzamos el camino de la Plata.

Él sonríe. A Santiago le gusta el juego. Idaira es un libro abierto y él su alumno disciplinado.

—Vinagrera, verol, balillo, tajinaste blanco, tajinaste negro, magarza de cumbre, incienso... ¿bejeque?

—Sí, correcto —confirma Idaira—, pero no es suficiente. ¿Qué tipo de bejeque?

—¿Aeonium percarneum?

—¿Te fijaste bien en las hojas, en el color y la forma? Este no tiene las flores blancas o rosáceas, son flores amarillas

—¡Vale, vale! —los confundo aún. Es entonces Aeonium arboreum— corrige Santi.

—¡Perfecto! —aplaude Idaira—. Eso es, bejeque arbóreo.

A la flora endémica se le suma la presencia de flora introducida, especies que el ser humano ha plantado porque son útiles. Y así la ladera de La Plata embellece su paisaje con la floración de los almendros. De igual modo, el color verde grisáceo de las pitas destaca por doquier.

A punto de alcanzar la cumbre, las últimas revueltas presentan un empedrado fino, bien nivelado, un excelente trabajo de los maestros de la piedra. En una de las vueltas, el risco aparece partido en dos, labrado con destreza para dar salida al agua de una presa. Idaira se introduce por el estrecho pasadizo y tras ella Santi. Apenas una decena de metros, pero quieren descubrir qué se

esconde tras la grieta.

—¡Las presas de Cho Flores! —identifica Idaia.

—¿De quién? —pregunta sorprendido Santi.

—Del señor Flores. Cho, antepuesto a un nombre, se emplea en Canarias para referirse a una persona mayor. Una forma de trato y respeto.

La presa más pequeña, rebosante de agua, está colgada literalmente del abismo. Sobre el canal donde se encuentran los jóvenes se observa el muro de contención de otra presa mayor. En ella alguien está chapoteando con el agua. Idaira y Santi regresan al sendero empedrado.

—¿Se apuestan algo que Doramas está bañándose en la presa? —reta Abenchara, que les espera en el camino.

Nadie acepta la apuesta pues todos saben que es muy probable. Les lleva mucho tiempo de ventaja y Doramas es así de espontáneo y atrevido. Llegan a la balsa de agua. Sin ropa alguna, Doramas refresca su cuerpo en ella.

—¡Ya era hora! —grita, a modo de saludo y reproche, desde el agua.

La presa está rebosante. Las lluvias recientes han sido abundantes y los riscos que la circundan se reflejan en sus aguas como en un espejo. Doramas sale, se seca con una pequeña toalla y se viste con rapidez.

—¡Continuamos la marcha! —apremia, situándose al frente.

El camino discurre ahora sobre el risco pelado, muy próximo al arroyuelo que canaliza las aguas de lluvia y escorrentía desde el pinar. Algunos amojonamientos orientan sobre el discurrir de la senda, algo innecesario pues el incesante paso de senderistas ha marcado ya el camino sobre la piedra. Pasado el afloramiento basáltico, una senda clara y mullida serpentea bajo un dosel vegetal.

—¡Se acabó el solajero! —proclama Aythami, sonriente—. Hasta la Cruz de Tejedá el camino discurrirá bajo el pinar.

su atención. Sus cabezas giran a la izquierda, en busca del emisor.

—¡Vengan aquí arriba! ¡Van a alucinar!

Es la voz de Doramas que, a unos doscientos metros de distancia, se encuentra encaramado sobre un enorme arco natural.

—Ventana del Nublo —lee Aythami, en un poste que también le confirma la dirección correcta del camino hacia la Cruz de Tejada.

El grupo toma el desvío y, tras una suave pendiente, en unos minutos se encuentran juntos nuevamente. ¡Qué vista más extraordinaria! Enmarcada por un arco geológico, la ventana del Nublo hace honor a su nombre. En el horizonte destaca el circo natural de Ayacata y el macizo del roque Nublo y El Fraile. Tras la mítica crestería, la silueta del Teide vestido de blanco. Es un buen momento para un pequeño descanso y refrigerio; y el escenario, único e incomparable.

De las mochilas surgen varias piezas de fruta fresca y un par de cartuchos de papel con frutos secos. Las cantimploras refrescan las gargantas de los jóvenes. Se observan, contentos de estar juntos, aquí, en este preciso momento. Hay plenitud y satisfacción en sus cuerpos, recuerdos imborrables en su memoria. Algo se mueve en la mochila de Doramas, Idaira lo ve.

—Doramas ¿guardas algún animal en tu mochila? —interroga, sin perderla de vista.

—¿Qué? —responde Doramas.

—Observa.

No es Doramas quien dirige sus ojos a la mochila, son los cinco. Y en ella, un bolsillo se mueve. Doramas coge una piedra de buen tamaño, pero antes de levantarse y dirigirse a su macuto, el brazo de Aythami lo detiene.

—Acercate tú, Abenchara, que no le tienes miedo a los bichos. De este bruto no me fío —sugiere Aythami.

Abenchara, con un trozo de rama seca, levanta la solapa superior del bolsillo. Poco más tiene que hacer pues al instante asoma la cabeza de Rabicorto que, curioso, la mira sin asustarse.



—¡Coño! ¿Y eso? —acierta a decir Doramas, con cara de asombro.

—Pues eso es un lagarto de Gran Canaria —identifica Aythami.

—¿Y qué hace en mi mochila?

—Eso no lo sabemos, pero que debemos respetarlo sí —le responde Idaira.

El lagarto no se va. Al parecer no se asusta con facilidad. Sin decir nada, Santi le arroja un trozo de plátano que va a parar justo delante de la mochila de Doramas. Rabicorto, engolosinado con la fruta, ni se lo piensa y con un pequeño salto se encuentra sobre la fruta, devorándola con avidez.

—¡Pues sí que tiene hambre! —reconoce Abenchara.

—¡Mira tú quien se zampó el queso y el plátano ayer! —reconoce Doramas, sorprendido.

El grupo sonrío y observa como devora el trozo de plátano. Le arrojan luego los restos de un tomate, el corazón de una manzana y una pera madura. Los jóvenes se miran satisfechos. El confiado lagarto, o bien está acostumbrado a la fruta o es un glotón empedernido, pues la come sin reparos. Cuando está harto, trepa por la mochila hasta esconderse nuevamente en el bolsillo exterior de la misma.

—Doramas —reconoce Abenchara—, creo que tienes un nuevo compañero.

Ríen todos y convencen a Doramas de que lo sucedido forma parte de la aventura y lo sensato es respetar la decisión del lagarto de continuar con el grupo. Por su parte Abenchara asegura que es una buena señal su presencia, trae suerte y la compañía del lagarto les garantiza un viaje sin percances ni sobresaltos.

—Está bien —admite Doramas—, si el bicho lo desea continuará en mi mochila. Pero al llegar a Gáldar, si no se baja lo haré bajar. ¡Yo no me llevo un lagarto para mi casa!

—Pues claro que no te lo llevas —le tranquiliza Idaira—. Lo dejaremos en una zona de plataneras. En Gáldar, plátanos hay para

dar y regalar. Y si quiere dejarnos antes, allá él, la salida la tiene abierta.

Revisan el lugar donde han estado. Ningún resto revela el paso del grupo. Así debe procurarse nuestra huella sobre el entorno. Coge cada uno su mochila con el afán de regresar al Camino y continuar hacia la Cruz de Tejada. En sus inmediaciones pasarán la noche. Doramas levanta la suya, esta vez con delicadeza. Ahora transporta un invitado y no quiere provocarle daño alguno.

—Nos vamos de paseo, lagarto frutero. ¡Procura no morderme las orejas, pues has comido bien!

Las carcajadas y bromas se suceden por el camino. Se encuentran en la cumbre de la isla y el bosque de pinar se extiende en todas las direcciones. A los Llanos de Pargana le suceden los Llanos de la Pez. El grupo camina en silencio bajo los pinos canarios y escuchan los graznidos de una pareja de cuervos. Idaira sonríe esperanzada. Conoce la historia reciente de la especie y sabe que estuvo en serio peligro. Junto al declive de la ganadería y la desaparición de reses muertas, el uso de pesticidas en la agricultura y venenos en los cotos de caza y barrancos para el control de roedores, la población de cuervos se vio reducida considerablemente hasta flirtear con su extinción. No sería la primera vez que tal hecho sucediera con una especie carroñera y oportunista. El guirre había desaparecido de la isla a finales de los años cincuenta, tras dos plagas seguidas de langosta del desierto en 1954 y 1958, a causa de las masivas fumigaciones llevadas a cabo con potentes pesticidas organoclorados y el consiguiente envenenamiento de los campos. A Idaira le agrada saber que la especie se está recuperando poco a poco y su corazón se alegra al oírlos graznar.

El grupo se sorprende de la cantidad de personas jóvenes, niños y adultos que encuentran en su camino. Desconocen que el itinerario desde los Llanos de la Pez hasta el arco geológico se ha convertido en una ruta corta y sencilla para una multitud de excursionistas ocasionales que buscan escenarios únicos. De

escasa pendiente, la afluencia de senderistas que anhelan disfrutar de las extraordinarias vistas de la Ventana del Nublo es enorme. Las redes sociales han desmitificado la visión del senderismo como una actividad propia de montañeros y deportistas con una buena preparación física. Ya no es así. Las redes difunden, con extraordinaria precisión, el tiempo de desarrollo de la ruta, la dificultad de la misma, la distancia a cubrir, la localización exacta del lugar donde iniciar la ruta y el trazado de la misma, al tiempo que ofrecen un amplio abanico fotográfico con impresionantes imágenes sobre el fenómeno a observar. De día, de noche, en invierno, en verano, con nieve, con lluvia..., estos lugares sufren el uso y abuso de tantos visitantes que los espacios han perdido parte de su magia. El grupo recorre en silencio este tramo compartido hasta alcanzar la degollada de los Hornos, interesante cruce de senderos. A la derecha observan una vereda que en descenso continuo los llevaría hasta el pueblo de Tejeda, a la izquierda el camino asciende en busca de las alturas máximas de la isla. Los cinco amigos saben que su ruta continúa de frente, con un leve descenso. Sin necesitarlo se lo recuerda un poste de madera que informa sobre todas las sendas posibles. En lo alto, la flecha de madera los enfila en dirección a la Cruz de Tejeda, pero si bajan la vista, una flecha amarilla pintada sobre la piedra, les recuerda igualmente la dirección del Camino.

Pronto abandonarán los Llanos de Pargana para continuar por los Llanos de la Pez sin darse apenas cuenta. Santi en la bajada observa a su izquierda, al fondo del valle y en un claro del pinar, la presa de los Hornos rebosante de agua. Se detiene y recuerda las visualizadas en el camino: la presa de Chira, las pequeñas de Cho Flores y esta última, de Los Hornos. Cuatro presas en pocos kilómetros de recorrido.

—Gran Canaria tiene la mayor cantidad de presas por kilómetro cuadrado del mundo —escucha a Idaira, que disfruta junto a él la visión del agua entre el pinar.

—¿Cómo puede ser eso? —responde Santi, incrédulo.

—Pues invirtiendo mucho dinero y sabiendo que sin agua no hay vida. La agricultura es factible si hay agua para mantener los cultivos.

—Estos enormes depósitos de agua llaman poderosamente mi atención. Las presas tienen un enorme atractivo. ¿Sabes si hay senderos que discurran cerca de ellas? —pregunta Santi, interesado.

—Existen rutas que recorren varias presas en la isla. Lo que no sé es si dispondrás de fechas para realizar alguna de ellas.

—Dispongo aún de varios días de vacaciones. Elige una, la fecha no será un problema.

Apuran el paso para incorporarse al grupo. Los cinco entienden el porqué de tantos senderistas: una carretera asfaltada acerca a la población de la isla y a los turistas hasta el inicio de la ruta de la Ventana del Nublo y de los roques más emblemáticos: Nublo, Fraile, La Rana... Todos en su interior son conscientes de que no tiene sentido impedir el acceso a la naturaleza, al equilibrio emocional, al encuentro con uno mismo en los espacios recorridos, pero es necesario regular su afluencia, gestionar su uso. En su interior todos desean que los espacios naturales no se conviertan en parques temáticos, en meros espacios de ocio y diversión, pero el riesgo existe.

Siguen caminando, el trayecto es ahora cómodo y llano. Cambia el sotobosque del pinar y en los Llanos de la Pez, la morgallana surge en lugares umbríos con mayor nivel de humedad convirtiéndose en una planta abundante localmente bajo los pinos canarios. Santi se acerca a una de ellas, la toca, admira su brillo céreo y brillante, tanto en las hojas como en sus flores de un color amarillo intenso. Luego se fija en otra planta, menos llamativa.

—¿Y esta herbácea, tan abundante desde que iniciamos el camino en Tunte? —pregunta curioso.

—Gamonas —responde Idaira—. Una planta nativa que está ahora en su máximo esplendor.



apasionado, Santi—. Las hojas alargadas, de un intenso color verde y la inflorescencia, un ramillete de flores blanquecinas al final de una vara de medio metro de altura.

—La misma sensación siento yo con esta población de morgallanas, un endemismo macaronésico presente en todas las islas. Es más raro observarla bajo el pinar que encontrarla en zonas de laurisilva y fayal-brezal.

Continúan su marcha. El grupo les aguarda para cruzar la carretera e iniciar un suave ascenso bordeando las instalaciones de El Garañón. A su izquierda observan las siluetas recortadas de El Fraile, La Rana y el Nublo. Son conscientes de que atraviesan la zona recreativa más popular de Gran Canaria y la afluencia de personas es evidente. Área de recreo, zona de pícnic con mesas, bancos, parrillas, baños, zonas deportivas, espacios de encuentro familiar, juegos infantiles... Un letrero identifica el lugar por el que pasan: Degollada de la Cumbre y su altitud: 1570 metros. Saben que se acabaron las subidas fuertes pues en este punto se encuentran ya a la altitud de la Cruz de Tejeda. Los cinco apuran el paso, pues no les agrada compartir la pista con el tráfico rodado de los usuarios de las zonas de ocio. Son apenas un centenar de metros en los cuales los vehículos aparecen estacionados sin control alguno a ambos lados, bajo el pinar. En silencio aceleran su marcha, no tanto para alcanzar más rápido la Cruz de Tejeda como para recuperar la senda del caminante y el lenguaje del bosque. Nadie puede negar que esta parte del Camino sufre una fuerte presión antrópica. Abandonada la pista, el sendero rodea una instalación cinegética en El Corral de los Juncos. Se trata de una granja de perdices para su posterior suelta.

—¿Alguien ha visto perdices en sus paseos por la isla? —pregunta Aythami.

—Yo —responde Idaira—. Son preciosas. No entiendo cómo se les puede disparar.

Tras rodear la instalación el paisaje se abre mostrando un

escenario singular, genuino, irrepetible. La imagen que se manifiesta frente a ellos les deja extasiados.

—¡Guau! ¿Pero qué es esto? —exclama Santi, sorprendido de nuevo ante la extraordinaria variedad de paisajes presentes en el Camino que atesora la isla.

—Esto es la caldera de Tejeda —le responde Aythami—. Estás contemplando una de las vistas más espectaculares de Gran Canaria.

—El macizo del Nublo con la Rana, la Fogalera, el macizo del Bentayga, la mesa de Acusa, la mesa del Junquillo, Inagua, la montaña de Altavista, Montaña del Brezo, Artenara y a su derecha Los Moriscos, el alto de las Arenas y la montaña de la Almagria. Ya en un plano más alejado, el pinar de Tamadaba y al fondo la isla de Tenerife con el Teide —identifica Idaira, segura de sus palabras, señalando cada uno de ellos con la mirada.

—¡Qué formaciones geológicas más impresionantes! —reconoce Santi—. Me gustaría conocerlas, pasar junto a cada roque, subir a la cima de cada montaña, sentirlas bajo mis pies. Tengo la extraña sensación de estar observando espacios mágicos, lugares con un valor especial para los antiguos habitantes de la isla.

—¡Y tanto que lo son! —retoma la palabra Aythami—. Presta atención a tres de ellos: el roque Bentayga al frente, la mesa de Acusa a su derecha y el caserío de Artenara al fondo. Esas tres serranías o macizos disponen de complejos yacimientos trogloditas con viviendas aborígenes en cuevas, necrópolis, goros, cuevas pintadas y grabados, lugares donde celebraban rituales diversos, espacios relacionados con la arqueoastronomía, ...

—¿Cómo la sepultura del Rey que observamos en la necrópolis de Arteara? —rememora Santi.

—Exacto. Tanto es así que no es una sensación de sacralidad lo que sentimos, ni es algo que nos suceda en exclusiva. La verdad es que nos encontramos frente a un espacio reconocido por la Unesco como Patrimonio Mundial. Idaira, Santi, el espacio visual

que tienen ante sus ojos forma parte del Paisaje Cultural de Risco Caído y los espacios sagrados de montaña de Gran Canaria.

—Eso confirma la importancia de este Camino, discurre sobre espacios de alto valor paisajístico —corroborra Santi.

—¿Paisajístico nada más? No, amigo mío. Geológico, biológico, antropológico, cultural, etnográfico... —apostilla Aythami—. Es un privilegio y un placer inmenso realizar este camino de costa a costa, una ruta que une los dos santuarios jacobeos existentes en Gran Canaria, a través de escenarios únicos e incomparables.

Los tres apuran el paso para alcanzar a Abenchara. Doramas se ha perdido, una vez más, en la lejanía. El camino continúa en un descenso muy suave hasta alcanzar la Degollada de Becerra. El impresionante paisaje que observan desde el mirador lo han visto hace unos minutos, sin la parafernalia de esta atalaya a tope de vehículos y personas y la incomodidad de un viento endiablado. Continúan la senda sin detenerse, ascendiendo ahora por una suave pendiente.

Aythami gira la cabeza con la intención de fijar la imagen en su memoria. A la vista de la enorme caldera de Tejada recuerda que algún día, en un pasado lejano, dos volcanes de más de tres mil metros de altura se elevaron en Gran Canaria, uno aquí en esta caldera y otro en las estribaciones de Fataga. Sabe que quedan roques testigos y restos geológicos de ambos volcanes. También sabe que en esta tempestad petrificada excavaron y modelaron el paisaje actual una serie de barrancos que conforman la cuenca hidrográfica más importante del archipiélago cuya desembocadura se encuentra en el barranco de la Aldea. Repasa mentalmente: barranco de Tejada o barranco Grande, barranco del Juncal, barranco del Chorrillo, barranco de Siberio... Sabe que le quedan algunos, pero no recuerda sus nombres. Sonríe. Siente un inmenso orgullo por vivir en una isla tan extraordinaria.

El paisaje de pinar no cambia, suaves son las lomas que les conducen hasta la Cruz de Tejada. Por su parte, Santiago, observa

como desaparece la vegetación arbustiva tras los incendios. Es cierto que el pino canario se regenera, primero con una profusión de nuevas acículas rodeando el tallo quemado, convirtiendo la antigua tea encendida en una esperanza verde, pero la vegetación arbustiva desaparece y no se recupera. Esa es, a primera vista, la conclusión a la que llega Santiago. Idaira, a su lado, interpreta su mirada y aventura una respuesta:

—Una vegetación desaparece por el incendio y otra ocupa su lugar, tras las primeras lluvias.

—¿Cómo? —se sorprende Santi—. En eso estaba precisamente pensando.

—Viéndote me lo imaginé —respondió Idaira—. Las jaras, jarones, escobones y retamas son pasto de las llamas y no se regeneran, al menos la mayoría de ellas. Pero los incendios son una oportunidad para otras plantas arbustivas y herbáceas. Observa estas laderas hasta la Cruz de Tejada, las frecuentes lluvias de este invierno han permitido a las cañahejas, cerrajones, magarzas y juncos germinar, prosperar y cubrir su superficie, Están en su apogeo: buen tamaño, excelente floración... Son los milagros asociados a las zonas volcánicas donde los incendios se producen periódicamente.

—Idaira, identifiqué pinos de diversas especies: insigne, carrasco, piñonero en el trayecto que hemos recorrido y todos ellos fueron pasto de las llamas. Al parecer no se regeneran y en esta última parte del recorrido han sido talados y sus troncos sujetos al suelo, en sentido transversal a la ladera, creo que con la finalidad de utilizarlos como barrera natural contra la erosión.

—Así es. Si te fijaste bien, esas zonas quemadas han sido reforestadas con pino canario y flora arbustiva endémica. En estos casos concretos, el fuego ha favorecido una reforestación con especies autóctonas, algo que debería hacerse sin esperar a la llegada del incendio —continúa Idaira.

inflorescencia rosada que crece junto al pino canario?

Idaira no da crédito a lo que le confirma la vista: una orquídea en su estado óptimo de floración. Se acerca, la observa, la fotografía.

–Es un endemismo canario, conocido como orquídea canaria. Me acabas de proporcionar un buen recuerdo, esta planta nunca la había observado en plena floración.

El último descenso lleva al grupo a su encuentro con la Cruz de Tejada. A su llegada se iluminan los rostros de los caminantes. Idaira se detiene un instante para leer un panel que informa sobre un proyecto de restauración y regeneración de las zonas quemadas y la creación de corredores ecológicos que permitan el tránsito natural de las poblaciones de pinzones. Su alegría se desborda al enterarse de la existencia de otro proyecto para la reintroducción del pinzón azul en estas cumbres. Sabe de la presencia del picapinos de Gran Canaria, aunque no lo haya visto ni escuchado en esta ocasión. La recuperación del pinzón de Gran Canaria en estas cumbres es una gran noticia. Está satisfecha del periplo. Sonríe. Una jornada más en que la vida le regala una experiencia inolvidable.

Santi se ha rezagado un poco, pensando en la recuperación de la flora tras los incendios. A las especies que le había mostrado Idaira, añade la presencia de codesos. Se agacha para coger un par de hojas de una planta medicinal que Idaira le ha identificado junto a la granja de perdices. Sabe que es una especie introducida, presente en lugares secos y soleados, en bordes de caminos como éste. De sabor muy amargo es utilizada como infusión para bajar la fiebre, trastornos digestivos y enfermedades respiratorias. Su piel nota el tacto rugoso y velludo de sus hojas. Frota con ellas la palma de sus manos y aspiró luego su intenso y embriagador aroma. Marrubio, identifica, y casi sin darse cuenta se encuentra con sus compañeros en el cruce de caminos que es la Cruz de Tejada.

Abenchara dirige la vista a dos azulejos cerámicos, uno esmaltado con fondo azul y una flecha amarilla dibujada en su centro y el otro, similar en la coloración del esmaltado, perfila en

su interior la peculiar concha del peregrino santiagués, señales que, en la pared del restaurante de la plaza, ratifican el buen camino. Recuerda entonces la casa en la degollada, unos cientos de metros más atrás, donde al azulejo con la conocida flecha gualda estaba acompañado de la frase: “Buen camino”. Sonríe, la ruta está transcurriendo de la mejor manera posible. —¡Fin de la etapa! — anuncia Aythami, visiblemente cansado y deseoso de quitarse el peso de la mochila de su maltrecha espalda.

—Disfrutemos de un merecido descanso —añade Abenchara—, sin olvidar que aún tenemos que buscar un lugar para pasar la noche.

—¡Eso será después de las cervezas! —determina Doramas, sin admitir réplica—. Estoy seco como una jarea.

Santi es la primera vez que se encuentra en la Cruz de Tejada. Curioso, coloca la mochila sobre una silla, al lado del asiento de Doramas, y se deja llevar por los sentidos y las piernas.

—¡Eh! Santi. ¿A dónde vas? —pregunta Doramas.

—Ahora vengo. Tengo que aflojar un poco las piernas, noto los músculos algo agarrotados —miente.

Al momento se olvidan de él. Un camarero acude a la mesa para tomar nota de las bebidas que desean consumir.

—Así que una jarra de cerveza, un botellín y dos aguas, una de ellas con gas —repasa en voz alta.

—Eso es —aprueba Doramas. Luego puntualiza—. La jarra bien grande y bien fría.

Santi en unos minutos recorre el lugar. Varios postes informativos señalan senderos diversos que llevan a muchos destinos. Se trata de un verdadero cruce de caminos capaz de conectar los principales pueblos insulares en todas las direcciones posibles: norte, sur, este, oeste. En el cruce confluyen también cuatro carreteras, nos encontramos en el siglo veintiuno y el sempiterno asfalto acorta distancias y tiempos. Pero se conserva en buen estado toda una red de senderos, eje vertebral para la comunicación

pausada, verdaderas arterias peatonales que se bifurcan una y cien veces para llegar a pagos y caseríos perdidos utilizadas desde tiempos antiguos por ganados, bestias de carga, arrieros, médicos, sacerdotes, maestros, caminantes y viajeros de toda índole. En este sentido, la Cruz de Tejeda como centro neurálgico de este sistema circulatorio, no ha perdido ni su valor ni su espíritu. Puestos de venta de productos variados se suceden al abrigo de enormes pinos que bordean la carretera. Siguiendo costumbres de antaño, los vendedores recaban la atención del visitante, invitándole a degustar productos de repostería de la zona, quesos, vinos de la tierra, ofertando a un tiempo singulares producciones de la artesanía local. Santi, con una sonrisa, corresponde a su vehemencia y sigue caminando. En pocos minutos alcanza una amplia zona de aparcamiento. Observa cómo, de algunos vehículos, se apean montañeros y senderistas que inician aquí sus rutas nocturnas por caminos insulares. A esa hora vespertina son más los que regresan de sus periplos. Santi no quiere dejar solos a sus compañeros — cuestión de educación y principios— y decide regresar. A su derecha se encuentra un Parador de Turismo. Sube los escalones de piedra que le separan de la calzada y accede a los patios, miradores y terrazas que circundan el emblemático edificio. Piscina climatizada, excepcionales vistas sobre el Bentayga, roques, mesas, caldera y barranco de Tejeda, exquisita gastronomía, original arquitectura ideadas por los hermanos grancanarios Miguel y Néstor Martín Fernández de la Torre, arquitecto el primero, extraordinario pintor el segundo. Santi abandona el recinto del Parador por su fachada principal. En la plaza que se abre a su entrada, frente a la mesa donde sus compañeros disfrutaban de sus bebidas, se levanta un cruceiro. El Cristo está orientado al sendero por el que llegaron hace unos minutos, procedentes de la montaña de la Almagria. Observa el cruceiro con detenida calma. Le cautiva el tipo de piedra, tan alejada del sempiterno granito presente en la mayoría de los cruceiros de su tierra, las formas, los motivos, el trabajo labrado. Fija su atención

en la cara donde la piedra se tiñe de colores blanquecinos, ocres, amarillentos, negruzcos. Son líquenes crustáceos, unos líquenes tan pegados al sustrato rocoso que logran penetrar en él. Su presencia delata la orientación por donde llegan los húmedos vientos alisios, pues sólo prosperan en la cara norteña, justo la dirección que tomarán mañana a la hora de retomar el periplo. Pasa los dedos y la palma de su mano por el relieve del fuste y luego, en silencio, cruza la calle.

—Santi —le grita Doramas—. ¡Ya era hora! ¿Una cerveza?

—No gracias —responde—. Necesito un café con leche bien caliente.

—¡Ésta sí que es buena! ¡Nuestro gallego tiene frío! —ironiza Doramas, al tiempo que solicita la bebida al camarero.

—¿Qué te parece el lugar, Santi? —pregunta Idaira, cuando su amigo, retirando la mochila de la silla, se sienta a su lado.

—¡Increíble! Conserva el espíritu de un verdadero cruce de caminos. La afluencia turística no oculta su verdadera función, su valor estratégico y su carácter rural. Los puestos, los restaurantes, sus gentes, hasta el parador nacional tienen un aire lugareño, El burro, los gallos y las gallinas de la tierra que campan a sus anchas, así lo corroboran. ¡Me gusta mucho, Idaira! No me lo esperaba, ha sido una gratificante sorpresa.

Idaira sonrío. Se siente cómoda y feliz viéndole disfrutar así de su tierra. Era esa la imagen que deseaba se llevara Santi de la isla como recuerdo. Guarda silencio pues sobran las palabras. Es suficiente con la calidez de su sonrisa.

—Por cierto, Idaira. ¿Sabes algo de ese cruceiro? —pregunta Santi.

—¿Cruceiro? —interroga a su vez Idaira.

—Bueno, así le llamamos en Galicia a las cruces de piedra que se levantan en los cruces de caminos. Las razones, aunque religiosas casi siempre, algunas veces obedecen a motivos muy diversos.



—Pues aparecen en Galicia en estos lugares, junto a las iglesias y ermitas de los pueblos y se consideran un elemento de protección de los viajeros. Tiene que ver con creencias religiosas, pero también tiene que ver con ahuyentar al diablo, a las brujas y a las meigas, por eso se colocaban cruceiros en las intersecciones de caminos. Algunos se ubican en lugares donde alguien fue asesinado o simplemente es el resultado de una promesa hecha por gente acomodada.

—¿Y por qué crees que esta cruz es un cruceiro?

—Por su forma. Una columna que eleva la cruz, un fuste labrado, un capitel con escenas alegóricas a la muerte y ascensión de Cristo, una calavera y huesos cruzados en la base de la columna y coronando el conjunto, la imagen del Cristo crucificado. Todo define con exactitud la tipología de un cruceiro.

Idaira sonrió. Santi disfrutaba hablando. Le gustaba su interés permanente por aprender algo nuevo. Los dos compartían una curiosidad insaciable.

—¿Qué quieres saber de la Cruz? —pregunta ella.

—Para empezar, quién la hizo y por qué.

—Es una larga historia, pero voy a intentar resumírtela. En el siglo XVI ya existía una cruz en este lugar que entonces se denominaba Puerto de Tejeda. Me gusta más la actual denominación, Degollada de Tejeda, es más nuestro. Con el paso del tiempo hubo varias cruces, pero solo las dos últimas fueron de piedra. La anterior, conocida como Cruz Verde, pues estaba tallada con piedra de ese color, fue extraída de una cantera en las inmediaciones de Tirma e ideada por el genio escultor de Santiago Santana, indigenista aruquense formado en la escuela de Luján Pérez, y realizada por labrantes de Arucas. La fragilidad de dicha piedra, pero sobre todo la fuerza de un temporal a finales de 1970, la derribaron. La que observas tan ensimismado, a finales de este año cumplirá medio siglo de existencia. Se esculpió sobre una piedra más dura, la piedra gris de Tinoca y, aunque no es una réplica de la anterior, es muy

parecida. El mismo escultor se encargó de la obra y la reposición y bajo su mirada fue esculpida por el labrante Manuel Rodríguez Viera.

—Labrante de Arucas supongo ¿no es así? —elucubra Santi.

—Así es. Ya viste, cuando estuvimos en Arucas, la importancia de los labrantes en ese municipio, pues bien, tanto la Cruz Verde como la gris que observamos ahora salieron de sus manos.

Un ramalazo de frío los devuelve a la realidad del lugar donde se encuentran. La Cruz de Tejada se encuentra en una degollada por donde, al atardecer, entran en la Caldera los alisios cargados de humedad. Tienen que ponerse en marcha, si desean buscar un buen lugar para dormir, antes de que les alcance la noche.

—Ya está bien de rollo. Cojan sus mochilas —ordena Doramas, levantándose—. Pagamos y nos vamos.

Todos a una se levantan y, doloridas sus espaldas, estiran sus cuerpos arqueándolos hacia atrás. Los respaldos de las sillas les han proporcionado una incómoda postura y cuesta ahora recuperar la armonía corporal. El frío nada ayuda a la hora de calentar unos músculos agarrotados por el descanso. Poco a poco se ponen en marcha. Cruzan la zona de puestos ambulantes y, justo en la trasera del Parador, varias señales amarillas indican con claridad el camino.

—¿Y esto? —pregunta, visiblemente enfadada, Idaira.

—Esto son señales propias de unos irresponsables. Grafitis sobre paredes y piedras —reconoce Abenchara.

—Muy mal gusto y ningún respeto por el medioambiente —concluye Aythami.

—Sí, es cierto, pero indican un camino —tercia Doramas—. No me miren así, estoy con ustedes. La forma de dejar las flechas y ese tipo de conchas pintadas en amarillo, como hemos visto desde Tunte, sobre árboles, paredes, piedras, casas o señales de tráfico no lo veo bien, pero peor es la inexistencia de las mismas. Los que practicamos deportes de montaña, necesitamos una señalética adecuada y clara para desarrollar las actividades sin peligro.

Pensarán lo mismo los senderistas, caminantes y peregrinos. No justifico el vandalismo de coger un bote de pintura y pintar sin orden ni concierto aquello que te viene en gana, pero entiendo la iniciativa de señalar un camino nada claro.

—Tal vez, ante tanta afluencia de personas, las instituciones responsables deberían ser más eficaces, señalar bien la ruta y dar una respuesta útil y práctica a la demanda de la gente —manifiesta Santi.

Los músculos de las piernas protestan ante el inicio de una nueva y acusada ascensión. Cada uno a su ritmo, abordan el ascenso al monte Constantino. El camino bordea un estanque y discurre por la falda de su vertiente meridional, al amparo de los fríos y húmedos alisios, vientos que les esperan, una vez rebasada la montaña, en la vertiente norteña. A su derecha encuentran la protección de la montaña, cubierta de salvias, codesos, cerrajas y retamas. Santi se acerca al risco para observar una explosión de vida sobre la roca y sus fisuras.

—Umbría perpetua —reconoce Idaira.

—¿Cómo? —pregunta Santi.

—Estos riscos húmedos. El paraíso para los pasteles de risco, cónganos, líquenes y musgos.

Santi acaricia un líquen filamentoso.

—Orchilla —identifica Idaira—. Ese líquen fue muy apreciado en el pasado y generó un oficio, el de las orchilleras y los orchilleros, que se dedicaron a su recolección. Labor arriesgada pues fue la causa de muchas muertes por desriscamiento, sobre todo en los acantilados de barlovento.

—Es la primera vez que veo en nuestro recorrido unos musgos tan desarrollados.

—Se encontraban también en el Camino de la Plata, justo donde observamos los pequeños nacientes y los bebederos de animales. Hay que prestar más atención —ironizó Idaira, empujándolo suavemente.



A su izquierda el abismo. Un desplome vertical con impresionantes vistas, que se van apagando con la llegada de la noche, sobre la caldera de Tejada. A sus pies, varios roques con formas caprichosas, uno de ellos reproduce fielmente la cabeza de un ser humano. En el paisaje, formas difuminadas de montañas y cresterías, de roques y mesas, de luces titilantes que delatan caseríos dispersos, perdidos entre la bruma del cauce, conforman una imagen irreal y neblinosa. Entre la niebla, que en alargados jirones va descendiendo buscando el fondo del barranco, un ganado disperso de ovejas salpica la peligrosa pendiente. Con el sonido de sus esquilas el grupo de amigos alcanza el lugar donde pasar la noche.

—Se acabó la búsqueda. Este lugar es ideal para pernoctar —propone Doramas.

Apenas han recorrido un kilómetro desde la Cruz, cuando encuentran aquella pequeña hondonada, una especie de llano protegido del viento donde prospera un buen grupo de escobones. De suelo mullido y sin piedras que dificulten la ubicación de las tiendas y el descanso, todos lo consideran un lugar perfecto para pasar la noche.

Observan el cielo. Apenas les queda media hora de luz natural. Diligentes y precavidos, sin mediar palabra alguna, les bastan unos minutos para montar un sencillo campamento. Dos tiendas de campaña y un saco de dormir al aire libre. Al terminar, todos se encuentran satisfechos, tanto del lugar elegido como de la caminata realizada. Colocan las mochilas en sus tiendas, al resguardo de la humedad de la noche.

—Aún es pronto para retirarnos a dormir. Propongo un fuego de campamento, sin fuego por supuesto —sugiere Idaira.

—¿Sin fuego? ¿Y eso cómo se entiende? —pregunta Doramas.

—Muy fácil. Nos abrigamos bien, cogemos de las mochilas las provisiones que nos quedan, nos colocamos en círculo y en el lugar central, donde iría un fuego, situamos una luz artificial y contamos

alguna historia. Dispongo de un potente farol capaz de iluminar al grupo y a nuestro alrededor.

—¿Y por qué no hacemos un fuego de verdad? Hace frío como para justificarlo —inquire Santi.

—Porque ni debemos ni podemos —responde Idaira—. Nos encontramos en un espacio protegido, reconocido con la figura de Paisaje Protegido de las Cumbres y está prohibido por ley. Así de simple, en la isla está prohibido hacer fuego más allá de las áreas recreativas y en los espacios habilitados para ello.

—¿Y si tomamos un chocolate caliente? —propone Abenchara, sonriente, a sabiendas de que tal sorpresa es muy de agradecer.

—¡Chocolate! ¿Es posible que se te haya ocurrido traerlo? —manifiesta Santi, abriendo los ojos como platos y a quien no había otra bebida que le gustase más.

—Querido primo, claro que es posible —confirma Abenchara, sacando de su mochila un tetrabrik de leche, un paquete de cacao, un pequeño infiernillo, un cazo y cinco tazones.

—Pero, ¿no dice Idaira que el fuego está prohibido? —pregunta Doramas.

—Un fuego de campamento sí, pero la llama controlada de un pequeño infiernillo y una minúscula bombona de gas no. Al menos en estas húmedas y frías fechas invernales. Si fuera en pleno verano y en época de alto riesgo de incendios, la prohibición sería total.

—Está bien —considera Doramas—. Disfrutemos del chocolate. Por lo que veo, conoces bien la normativa vigente sobre la protección del medio natural.

Doramas observa el quehacer de Abenchara. Se siente satisfecho de pertenecer al grupo. Es consciente de las diferencias que hay entre ellos, pero también sabe que a su manera se respetan y complementan. Las debilidades en su conocimiento y saber de tantas cosas, las suple con su fortaleza, dotes organizativas y nobleza. Se siente orgulloso de sus compañeros y, en momentos tan especiales como éste, guarda silencio y deja hacer. No es tiempo de

organización y disciplina, sino de relax y camaradería y para ello, nada como aquel grupo de amigas y amigos que le acompañan.

Mientras así reflexiona, la leche ha hervido y Abenchara está enfrascada en diluir en el pequeño caldero varias cucharadas de cacao hasta conseguir una textura homogénea. El olor a chocolate se expande, apetitoso, por la hondonada. Un búho chico marca su territorio emitiendo espaciados sonidos que recuerdan los agudos chillidos de un perro pequeño.

¡Uooo! ¡Uooo! —imita Abenchara, mientras reparte el chocolate en la taza de cada compañero—. Al parecer el búho también quiere chocolate.

Rieron todos. Cada uno calienta sus manos alrededor de la humeante taza. Olfatean el chocolate, una y otra vez, antes de llevárselo a los labios.

—¡Está buenísimo! —reconoce Aythami.

—Así es —ratifica Santi—. ¡Gracias prima!

—¡Qué idea más acertada, Abenchara! —agradece Idaira—. ¡Este chocolate ha sido el mejor colofón a un increíble día!

—¿Colofón? —protesta Aythami—. ¿Quién dijo que el día se ha terminado?

Las miradas del grupo se dirigen a Aythami. Aunque ha oscurecido no es tarde, pero ¿qué mejor idea que meterse en las tiendas, abrigarse en el interior de los sacos y ponerse a dormir? Al día siguiente continuarán el camino hasta llegar a Gáldar. Les esperaba una larga marcha de más de veinte kilómetros en descenso continuo.

—¿Qué propones? —se interesa Doramas.

—Un cuento, una historia de miedo, una leyenda. Me encantaría ir al saco, asustado y con la cabeza preparada para una buena pesadilla.

Risas y carcajadas siguen a sus palabras. Apuran sus chocolates pues comienzan a enfriarse. Es entonces cuando Santi manifiesta:

—No sé aquí, pero en mi tierra sí que estaríamos asustados por el simple hecho de pasar la noche al sereno, en medio del bosque.

—¿Asustados? —pregunta Idaira—. ¿Por qué? ¡Ah! ¡Ya sé! Por los lobos —aventura.

—No, por los lobos no. En Galicia los hay, pero son pocos y huyen de la gente. No somos para ellos una especie que les inspire confianza alguna, al contrario, somos la especie que los ha llevado al borde de la extinción.

—¿Entonces? —indaga Doramas

—La Santa Compañía —responde Santi, modulando sus palabras en una especie de susurro.

—¿La Santa Compañía? ¿Eso qué es? —pregunta esta vez Aythami.

—Si quieren una historia se la cuento, pero antes voy a coger el abrigo. Comienza a refrescar. Si no les gusta o les provoca miedo, se levantan y a descansar —continúa Santi—. Ustedes dirán.

—¿Miedo? —verbaliza Doramas—. ¿Miedo yo? ¡Aún no ha nacido quién, ni existe fenómeno alguno, natural o sobrenatural, que pueda asustarme!

—Déjate de bravuconadas, Doramas —reprocha Idaira—. No le hagas caso, ¡cuenta, cuenta!

Se aproximaron un poco más a Santi, hasta que el grupo formó una apretada piña humana. La luz blanca que emitía la lámpara de led iluminaba con intensidad los rostros de todos ellos, pero más allá del grupo, las tiendas apenas se dibujaban, ocultas por una espesa penumbra. La noche se había echado encima y la oscuridad galopaba a un ritmo frenético, envolviendo bosque y montaña en un manto de tinieblas.

—Debo comenzar asegurándoles que no es una leyenda lo que van a escuchar. Mis palabras hablarán de una realidad constatable, con testigos vivos que así lo confirman.

—¡Venga ya! —protesta Doramas.

—Doramas, si no quieres escuchar, vete a tu saco y duerme,

pero no interrumpas por favor —ruega Abenchara.

—¡Vaaale! Guardaré silencio. Escucharé las chorradas de nuestro querido amigo —claudica Doramas, con mucha ironía y resignándose a mantener la boca cerrada.

—Si afirmo que hay mucho de verdad en ello es porque mi padre jura que mi abuelo paterno la vio y que al día siguiente amaneció muerto en su cama, víctima de un infarto.

—¡Muerto! ¿Por qué? ¿Qué fue lo que vio? —pregunta Aythami, perdido en la disertación.

—Muerto porque la noche anterior, cuando regresaba de encerrar el ganado en la cuadra, las luces de la Santa Compañía pasaron frente a su puerta. Las vio con la misma claridad que les estoy viendo a ustedes ahora. Dejó que se alejaran y entró luego en la casa familiar, blanco y lívido como un fantasma. —¿Qué te pasa Manuel? —preguntó Consuelo, su mujer. —¡Nada mujer, debe ser un aire! —mintió. Caminaba lentamente y arrastraba los pies como si de repente hubiese envejecido cincuenta años. Se acercó a mi padre y le dijo: —Cuide usted de las tierras y de su madre. Esta noche, La Santa Compañía vino a por mí. Mi padre amedrentado le preguntó: —¿Qué está usted diciendo, padre? —Lo que está oyendo, hijo. Guarde silencio y no inquiete a su madre. Mi padre se santiguó. —Está cansado, padre —recuerda que le dijo—, cene algo y váyase a dormir. No cenó mi abuelo. Acompañado por mi padre, subió a duras penas las escaleras de piedra que conducían a su dormitorio y se acostó. Al día siguiente, los agudos gritos de mi abuela, despertaron a mi padre. Acudió como un rayo, pero era inútil. Manuel estaba muerto, frío como una tumba.

—¿Las luces de la Santa Compañía? —repite Idaira—. Vamos a ver, Santi. ¿Puedes explicarte mejor? Nos tienes en ascuas y no entendemos nada.

—Es que me puede la emoción y el sentimiento, pero les cuento. En Galicia, mi tierra natal, existe la creencia de que no todas las almas de los muertos, después de ser enterrados sus cuerpos,

van directamente al cielo o al infierno, sino que algunas vagan por la tierra durante un tiempo, tal vez purgando sus pecados, tal vez porque dejaron tareas pendientes, nadie lo sabe. Lo cierto es que en mi tierra nadie se aventura, por muy valiente que sea, a atravesar un bosque al anochecer y si, por una necesidad apremiante o porque se le echa la noche encima sin pretenderlo, lo hace y observa una fila de luces mortecinas a lo lejos, cierra los ojos, hace la señal de la cruz y se dirige raudo hacia su casa. Con el corazón a punto de salirse del pecho, jamás se le ocurrirá levantar la cabeza y abrir los ojos. Si no se encuentra lejos, irá a tuntas como los ciegos hasta alcanzar la aldea y, una vez en ella, correrá como alma que lleva el diablo hasta la casa familiar.

—¿Por qué cierran los ojos? —pregunta esta vez Aythami.

—Para no ver las almas en pena que portan las luces. Para no reconocer los cadáveres que peregrinan en la Santa Compañía, para... —Santiago los mira uno a uno y guardo silencio.

—¿Para...? —insiste Idaira.

Santi baja su voz hasta convertirla en un tembloroso murmullo.

—Para no reconocerse en uno de ellos y constatar, con pavor y agonía, que también él porta una vela de difunto. Para no confirmar de tal modo que, al siguiente día, el será el cadáver que han venido a buscar. Así le ocurrió a mi abuelo. Vio a la Santa Compañía, se reconoció entre los muertos de la comitiva y, aunque rezó en su lecho todas las oraciones que conocía, estaba sentenciado.

Todos guardaron silencio. A Abenchara, que creía en las apariciones y era en extremo supersticiosa, se le había puesto piel de gallina y su corazón latía alocado.

—Es hora de dormir —dictamina Doramas, pero nadie abandona el apretado grupo.

Pasados unos minutos encienden sus linternas de mano y, un poco más tranquilos se dirigen a sus tiendas, Aythami y Santi a la suya, situada bajo un escobón cargado de humedad, Abenchara e

Idaira a otra más alejada, próxima a los primeros pinos del Camino. Antes de entrar Santi tras Aythami, dirige su mirada a la tienda de las chicas. Allí le esperan los ojos de Idaira, dos luceros sonrientes.

—Buenas noches Idaira. Espero que descanses.

—Lo mismo te deseo, Santi. Está por ver si tu Santa Compañía me da la noche y no consigo pegar ojo.

—Puede que sea una leyenda nada más —le tranquiliza Santi.

—Sí, una leyenda que se llevó a tu abuelo —responde Idaira, entrando en su tienda.

Doramas se aleja unos metros del campamento. Tiene ganas de orinar. La oscuridad es absoluta y no necesita encender la linterna. Le basta con la luz que le proporcionan algunas estrellas.

Mira a su alrededor. Nunca ha sentido miedo ante nada y ahora no va a ser diferente. Respira hondo y vacía su vejiga. Luego se dirige al saco. Dormirá sobre la pinocha, al abrigo de un par de pinos que se encuentran a unos cincuenta metros de las tiendas. Se mete en el saco, dejando la cabeza fuera. Le encanta sentir el frío y la humedad de la noche golpeándole en el rostro. Pone a prueba su cuerpo y serena su espíritu. En el bosque sólo se oye la llamada del búho, lejana ahora, en las paredes del profundo barranco de Tejada. Más lejos todavía, otro búho responde a la llamada del intruso, advirtiéndole de los límites de su territorio. Necesita dormir. No está seguro, pero juraría que un poco antes de echarse en los brazos de Morfeo, sus ojos abiertos vislumbraron, apenas un par de segundos, en la loma de enfrente, justo donde se dibuja el perfil inconfundible del roque Bentayga, una sucesión de luces desplazándose en busca de la cima de la montaña.

Amanecen helados. El frío los ha despertado. Cuando salen de sus tiendas, Doramas tiene preparado el café y la leche para desayunar.

—¡Hay que levantarse con el canto del gallo! —protesta Doramas.

—¡Esa sí que es buena! —responde Idaira—. Los gallos comienzan a cantar de noche, algunos antes de que despunte el alba.

—Exacto —responde Doramas—. La hora perfecta para levantarse.

—La hora perfecta para levantarte tú y seguir durmiendo los demás —protesta contrariada Idaira.

Sobre un amplio pañuelo que a Abenchara le sirve como prenda de abrigo, socorrida toalla o improvisado mantel, colocan los alimentos que cada uno aporta al grupo para desayunar. Gofio, un paquete de cereales, nueces, pasas, dátiles y almendras se unen a la fruta fresca que nunca falta: plátanos, manzanas, naranjas y papaya. El pan es una exquisitez artesanal que aporta Idaira. Se trata de un pan integral casero al que le incorporan diferentes semillas y copos de avena. Aythami, por su parte, saca de su mochila un queso diferente en cada comida. Nadie sabe de quesos como él, de quesos de la tierra. Amante de lo rural y de las costumbres canarias, espera ansioso el encuentro con los pastizales y la cabaña ganadera de los altos del Gáldar y Guía.

—¡El lagarto! —se acuerda de pronto Doramas, corriendo en su búsqueda.

— Tranquilo Doramas, en tu mochila no lo vas a encontrar —le tranquiliza Abenchara.

—¿Cómo?

—Que en el bolsillo de la mochila ya no está. Anoche en la tienda, me acordé de él. Sabía que si lo dejábamos en tu mochila a la intemperie toda la noche, con el frío moriría. Así que, venciendo temores de almas en pena y difuntos sin enterrar, me abrigué bien, cogí una linterna y me acerqué a tu mochila. A su lado, dormido como un leño, resoplabas como un león marino. Abrí el bolsillo con cuidado y allí estaba, aterido de frío, los ojos cerrados, su cuerpecillo helado. Hice un hueco con mis manos calientes y lo coloqué dentro. Luego lo llevé al interior de mi tienda. No lograba moverse, tan frío estaba. Lo mantuve cerca de mi cuerpo hasta que entró en calor.

Primero abrió los ojos, luego movió el pequeño trocito de cola que le queda, pues el rabo debió perderlo con algún ave de rapiña o en una pelea con otro lagarto. Dejándolo en la palma de una mano, con la otra le acerqué dos trozos de plátano y manzana que sobraron de la cena. Los olfateó primero y devoró después. Debí quedarme dormida mientras observaba como comía. El caso es que esta mañana me desperté, busqué el lagarto y estaba acurrucado en el fondo del saco, junto a mis pies. Y allí sigue ahora.

—Deberíamos dejarlo aquí —sugiere Doramas.

—No es su hábitat —interviene Idaira—. Este espacio abierto, sin piedras, húmedo y frío, no es lugar para lagartos. Ellos necesitan calor y espacios soleados. Es probable que si lo dejáramos aquí el lagarto no se aclimatara y muriese.

—Sin pretenderlo, lo cogimos de polizón en una costa y lo devolveremos en otra —zanja el debate Abenchara—. A mí no me molesta llevarlo hasta Gáldar.

—A mí tampoco —corrige Doramas—. Era sólo una idea.

—Una idea desafortunada —tercia Aythami—. Debemos recoger el campamento y ponernos en marcha. Si bien es cierto que la mayor parte del recorrido de hoy se trata de una bajada continua, no es menos cierto que haremos más de veinte kilómetros.

—Que hago yo corriendo —alardea Doramas, sobrado de fuerza, con un notorio afán de superioridad.

—Tal vez, pero los demás lo haremos al golpito —le responde Aythami—. Esperaba esta jornada y quiero gozar del tránsito por una de las últimas zonas ganaderas de medianías y montaña de nuestra isla. Algunos de los mejores quesos isleños se producen en los pastizales y cortijos que vamos a pasar.

Recogieron rápido, no tanto por las prisas como por el frío. Abenchara, con su pañuelo, prepara una especie de nido caliente en el interior de su mochila y coloca en él al lagarto. Rabicorto se deja hacer. Antes ha colocado el saco de dormir sobre el resto de sus pertenencias: chubasquero, linterna, infiernillo, plato, vaso,

cubiertos, comida... De ese modo, ubicado en la parte alta de la mochila, es improbable que el reptil se haga daño. Deja la cuerda de cierre floja y se lleva la mochila a la espalda. Todos hacen lo mismo y se ponen en marcha.

—Así que nadie vio anoche la Santa Compañía —deja caer Santi.

—Nadie porque me levanté yo —responde Abenchara—. De no ser así, hoy el lagarto estaría acompañando esa procesión de almas en pena.

Rieron con ganas, todos menos Doramas. Recordó de pronto el desfile de luces parpadeantes por la loma del Bentayga. No había sido un sueño, de eso estaba seguro. Sin articular palabra tomó la delantera, marcando el ritmo de la travesía.

El pinar se mantiene envuelto en niebla. Es temprano y el sol apenas asoma entre la bruma. Incapaz de eliminar la humedad de la noche asentada sobre el paisaje, semeja en el horizonte una fría moneda plateada. Los rostros de los amigos están helados y sus cuerpos necesitan entrar en calor. En silencio desfilan bajo la cubierta del pinar. Discurren los primeros kilómetros entre pinos que han sido devastados por los últimos incendios. Sus troncos renegridos contrastan con la incipiente recuperación de su follaje verde, pegado al tronco. De cuando en cuando el vacío dejado por los pinos incapaces de sobrevivir, queda plasmado en el suelo en forma de cilíndricos agujeros calcinados. La visión de los mismos provoca una profunda reflexión sobre la actuación del ser humano en el discurrir del bosque. La vida, no obstante, surge por doquier. Ante los esqueletos renegridos de los escobones, surgen en los espacios arrasados salvias, cerrajones y cañahejas. El pavor del incendio pasado lo disimula la vida alada. El amanecer es el momento de restablecer el ciclo de la vida y los cantos de las aves así lo atestiguan. Se trata de un acertado deseo de la naturaleza en restaurar la armonía del paisaje transformado. Mosquitas, chirreras, pinzones comunes, mirlos y herrerillos buscan su alimento con las





primeras horas del día y lo manifiestan con energía a través de sus trinos y gorjeos.

La senda abandona el pinar y baja hasta la carretera en la degollada de Las Palomas. La hora temprana hace del mirador un lugar privilegiado. No hay nadie, excepto el grupo y un ganado de ovejas cuyas esquilas llenan de sonido y armonía el barranco. Con calma recrean la vista en una panorámica indescriptible.

Roques, montañas y barrancos en toda su majestuosidad. El Fraile, el Nublo, El Aserrador, la montaña de Alsándara, el roque Bentayga, el macizo de Inagua, la montaña de Hogarzales, la montaña del Cedro, Altavista, Los Moriscos... Al fondo del barranco, donde confluye la red hidrográfica de esta tempestad geológica, el valle de la Aldea, invernaderos, cultivos y casas.

Abandonan el mirador y ascienden de nuevo para seguir bajo el pinar, en busca de la Cruz de los Moriscos. Una bandada de canarios de monte sale de un escobón enorme para guarecerse en otro cercano. Ambos tienen un porte arbóreo pues sus ramas han sido podadas una y otra vez para aprovechar sus ramas como forraje para el ganado y sus leñosos troncos presentan un grosor considerable. Un poco antes, apenas un centenar de metros, las flechas amarillas y un pequeño muro de piedra señalaban la desviación necesaria para seguir el Camino de Santiago. Doramas ya ha tomado este desvío cuando Abenchara, elevando la voz, detiene su marcha.

—Para el carro Doramas. Vas en grupo, no sólo.

—¡Parecen tortugas! Yo necesito ir más rápido para estirar y no cansar las piernas.

—Pues estíralas dando la vuelta. Antes de retomar la senda que llevas, seguiremos esta pista para ver un hito del Camino.

—¿Un qué? —pregunta Doramas.

—Una cruz —responde Abenchara, sin complicarse con el vocablo.

—¿Otra?

Mientras mantiene el diálogo, Doramas ha regresado al encuentro con sus compañeros. Continúan juntos hasta la Cruz de los Moriscos, una cruz en piedra al borde del Camino erigida por un quesero de Arucas en agradecimiento a toda una vida sin percance alguno en sus desplazamientos a través de estos caminos y veredas.

Observan su estado, las señales y ofrendas de los peregrinos, una carta anónima a quien respetan su intimidad y las monedas que en la alcancía improvisada dejan los viajeros. Cada uno de ellos van sintiendo que el Camino es algo más que una ruta senderista. Hay señales, hay encuentros, hay personales y profundas reflexiones. En silencio regresan al lugar donde abandonaron el camino a seguir. Están a punto de cambiar de vertiente cuando un claro en el pinar les revela un paisaje de ensueño. En primer plano bucólicos caseríos dispersos por lomas y pastizales de Gáldar, tras ellos el pinar de Tamadaba y, envueltos en un mar de nubes, la isla de Tenerife y el majestuoso Teide. Paz y silencio. Aire limpio y fresco. Relajación y armonía.

El tránsito por el pinar en busca del Montañón Negro recupera, a nivel arbustivo, la presencia de los botones de oro en flor y los rosalitas salvajes. Se nota un ambiente más norteño y húmedo. Inician la bajada por un sendero de lapilli de color ocre que va transformándose en otro más inestable de picón negro, sustrato que acompañará al grupo hasta dejar atrás la cañada de la caldera de los Pinos de Gáldar. Descienden con cuidado. Santi, anonadado ante las múltiples y variadas manifestaciones de la naturaleza volcánica, hace suya la definición acuñada a principios del pasado siglo por el humanista grancanario Domingo Doreste, fray Lesco, al reconocer la isla como un continente en miniatura. Santi conoce algo de este volcán tras la consulta de una guía de volcanes recientes de Gran Canaria, justo antes de iniciar el periplo. Extasiado ante tanta belleza, se detiene a observar. Tras él, se para Idaira, luego Aythami y Abenchara. Doramas hace unos minutos que, aprovechado la idoneidad del suelo para bajar corriendo,

espera al final de la senda, junto a la carretera.

—¡Escuchen! —alerta Idaira

Todos guardan silencio. Muy cerca, al otro lado de la carretera, el volcán muestra a los senderistas sus negras heridas. El resto del edificio volcánico se encuentra cubierto de pinos canarios. Precisamente, de uno de ellos procede el sonido que captó la atención de Idaira.

—De nuevo el tamborileo realizado con el pico, ¿lo escuchan?

—Sí —responde Aythami—, procede de aquel pino seco, destrozada su copa por una tormenta o un vendaval.

—Algo se mueve en su tronco —asegura Abenchara, aguzando la vista.

—Claro que se mueve, ascendiendo gracias a sus patas y cola. Es un picapinos —identifica Idaira.

El Montañón Negro presenta una mordida espectacular, fruto de la salvaje extracción de sus cenizas volcánicas como materia prima para la fabricación de bloques para la construcción. Todos están impresionados.

—Sé algo de este volcán —anuncia Santi—. Se trata de uno de los volcanes más jóvenes de Gran Canaria.

—¿Joven? —responde sonriendo Doramas, que ha regresado corriendo al ver que el grupo se ha detenido a media ladera—. Déjame tocar el picón —manifiesta, al tiempo que se agacha y coge con una mano un puñado de negras cenizas volcánicas—. ¡Uy! Están supercalientes, se ve que la erupción es reciente, ha sucedido hace unos meses nada más —concluye burlándose.

—Unos meses no, pero hace tres mil años sí, y esa cantidad, en tiempo geológico, se considera un volcán reciente.

—¿Tres mil años reciente? ¡Vengaya! —manifiesta contrariado Doramas.

Santi observa las caras de sus compañeros, también a ellos les cuesta entender aquello de volcán reciente.

—Trataré de explicarlo de un modo diferente. ¿Saben aplicar



una simple regla de tres? —pregunta, irónico.

—Estamos en el instituto ¿no? ¿Tú qué crees? —protesta Abenchara.

—Entonces será fácil de entender. Saquen sus móviles. La isla de Gran Canaria tiene una antigüedad aproximada de catorce millones de años, realmente un poco más. Pásenlo a días. La vida de un ser humano puede rondar los ochenta años, pásenlo también a días. Conviertan también los tres mil años del volcán en días y luego, realicen una simple regla de tres.

Teclearon con presteza tres de sus amigos, estableciéndose entre ellos una curiosa competición por ver quien obtenía antes el resultado. Doramas, ajeno al cálculo matemático, jugueteaba con el picón dejándose caer por la ladera.

—¡No puede ser! —se sorprende Idaira.

—Sí puede ser —le responde Santi.

—¡Seis días! —reconoce estupefacto, Aythami.

—Eso es. Seis días nada más en la vida de una persona. A eso equivalen los tres mil años del volcán con respecto a la edad de la isla. ¿Alguien de ustedes ha visto un bebé de seis días? —pregunta.

—¡Yo y tú! Mi hermana Cathaysa —tu prima—, acaba de dar a luz una niña. Apenas tiene doce días —reconoce Abenchara.

—Podría decirse que acaba de nacer, ¿no? Eso es el volcán del Montañón Negro a escala temporal geológica.

Doramas, sacudiéndose el picón, presta atención al razonamiento de Santi. Comprende entonces su enorme ignorancia. Debe escuchar más y fanfarronear menos. Reconoce su torpeza y lo manifiesta arrepentido:

—Perdón por mi insolencia —se disculpa.

—No se trata de eso, Doramas, se trata de entender que hay otras escalas de tiempo, más allá de nuestra corta mirada que sólo interpreta los tiempos desde la efímera vida de un ser humano.

La senda en la ladera desciende suavemente hasta encontrarse con la calzada. Un muro de piedra al otro lado y otra flecha amarilla

indican, sin lugar a equívocos, la senda por donde discurre la ruta.

—¿Nadie se ha dado cuenta de la intensidad de los aromas que desprenden estas plantas? —pregunta Abenchara, al tiempo que se detiene e inspira profundamente.

—Claro que nos hemos dado cuenta —responde Aythami—. Como que estamos pasando por una de las zonas con mayor presencia de plantas silvestres medicinales.

—Y aromáticas —insiste Abenchara.

—Así es —reconoce Aythami—. Y aromáticas.

—O sea que, lo que estoy oliendo es...—aventura Santi.

—Sobre los restantes registros olfativos que hay en el ambiente, incienso canario. —le confirma Aythami—. Todas estas plantas que prosperan en este suelo suelto, de cenizas volcánicas, y alcanzan la altura de nuestras narices son inciensos.

Santi coge una rama y pasa su mano por ella. Luego aspira su aroma.

—En el ambiente hay algo más, un registro penetrante, bituminoso... El del incienso es dulce e intenso, pero hay otros registros.

—Muchos —reconoce Aythami—. Les voy a pasar un par de hojas de otras plantas aromáticas que se encuentran alrededor de ustedes. Esta es la salvia, este el tomillo que ya han visto a lo largo del Camino y esta otra el marrubio que Idaira le presentó ayer a Santi, cuando bajábamos hacia la Cruz de Tejeda. Esta, con un olor fuerte y bituminoso, es la tederá. Nuestros ancestros trataban sus dolencias con estas y otras plantas y de ellas extraían sus remedios para curarlas. Las lluvias de este año han proporcionado un hábitat idóneo para los ortigones, la planta urticante que acaricia en este tramo nuestras piernas, reactivando la circulación sanguínea. También esta planta, endémica de la Macaronesia, tiene sus usos alimenticios y medicinales.

—¿Quién come ortigas? ¿Quién puede curarse con ellas? —pregunta extrañado Doramas.

—Muy poca gente a pesar de ser un alimento muy nutritivo. Tiene una cantidad muy alta de fibra, es ideal para combatir el estreñimiento, es diurética, es decir, ayuda a eliminar los depósitos de sal en el cuerpo que pueden dañarnos, piensa en las piedras del riñón o los cálculos biliares, combate la anemia debido a su alto contenido en hierro... ¿Sigo? También tiene importantes cantidades de calcio, magnesio y manganeso, minerales esenciales para el cuerpo humano y que las personas buscan como suplementos alimenticios en la química de laboratorio, disponiendo de todos esos minerales en una buena y saludable alimentación natural.

—Pero, ¿cómo se van a comer si pican? —insiste Doramas para quien los pelos urticantes de las ortigas hacen que esta planta sea incompatible como alimento.

—En el momento en que se cocinan, los pelos urticantes pierden su vigor y las ortigas se comportan como una verdura más.

Doramas abre los ojos, sorprendido. Hay tanta seguridad en las palabras de Aythami que necesita creérselas.

Sobre un manto negro de picón, el itinerario transcurre en busca de la caldera de los Pinos de Gáldar. Los pinos canarios han colonizado el lapilli y algunos ejemplares han adquirido notables proporciones.

—Santi —revela Idaira—. Voy a presentarte algunos de los pinos canarios más viejos de la isla.

Una vez más tienen que cruzar la carretera asfaltada. El escaso tráfico rodado favorece la seguridad del periplo. Doramas, Abenchara y Aythami se desvían hacia su derecha, en busca del mirador de la Caldera. Santi acompaña a Idaira que, una decena de metros más abajo, se ha detenido ante uno de los abuelos centenarios del pinar, ejemplares que antaño se respetaban pues eran los proveedores de buenas semillas para la repoblación.

—Quedan apenas una decena de reliquias botánicas como ésta —reconoce Idaira—. Pinos centenarios, testigos de antiguos bosques de pinos, testigos más tarde de las deforestaciones masivas

que se llevaron a cabo en los bosques de Gran Canaria y también testigos actuales de las nuevas repoblaciones que vistieron de verde nuevamente estas montañas. Desgraciadamente, los incendios se cobran la vida, periódicamente, de algunos de nuestros abuelos botánicos.

—Son impresionantes sus medidas, Idaira —observa Santi—. Algunos superan los veinte metros de altura y el metro, metro y medio de diámetro. Ramas abiertas, aparasoladas, cuya copa en algunos ejemplares presentan un diámetro semejante a su altura. ¿Qué edad pueden tener estos robustos centenarios?

—Difícil calcularla. La mayoría de los técnicos estiman entre tres y cuatro siglos, pero hay botánicos que piensan que puede ser muy superior.

Idaira se agacha, coge una acícula del suelo y se la pasa a Santi.

—Observa esta hoja de pino. ¿Notas algo especial?

—Excepto su longitud que es muy larga, los pinos introducidos tenían las acículas mucho más cortas, no observo nada en especial.

—Su número de acículas.

—¿Tres? —cuenta Santi.

—Exacto, tres. Existe otra especie de pino que veremos en nuestro periplo que tiene tres acículas, pero más cortas. Se trata del pino de California o pino insigne. Cuando nos encontremos frente a él, notarás que todo es diferente: el porte, la coloración de su masa foliar y, algo muy importante, cuando se quema, muere. No posee la singularidad de resistencia al fuego que tiene el pino canario. Volvamos con los compañeros.

Al llegar al mirador todos están enfrascados en admirar el paisaje. Las vistas, profundidad y belleza de aquella gran depresión volcánica les ha cautivado. A Idaira le sorprenden unas retamas amarillas en plena floración. Semejan antorchas encendidas, tal es la intensidad cromática de sus flores. Santi se lleva las manos a la cabeza. ¡Aquello es demasiado! Emoción tras emoción, su corazón

palpita de gozo. ¡Bendita travesía! El síndrome de Sthendal no sólo existía en el mundo del arte, también se daba ante la increíble variedad de paisajes naturales tan extraordinarios.

—Esta caldera se formó durante el proceso eruptivo del Montañón Negro —manifiesta Abenchara—. Tres mil años más o menos.

—Forman parte del mismo episodio volcánico —apunta Idaira.

—¡Vengan a ver lo que he encontrado! —apremia Doramas, fuera del mirador—. Estoy aquí al lado, junto al pino grande.

Siguieron sus voces. Doramas se encontraba al inicio de la cañada que bordeaba la Caldera, justo al lado del mirador panorámico. Todos bajaron. Al pie del árbol se encontraba un abrevadero para el ganado. El tiempo, líquenes y musgos lo habían naturalizado de tal modo que era necesario fijarse bien para descubrirlo. ¡Muy ingenioso! En época de lluvia las escorrentías llenaban el abrevadero. El resto del año la lluvia horizontal, condensada en las acículas del pino, se encargaban de ello.

—Está guay, ¿no? —manifiesta Doramas.

—Sí, lo está —responde Idaira—. Los pastores necesitaban abrevaderos como éste para dar de beber al ganado cuando, tras los pastos de verano, se desplazaban a la cumbre.

—Necesitaban y necesitan —puntualiza Aythami—. En esta isla sigue practicándose la trashumancia.

—¡Eh! ¡Ahí termina la cañada por donde sube el ganado! ¡Qué pasada de pendiente! Les espero abajo, quiero hacerla corriendo —manifiesta emocionado Doramas al tiempo que sujetando las correas de la mochila en su cintura se dirige directo a la cañada.

—Tú mismo —le responde Aythami—. Nosotros bajaremos con más calma.

Doramas echa a correr ladera abajo como una exhalación. Es increíble la velocidad que llega a coger sin caerse. Cuando está a punto de perder el equilibrio, frena su marcha y sigue bajando de

lado, como si estuviese esquiando y el picón, donde se le entierran las botas hasta el tobillo, consigue frenarlo. Sigue corriendo y dando gritos hasta que lo pierden de vista.

—Ahora que perdimos de vista al hombre bala, quiero disfrutar un poco más de la panorámica de este mirador. Luego iniciaremos el descenso —manifiesta Abenchara, sonriendo.

La bajada, aunque arriesgada, es divertida. El picón aporta un componente lúdico al Camino y, uno tras otro, van dejándose caer. Reconocen las huellas de motos en el sustrato de cenizas volcánicas, así como la terrible erosión que tal tránsito prohibido, produce sobre el camino. La cañada se encuentra delimitada por sendos muros de piedra seca. Su imagen transmite antigüedad en su construcción, contribuyendo a ello la presencia generalizada de musgos y líquenes. Larga es la cañada y grande el cansancio de las piernas. Un cruce de caminos da la opción de seguir hacia Fontanales a la izquierda, Artenara a la derecha o continuar de frente por el S—01, sendero que desde la Cruz de Tejeda lleva sin pérdida hasta Gáldar.

—¡Faltan quince kilómetros y medio! —lee Abenchara—. ¿Es posible que sólo llevemos recorridos seis kilómetros? —pregunta sorprendida.

—Al parecer, así es —responde resignándose Idaira—. Avanzaremos más rápido ahora, pues el paisaje que nos espera es completamente distinto.

—Estás en lo cierto, Idaira. Entramos de lleno en un paisaje puramente ganadero —reconoce Aythami—. La tónica dominante hasta las mismas puertas de la ciudad de Gáldar va a ser ésta, lomas y valles anunciándonos la importancia de la ganadería ovina en las medianías y altos de Gáldar y Guía. Hablaremos de ovejas y quesos. Los de esta zona, tanto en certámenes nacionales como internacionales, están reconocidos como los mejores quesos no sólo de Canarias sino del mundo. Múltiples premios y galardones así lo



reconocen.

—No será para tanto —pone en duda Idaira.

—Querida Idaira, ni te lo puedes imaginar.

Una flecha amarilla, pintada sobre el suelo, ratifica la dirección indicada en el poste informativo. Aythami estaba en lo cierto. De repente, el bosque de pinar queda a nuestra espalda y al frente surge un paisaje que, a primera vista, cuesta creer propio de Gran Canaria. Una sucesión de lomas, sin rastro de vegetación arbustiva y arbórea, cubiertas de un homogéneo manto herbáceo y dedicadas exclusivamente a pastizales, se prolongan hasta el horizonte en todas las direcciones, ofreciéndonos una idea sobre la importancia que la ganadería tuvo y tiene en esta zona.

—Galeotes y Pavón, tierras de excelentes quesos —anuncia Aythami.

—El paisaje es ganadero, sin lugar a dudas —reconoce Santi—. Me trae recuerdos de Asturias, Galicia, País Vasco o Cantabria.

Santi deja la mochila en un borde del sendero y se acuesta sobre la hierba, boca abajo. Idaira al observarlo hace lo mismo. Un mundo herbáceo se muestra a la altura de sus ojos. Un arco iris cromático con la mayoría de las plantas en época de floración: amarillo azafranado, amarillo pálido, lila, púrpura, rojo, violeta, blanco... Ninguno tiene idea de qué plantas son, pero en la mente de Idaira surgen nombres que intentan interpretar algo de aquella hermosa variedad de plantas estacionales: amapolas, relinchones, cerrillos, tréboles, arvejas, trebolinas... Sobrevolando la Arcadia grancanaria, decenas de mariposas y abejas liban, de flor en flor. La mayoría son mariposas de la col, unas mariposas con alas de color amarillento blanquecino solo roto por un par de ocelos ennegrecidos. Otras mariposas presentan colores más vivos, desde las tonalidades leonadas y negruzcas de las vanesas de los cardos hasta los tonos negros y rojo intenso de las mariposas de los volcanes. Son aislados ejemplares pero muy llamativos. Al paso de una mariposa monarca,

ambos cierran los ojos y se dejan llevar por un mundo de aromas. Huele a hierba, pero sobre todo a ganado ovino. Huele a otro ritmo en el tiempo, otra forma de interpretar la vida.

—¡Vamos! —invita Santi a Idaira, levantándose.

El grupo descansa sobre un muro perimetral que separa ambos pastizales. Sus ojos siguen el vuelo ascendente de una pareja de aguilillas, amparadas en las corrientes térmicas. La conversación se centra en los quesos del lugar y Aythami tiene la palabra.

—Reconozco mi debilidad por los quesos de la zona. Hay varios cortijos repartidos por estos valles. He degustado los productos lácteos elaborados en el cortijo de Caideros, el cortijo de Galeote y el cortijo de Pavón, pero sé que hay muchos más. No es casualidad que existan varias rutas del queso en los municipios norteños.

—Por el ganado que observo en aquella loma, elaboran sólo quesos con leche de oveja.

—No es así obligatoriamente. Los ganados que pastan estos campos son ovinos, pero la mayoría de los quesos son de mezcla. Mucha leche de oveja, no menos del sesenta por ciento, y el resto vaca y cabra. Estos quesos tienen denominación de origen protegida y en esta zona elaboran un extraordinario queso de flor.

—Tenemos que buscar donde catar un manjar tan exquisito —propone Santi, engolosinado.

—En Gran Canaria hay una única denominación de origen protegida que es ésta y en el resto de las islas dos más, una en Fuerteventura con quesos extraordinarios y otra en La Palma. En las islas se elaboran cuatro tipos de quesos: tiernos, semicurados, curados y de flor. El ganado también es autóctono: cabra majorera, oveja canaria y vaca canaria. Se elaboran con cuajo animal o cuajo vegetal. Sus cortezas se untan con gofio, pimentón o aceite.

—No se puede negar que te apasiona el tema —reconoce Abenchara.

—Este tema y cualquier otro que tenga que ver con las

tradiciones y costumbres canarias. El saber de nuestros mayores es un patrimonio que no podemos perder —responde Aythami.

La importancia del paso de ganado y de la trashumancia por donde discurre el Camino lo delata la pervivencia de muros de poca altura que se observan por el lomo del Palo, separando tierras ganaderas de Galeote y Pavón, así como en los restos oxidados e inútiles de viejas alambradas de espinos. En su descenso entre pastizales pasan sin detenerse junto a una cruz de cemento, la Cruz del Cabezo. La salida a la carretera supone el primer tramo asfaltado del Camino. En el recorrido que resta hasta Gáldar, las sendas alejadas del tráfico serán una minoría mientras que las pistas y carreteras asfaltadas, la tónica dominante. El grupo se detiene a tomar agua y comer un poco de fruta en el área recreativa Monte Pavón, en cuyo desvío han observado el primer hito o mojón kilométrico. Desconocen que esta nueva señalética los acompañará hasta su llegada a Gáldar, indicándoles la distancia que les queda por recorrer.

—Hasta ahora no habíamos caminado tanto por el asfalto como en este tramo —protesta Doramas.

—Pues deberás acostumbrarte —le responde Aythami—. He terminado de leer el libro sobre el Camino de Santiago en Gran Canaria y señala esta etapa como la que tiene menos sendas peatonales y más bordes de carretera.

—Es lógico —interviene Abenchara—. De aquí a Gáldar encontraremos núcleos rurales diseminados y los antiguos caminos de herradura y estrechos senderos se han transformado en pistas de tierra o carreteras asfaltadas que permiten el paso de vehículos.

—Menos mal que el tráfico por ellas es escaso —reconoce Idaira.

—De aquí en adelante, la carretera nos marcará la ruta. Si Doramas decide ir a su ritmo, nos reagruparemos en Saucillo. Llegaremos sobre la una y será el momento de realizar nuestro almuerzo con comida de caldero. El que llegue antes reserva mesa.



No hay pérdida. Sólo hay un bar y se encuentra junto a la carretera. Ahí quedamos —concluye Aythami.

Sin mayor dilación continúan el camino. En nada se ha equivocado Aythami. Poca senda y mucha carretera. Era cuestión de agilizar el paso y ganar tiempo a la ruta. Los pastizales están separados de la carretera por pequeños muros de piedra o hileras de escobones. En los terrenos improductivos prosperan los cerrajones, las cerrajas arbóreas, las retamas amarillas y las flores de mayo. En los pequeños núcleos como Lucena, gallinas y gallos autóctonos campan a sus anchas por los pastizales y tierras de labor. Forman parte de una bucólica imagen a la que los jóvenes no están acostumbrados. Al núcleo rural de Saucillo llegan por asfalto. Les recibe una hilera de frondosas palmeras canarias, alineadas al borde de la carretera. A su altura, los sonidos del campo se truecan en cantos y voces infantiles pues, frente a las palmeras se levanta el colegio de Saucillo. Mucha paz, pocos niños, canciones y juegos. Del único bar en la zona proceden los apetitosos aromas de la comida casera. Manjares que, cocinados con paciencia y tiempo, atraen a los caminantes sin remedio. Doramas se lo ha tomado con calma y ha llegado con el grupo. Consulta su reloj. Han salido del monte Constantino a las ocho de la mañana y es la una del mediodía. Cinco horas es mucho tiempo para él, pero el grupo tiene otro ritmo.

—Hora de almorzar —anuncia Abenchara, descargando de su espalda la mochila.

—Propongo unas cervezas para empezar —sugiere Doramas, dirigiéndose a la puerta del bar.

—Y yo propongo comer y descansar. La siguiente parada será en Gáldar y este lugar nos oferta una sabrosa comida casera —repuso Idaira.

—Comida preparada con esmero y degustar los quesos de la zona —recomienda Aythami.

—¿A qué esperamos para entrar? —apremia Santi.

Aunque por Saucillo se reconoce el lugar y así lo identifica la señal de tráfico, el verdadero nombre de este lugar es Llano del Poleo. Saucillo está más arriba, es el poblado de cuevas y caseríos que dejaron atrás. El dueño les cuenta que, antes de las construcciones que ahora hay: el bar, el colegio, la asociación de vecinos y un par de casas más, la zona era una llanura cubierta de retamas y poleo, una planta medicinal muy apreciada por los yerberos de la zona.

—Usted pasaba por estos llanos y sólo el olor a poleo le curaba a uno cualquier catarro o malestar de estómago —recuerda con añoranza.

—¿Qué tenemos para almorzar? —le interrumpe Doramas, hambriento, es cierto, pero irrespetuoso y maleducado—. Llevamos sin comer algo decente casi tres días. Necesito comida de cuchara, cuchillo y tenedor.

—¡Jesús! —exclama el hombre sorprendido—. Eso lo arreglamos ahora mismo. Para empezar, un potaje de berros para calentar bien el cuerpo. Pueden comer el que quieran. Luego les traigo un caldero de carne en salsa con papas sancochadas, que está para chuparse los dedos.

—¿De oveja la carne? —pregunta Aythami.

—De oveja es. Todo lo que les ofrezco está cultivado y criado aquí. Las ovejas pastan por estas lomas y barrancos y las papas y verduras las vieron sembradas en las huertas del camino.

—¿Podría añadir algo de queso? —sugiere Santi

—Por supuesto. Les traeré para empezar media ración de queso del lugar. Un queso de mezcla semicurado.

—Sírvanos la ración —corrige Doramas—. La gente viene con hambre.

El potaje de berros llega acompañado de una buena escudilla de gofio, un gofio tostado elaborado en un viejo molino de Gáldar. El hombre sirve agua en la mesa, una jarra de cerveza para Doramas y una jarra de vino abocado. Santi lo ha pedido y Aythami se apunta a acompañarle. Con un condumio tan generoso todos prueban un

poco del vino endulzado.

Hablan de la comida, del ritmo de la vida, de la pureza del aire y de las tierras cultivadas. También hablan del frío y de las gentes de la montaña que emigraban a Gáldar, al sur de la isla o a la capital. Muchas propiedades de la zona sólo son utilizadas en períodos vacacionales y fines de semana. Es un placer hablar con aquel hombre honesto y servicial. Es él quien informa a Aythami de la existencia de una fuente en el fondo del barranco que tiene agua todo el año y Aythami queda en regresar solo y dar con ella con las precisas indicaciones del tabernero. También sabe de su boca que, aunque escucharon pájaros en todo el recorrido norteño, mirlos sobre todo, ya no hay tantos como antes. —¡Aquella sí que era música del campo, cristiano! ¡Se despertaba uno con los cantos de los pájaros y le acompañaban hasta el anochecer!—. Desde la ventana del bar observan un curioso drago que, en la trasera del colegio, presenta cuatro imponentes troncos surgiendo desde su base, algo nada habitual en la especie y recuerdan entonces que, tras dejar atrás la zona ganadera de Monte Pavón, ejemplares aislados de dragos bien desarrollados, alguno próximo ya al siglo de existencia, enriquecían con su presencia el entorno de las viviendas.

Abenchara lleva un rato en silencio. Ha observado a unos peregrinos que, cartilla en mano, solicitan el sello que les acredita el paso por este tramo del camino. Curiosa, se levanta para verlos de cerca. Una chica, observando su interés, le ofrece su credencial, con el sello aún fresco:

—¿Quieres verla? —le dice, alargándole la cartilla.

Abenchara la coge. Impresa en una cartulina especial, está doblada en tres partes. Al tacto, siente su calidez. Contribuye a ello la tonalidad cromática elegida: gamas ocres y amarillos. La abre. Su interior está destinado a los sellos procurados en los establecimientos adheridos al Camino en cada una de las tres etapas. La portada exterior muestra una foto con una mochila en primer plano, senderistas caminando, una concha y un paisaje luminoso.

Al pie, los logotipos de dos centros jacobeos: Gáldar y Tunte. Sin ella quererlo, se emociona.

—¡Eh! ¿Estás bien? —le pregunta la joven peregrina.

—Sí, no es nada. Es que me trae recuerdos del Camino —miente, aturdida por la extraña sensación vivida.

—Me alegro. Nosotros seguimos caminando. Estamos muy cerca del templo jacobeo y de la certificación del Jubileo. Nos vemos en Gáldar —se despide, sonriendo.

—¡Claro! Nos vemos. ¡Buen camino! —acierta a pronunciar Abenchara.

Abenchara regresa a la mesa. En su interior afloran preguntas que no encuentran una fácil respuesta.

—¿Falta mucho para llegar a Gáldar? —pregunta Aythami al dueño del bar.

—Poco más de ocho kilómetros y se encontrarán en la iglesia de Santiago de Gáldar —responde amablemente.

—Dos horas más caminando —se resigna Idaira

—Es todo bajada y sin gran dificultad. Cojan los atajos y no les llevará tanto. En hora y media estarán ustedes en el corazón de la ciudad —puntualiza el hombre.

Se despiden y retoman el camino. De nuevo el asfalto se convierte en vía jacobea. De cuando en cuando, evitan algún tramo de carretera por atajos señalados con flechas amarillas, sorteando así una buena parte del asfalto. Los desvíos significan una inmersión en la densa vegetación arbustiva de la zona, pues las sendas, apenas trazadas, discurren entre amapolas, orobales, vinagreras, inciensos, esparragueras y tajinastes blancos. Dejan atrás Tegueste y no tardan mucho en alcanzar Hoya de Pineda, uno de los más importantes centros loceros de la isla hasta hace muy pocos años. El camino bordea el pueblo hasta alcanzar un sendero que discurre a media altura de la montaña de Guía en la ladera que cuelga sobre el barranco de la Furnia.

—Llevamos tiempo viendo las torres de la iglesia de Santiago y

las cuatro araucarias de la plaza —manifiesta Doramas—. Esta parte del camino me resulta monótona así que voy a darle vida corriendo. Les espero en la puerta del templo.

—Buen Camino, Doramas —le desea Abenchara.

Santi sopesa la peligrosidad de esta parte de la senda. Han dejado atrás el asfalto y recuperado un camino antiguo usado sólo por senderistas y vecinos del lugar. Sobre ellos un acantilado vertical se cierne sobre la senda. En su trazado sobre el barranco, la montaña de Guía presenta una espectacular disyunción columnar con algunos derrumbes sobre el camino y la ladera. Idaira no deja de observar e identificar cada una de las plantas arbustivas que colonizan la ladera y el fondo del barranco.

—¡Escuchen primero y luego observen el cauce! —alerta Aythami.

Todos vuelven sus ojos al fondo del barranco. El agua discurre libremente por su cauce formando a su paso pequeños saltos y una llamativa cascada. Asociado a ese ambiente húmedo, un hermoso palmeral convierte el fondo del barranco en un jardín del Edén.

—¡Pocos barrancos quedan en Gran Canaria que lleven agua por el cauce! —asegura Idaira.

—Así es —confirma Abenchara—. Y van entubándose todos, uno tras otro. El barranco de la Mina es el último perdido y le seguirán otros. Es labor del pueblo luchar para que los pocos barrancos por donde aún discurre, no pierdan la armonía de su paso.

Siguen caminando. Tras su silencio se esconde el deseo de culminar aquel tramo al pie del paredón, anhelan dejar atrás una senda que se les antoja muy expuesta a los caprichos geológicos de la gravedad y la erosión del acantilado.

—Idaira —pregunta Santi—. Estas plantas no las habíamos visto antes.

—Así es Santi. Nos encontramos cerca de la costa, a poca altitud y con unas condiciones climáticas muy diferentes a las que hemos observado en la vertiente sur o en la cumbre.

—¿Y?

—Pues que esta vegetación es la propia de un bosque termófilo. Encontraremos especies del cardonal—tabaibal, pero también las presentes en formaciones termófilas.

—Me llama la atención este arbusto que, en plena floración, viste de flores blancas grandes zonas de la ladera.

—Es el guaydil, que aquí tiene precisamente una de sus mejores representaciones. Y la planta que está a su lado es un cornical. La que está junto a ti es una esparraguera y a tus pies se encuentran romeros marinos. Los arbustos que sobresalen por encima de tu cabeza son soberbios ejemplares de orobal, una planta con múltiples usos medicinales que ya la utilizaba la población aborígen. Las demás especies las hemos visto por el camino.

Santi asiente con la cabeza pues ha reconocido la mayoría de las restantes. Tajinastes blancos, vinagreras, tabaibas, bejeques, matos de risco, balillos, gamonas, inciensos...

Había sido habitual la observación de aves rapaces desde la salida en Maspalomas. Al cernícalo que puso en riesgo la vida de Rabicorto se unieron las observaciones de aguilillas sobrevolando Fataga, el valle de la Plata, los pinares de la cumbre o los pastizales de Pavón, pero nadie esperaba aquella sorpresa alada saliendo del risco y dejándose caer con las alas pegadas al cuerpo. Se trataba sin lugar a dudas de un ave de presa capaz de alcanzar una velocidad endiablada. Con una destreza pasmosa regresó al saliente donde tenía su oteadero.

—¡Un halcón tagorote! —reconoce al instante Aythami.

Idaira lo ha visto un poco antes y no alberga dudas sobre su identificación, pero su alegría le ha llevado a mantener la observación en silencio. Sabe de la recuperación de la especie en la isla y su presencia en este paredón es una buena noticia.

La senda termina en asfalto a la altura de las primeras casas de Anzo. Siempre en descenso cruzan el pueblo, dejan a su izquierda la hacienda de Anzo. Una pista de tierra, transitada por vehículos



agrícolas y residenciales, discurre entre cultivos de plataneras, cultivos hortícolas y terrenos abandonados hasta alcanzar el cauce del barranco de Gáldar. Idaira detiene la marcha.

—Este es un lugar apropiado —manifiesta.

—Apropiado ¿para qué? —pregunta extrañado Santi.

—Para soltar el lagarto.

—Plataneras no le van a faltar —interviene Aythami.

Abenchara nada manifiesta. Los observa y deposita su mochila sobre un muro bajo, lindante con una plantación de plátanos.

—Así, sin más. Lo dejamos aquí y que se busque la vida —ironiza Abenchara.

—Es un lagarto ¿no? —responde Idaira—. Sol no le faltará y alimento tampoco.

—Y muros de piedra y un espacio que desconoce —añade Abenchara.

Abenchara no está muy de acuerdo con la propuesta, pero forma parte de un grupo donde las decisiones son compartidas y no desea contrariar a sus compañeros. A fin de cuentas, nadie quiere hacerle daño al lagarto.

—Está bien. Abramos la mochila —claudica.

El lagarto recibe la caricia del sol sobre su cuerpo, ve la mochila abierta, pero no entiende qué pasa. Por eso no hace ademán alguno por salir.

—No quiere salir —manifiesta Abenchara.

—Pues claro, lleva todo el día en tu mochila. Estará medio dormido. Cógelo suavemente y deposítalo sobre el muro. Verás cómo se va —sugiere Aythami.

Así lo hace Abenchara. Rabicorto da dos pasos sobre el muro, mira a su alrededor y se queda quieto. Pasan unos minutos y el lagarto no se mueve. Idaira comienza a impacientarse.

—¡Eh! Nos vamos. El lagarto está aquí maravillosamente bien. Ya se moverá cuando reciba un poco más de calor en el cuerpo y cuando él quiera.

Y con estas palabras Idaira coge su mochila y se pone a caminar. Tras ella Santi y Aythami. Abenchara permanece en el lugar, sentada sobre el muro, observando al lagarto. A lo lejos escucha el sonido de un vehículo a motor, confirmando lo que ya sabe, por la pista transitan con regularidad camiones y coches relacionados con la actividad agrícola. Anima a Rabicorto a que abandone el muro y se esconda.

—Venga, vamos. Tengo que irme —apremia Abenchara al lagarto—. Escóndete por ahí, entre las piedras o bajo las hojas secas de las plataneras.

Intenta animarlo a moverse, empujándolo con la mano, pero el lagarto en lugar de huir, se cobija junto a ella.

—¡Abenchara, es para hoy! Doramas estará harto de esperarnos —grita Idaira, desde la carretera que inicia la ascensión al corazón del núcleo urbano.

—Voy —responde Abenchara.

Idaira recuerda entonces la desembocadura del barranco de Anzófé, por donde pasó hace apenas unos minutos, y el impacto que le causó observar el rabo de gato ocupando su cauce de lado a lado antes de confluir con el barranco de Gáldar. Rememora su sorpresa, dos días atrás, ante la masiva presencia de esta planta invasora, a poco de iniciar el Camino, ocupando el cauce del barranco de Fataga. Le entristece constatar cómo, de un modo paulatino y sin tregua alguna, la gramínea coloniza la isla y sabe que, muy cerca de aquí, en la montaña de Amagro, un estudio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas ha concluido que las serpientes reales de California serán pronto los únicos reptiles que queden en la montaña, tras la extinción confirmada de la población de lagartos de Gran Canaria y la extrema rareza de lisas y perenquenes. Un pensamiento la entristece: la biodiversidad de su maravillosa isla tiene un preocupante talón de Aquiles, su enorme fragilidad.

Las flechas amarillas se pierden al llegar al cauce del barranco de Gáldar. No son necesarias pues cualquier camino procedente

del barranco que ciñe el conjunto urbano galdense, termina en la plaza de Santiago. Es imposible perderse. Gáldar vive con fervor el Año jacobeo. La simbiosis creada mediante la fusión del volcán con la concha de peregrino se encuentra presente en la mayoría de las calles, balcones y plazas.

Todos los símbolos llevan a la plaza, todas las calles que parten del barranco, terminan en el templo jacobeo. Los jóvenes abordan el templo por la entrada principal, allí les espera Doramas. El templo dispone de un único itinerario ideado para evitar aglomeraciones y mantener la distancia social. Puerta del perdón o Puerta Santa, itinerario interno y salida por una puerta lateral donde se sellan y muestran las credenciales de haber realizado la Ruta Jacobea.

—¡Hemos llegado! —exclama Aythami, alborozado.

—¡Muy pronto lo haré corriendo! —verbaliza Doramas, sumido en sus pensamientos.

Santi permanece en la entrada, leyendo una placa de mármol donde se registra el hecho histórico que ha convertido a Gáldar y su templo en un centro jacobeo.

—Así que en el año 1992 fue cuando el papa Juan Pablo II concedió la gracias del Año Santo Jacobeo al templo de Santiago de Gáldar “in perpetuum”. Antes le habían concedido el Jubileo Plenario Juan XXIII y Pablo VI, pero era para aquellos años santos, nada más. Ahora es para siempre —reflexiona en silencio.

Santi sigue a sus compañeros. Se encuentran frente al altar principal, en la nave de la Epístola. Allí se muestra espléndida, en su trono, la escultura ecuestre de Santiago Apóstol. Se acerca hasta situarse junto a ellos. —“Así que este es el apóstol Santiago de Gáldar. Una escultura de factura sevillana” —reconoce. Sabe de la existencia de un Santiago Peregrino traído por los conquistadores, pero tal escultura ha desaparecido con el paso del tiempo, sin dejar rastro.

No le sorprende que el templo se encuentre sobre el antiguo palacio de los guanartemes, ni tampoco que la conquista se llevara

a cabo bajo la advocación al Santo Patrón y que se celebrara la primera misa en 1482, antes de la incorporación de Gran Canaria a la Corona de Castilla a inicios de 1487. Formaba parte de un modo de proceder propio de las conquistas castellanas de la época. Observa de nuevo la escultura y no le provoca mayor emoción. Luego observa con calma una de las vidrieras que reproduce la imagen del apóstol. Sin embargo, su pensamiento está puesto en otra escultura ubicada en la fachada neoclásica, frente a la plaza de Santiago y que, por su originalidad, llama poderosamente su atención.

—Les espero en la fachada principal. —manifiesta a sus compañeros, al tiempo que se dirige a la Puerta Santa.

—¿Ya viste el Santiago Peregrino? —le pregunta Aythami.

—¿Otra escultura de Santiago en el templo? —se detiene, curioso, Santi—. No, no la vi.

—Está en penumbra y casi pasa desapercibida. Es la misma capilla donde se encuentra la pila bautismal que tiene unos cinco siglos y toda una historia o leyenda sobre su origen.

—Eso hay que verlo —se interesa Santi, dirigiéndose al fondo de la nave de la Epístola.

En el Baptisterio queda sorprendido por la elaborada talla de barro esmaltado en verde, procedente de Andalucía y traído por Pedro de Vera para el bautismo de la población aborigen en 1485. Le sorprende aquella escultura de Santiago peregrino bajo ropajes dorados en uno de los laterales de la capilla pues nada sabe de ella. La reja del baptisterio y la penumbra que envuelve a la escultura no le permiten observarla más de cerca, pero da la impresión de tratarse de una escultura realizada en madera, con un apóstol en Camino, la pierna derecha ligeramente adelantada, insinuando un paso en su labor evangelizadora, invitando al inicio de una peregrinación eterna.

Una vez saciada la curiosidad, abandona el templo. —¡Así que este es Santiago de los Océanos! —verbaliza, observando en el frontis del templo la escultura de Juan Borges.



—He leído que esta original escultura la realizó el artista en clara referencia a la primera advocación jacobea fuera de territorio continental —escucha, de los labios de Idaira que se encuentra a su lado.

—Si les gusta la escultura no dejen de admirar, medio centenar de metros más abajo por esta calle que recibe el nombre de Santiago Apóstol, otra obra maestra del egregio escultor galdense. Representa a Santiago Peregrino —les interrumpe un parroquiano, a punto de entrar en el templo—. En la ruta de los océanos, Santiago de los Caballeros de Gáldar es camino jacobeo y atlántico de Europa y América.

Idaira y Santi, sorprendidos y perplejos por la intromisión, se quedan mirando al hombre que, sin esperar respuesta, da media vuelta dirigiéndose a la entrada del templo jacobeo.

—Aquí en Gáldar se respira un ambiente distinto, se vive, no sé cómo expresarlo mejor, un cierto espíritu santiagués. Se palpa la profunda tradición y el fervor puesta en el apóstol. Noto que me falta tiempo, pues necesito recorrer sus calles, sentir el palpito de su pasado aborígen, ver sus museos, acercarme a su costa...

—¿Y qué problema tienes? Yo te acompañaré en tan interesante recorrido. Busca el día y regresamos a Gáldar sólo con ese objetivo. Una guagua que nos traiga y un día completo para recorrer cada rincón, cada museo, cada yacimiento arqueológico, cada árbol histórico pues sabrás que aquí mismo, junto a la plaza, se encuentra un drago tricentenario, para los galdenses el más longevo de la isla, deambular por cada cala, tirarse en una playa, bañarse en sus charcones...

—No nos llega un día para vivir Gáldar de esa manera —apunta Santi.

—Pues habrá que dedicarle algún día más —responde Idaira—. Pero ahora no es el momento. Sí lo es para disfrutar del final del Camino con los compañeros.

—Es cierto Idaira. A veces me puede la emoción y las ganas

de conocerlo todo. La impaciencia entonces no me permite pensar de un modo razonable.

—Está bien, pero olvídate por un momento de tus ansias de conocimiento y fervor y busca donde se encuentran ahora tus compañeros.

—La plaza de Santiago, romántico espacio arbolado embellecido por la piedra de sus parterres, bancos y fuente central, enriquecida su labrada cantería por musgos y culantrillos que besan el agua que discurre sobre ellos, se mostraba en todo su esplendor. El espacio estaba vivo. Contribuían a ello los cantos de los pájaros, la musicalidad del agua de la fuente y las voces de los niños disfrutando de sus juegos. Fuera del recinto, peatonalizadas sus calles circundantes, una serie de terrazas ofertaban animación, relax, camaradería. Desde una de ellas, donde la música invitaba al disfrute de un agradable ambiente, Doramas les llama.

—¡Eh, tortolitos! Vengan y brindemos por el fin de la aventura.

Santi eleva su mirada antes de cruzar la plaza, le atrae la extraordinaria altura de unas araucarias que se elevan buscando un cielo limpio en un espacio sagrado de guanartemes y castellanos. Revoloteando entre sus ramas, las oportunistas tórtolas turcas han encontrado el habitáculo idóneo para recogerse durante la noche y anidar. Reconoce la montaña de Guía en lontananza y vislumbra el discurrir de la senda al pie del acantilado. El grupo tiene dos sillas reservadas para Santi e Idaira. Se unen a ellos. Agua, cerveza, zumo de manzana. Las bebidas que se encuentran sobre la mesa son un ejemplo claro de la diversidad que une y diferencia a los miembros del grupo. Se abrazan.

—¡Terminado el pateo y la acampada, toca el Carnaval! Disfraces, música, baile... ¡Disfrutemos de una semana a tope! —propone Doramas.—Y toca también preparar una nueva travesía. —sugiere Idaira—. Me muero de ganas por conocer Güi-Güi.

—¿Güi-Güi? —se extraña Santi, al escuchar un nombre tan

original como curioso.

—Un lugar precioso escondido entre las montañas del oeste. Guguy para los aldeanos —puntualiza Aythami.

—¿Se han dado cuenta que el apóstol Santiago nos ha acompañado durante todo el recorrido? —verbaliza Abenchara, pensativa—. Estoy convencida de que ha sido él quien nos ha procurado un camino sin percances.

—Ni siquiera la Santa Compañía se nos ha aparecido —apostilla, en clave de humor, Doramas.

Todos arropan sus palabras con sinceras sonrisas. Les queda acercarse a la estación de guaguas e iniciar el regreso a casa. Comienza a refrescar. Son conscientes de que todo viaje tiene un principio y un final y que les quedará siempre la experiencia vivida. Aythami comienza a comprender las palabras del viaje interior que para el autor de su libro suponía el Camino. Doramas está seguro de que muy pronto lo recorrerá de nuevo, volando por la senda para pulverizar el registro ya establecido. Abenchara se siente distinta, dueña de una fortaleza y serenidad que no había descubierto en ella. Santi no sabe cómo agradecer a su prima la invitación que le permitió participar en tan agradable como emocional aventura. Ha descubierto todo un mundo sensorial y cognitivo de la mano de Idaira. Idaira está a su lado, observando su rostro, intentando compartir sus pensamientos. Sus miradas se buscan, encontrándose. Sonríen. Todos se levantan, camino del transporte que los llevará hasta la capital. El periplo ha concluido. Idaira y Santi se quedan atrás, tan sólo unos metros, los suficientes para gozar un poco de intimidad. Caminan juntos, en silencio, sus dedos se rozan y sus manos se entrelazan.

—¡Se nos escapa la guagua! —grita Doramas, desde la estación.

Y así era. Corrieron hacia el andén. El conductor los ve llegar y detiene el vehículo. La puerta se abre. Suben Doramas, Aythami y Abenchara. Llegan Idaira y Santi, rezagados y sonrientes.

—¿A qué esperan? Suban o quédense, pero la guagua se va —amenaza el conductor.

Sólo ellos sabían que los había retrasado un beso.

Luce un sol espléndido sobre la Charca de Maspalomas. Abenchara se acerca al mirador, observa a su alrededor y ve que no hay nadie en el paseo. Deposita su mochila sobre el suelo y abre su compartimento superior. Espera. No tarda en asomar la cabeza de Rabicorto. El lagarto reconoce el lugar. Allí está su solarío y más abajo, junto al agua, los restos de fruta del día anterior. Busca con la mirada a su vecino, el gigantón lagarto. Lo encuentra fuera, alejado de la laja que a Rabicorto le gusta. Al parecer ha cambiado de querencia, se ha encaprichado de otra laja más grande, más alta y más soleada.

Rabicorto gira la cabeza buscando la mirada de la chica. Sus ojos le agradecen el viaje de regreso y los cuidados que Abenchara le ha proporcionado. A falta de una larga cola, mueve el pequeño muñón donde se percibe el inicio de la regeneración de una nueva. Abenchara interpreta la mirada y sonríe.

—De nuevo en tu casa, querido lagarto. ¿Cómo te iba a dejar en Gáldar? Tendrás mucho que contar a tus amigos y, si tienes familia, a tus lagartitos.

Rabicorto, poco a poco, va acercándose a su laja preferida. El sol está fuerte y le gusta. Cierra los ojos y disfruta del calor de la piedra. En la distancia, escucha las palabras del cansino monólogo del lagarto gruñón y pendenciero:

*Rojo tomate,
verde aguacate,
amarillo membrillo...*



Y se acuerda del cernícalo, de su enorme salto y de cómo había comenzado su aventura del Camino en el interior de una mochila. Otea el cielo amenazador y, sin observar presencia alguna del ave rapaz, prudente y cansado del viaje, se retira a su cueva. Abenchara, ajena a la decisión del lagarto, se aleja en busca de la guagua, el rostro iluminado por una sonrisa.

Doramas se encuentra pletórico.

—¡Voy el primero! —verbaliza, aunque sabe que nadie le escucha, mientras vuela hacia la meta.

Aún le cuesta creerlo. Es su primera carrera, pero jamás tuvo dudas sobre la excelencia de su forma física. Le costó al principio cuando varios corredores salieron de la plaza de Santiago de Tunte a escape. Él no se arredró. Sabía que era cuestión de fortaleza y paciencia, mantener el ritmo y bajar a tumba abierta en el descenso hacia Gáldar. Ahí los había cogido y ahí los había superado. Ahora, en Anzo, trotando los últimos kilómetros entre plataneras y cultivos de huerta, no corre, vuela hacia la meta. En la plaza de Santiago de Tunte habían dado el pistoletazo de salida y en otra plaza con el mismo nombre le espera la alegría y el reconocimiento, sólo que ahora es en otro municipio: Gáldar.

Recrea en su cabeza el viaje, meses atrás, con sus amigos por este Camino Jacobeo y sonrío ante tantas anécdotas y vivencias compartidas. Cree escuchar sus gritos de ánimo: —¡Vamos Doramas! ¡No te rindas ahora!—, y se olvida de los treinta y cinco kilómetros que lleva recorridos. Ya está en la calle principal, ahí se encuentra el público, muy cerca de la meta. Los aplausos arrecian con su llegada. Apenas cien metros y vislumbra una cinta con el logotipo del Camino, repetido, una y otra vez, a lo largo de ella. Ya sabe qué representa. Ya sabe qué es una concha de peregrino. Levanta los brazos en señal de victoria y sonrío. ¡Bendito Camino!

Aythami ha madrugado mucho. Es noche cerrada cuando se despierta en el palmeral de Arteara, donde ha acampado el día anterior. El objetivo es claro: va tras la observación de dos fenómenos arqueoastronómicos que le han dejado intrigado desde la visita al yacimiento en el periplo realizado con sus amigos. Esperó con paciencia el día señalado y éste llegó, el veintidós de septiembre, fecha del equinoccio de otoño este año santo. Quiere constatar que hay de cierto en lo que ha leído en los paneles y lo que ha indagado a través de otras fuentes de conocimiento. Siente frío. Ha llegado temprano a la sepultura del Rey y aún le queda un tiempo que se le antojará eterno, pues el sol tras surgir en el horizonte costero, deberá elevarse lo suficiente para salvar los paredones del macizo de Amurga. Será entonces cuando podrá observar ambos fenómenos. Se sienta y espera pacientemente. La claridad apunta ya por la degollada de Amurga, una depresión fácilmente reconocible dentro de la silueta del macizo. A su espalda se va iluminando la montaña donde surgió el enorme desprendimiento. La luz se acerca progresivamente hasta alcanzar la necrópolis y en ella ilumina una tumba en concreto, los rayos solares se concentran sobre la sepultura del Rey. Es éste y no otro el marcador equinoccial que da inicio a la estación otoñal. Aythami no ha perdido de vista, en ningún momento, los riscos de Amurga y así confirma también el orto solar, curioso fenómeno en que el sol aparecer dos veces ante sus ojos. Ahora sí puede cerrarlos. Respira hondo y sonrío. Cada día que pasa crece su interés por la cultura prehispanica de la isla. Yacimiento tras yacimiento, está realizando un seguimiento exhaustivo de todos los vestigios aborígenes. La mañana luce espléndida sobre el palmeral de Arteara cuando Aythami recoge la tienda y su mochila e inicia el descenso por el cauce del barranco de Fataga. Mañana le espera otro pateo memorable: la subida a la montaña de Hogarzales para explorar las minas de obsidiana de los antiguos canarios.

—¿Santi? —suena una voz en el móvil.

—¿Sí?

—Soy Idaira. Quiero enseñarte el Jardín Canario.

—Me apetece muchísimo. ¿Cuándo?

—Esta tarde. Tú regresas mañana a Galicia.

—Idaira.

—¿Sí?

—¿Quieres recorrer el Camino de Santiago conmigo? Desde mi casa, en Portomarín, hasta Santiago son cuatro etapas, una más que nuestro Camino en Gran Canaria.

—¿Cuándo?

—La próxima semana.

—Espérame en el aeropuerto.



Una isla volcánica, Gran Canaria.
Un escenario natural único y extraordinario.
Por un camino de leyenda, cinco amigos y un
lagarto gigante vivirán una experiencia inolvidable.